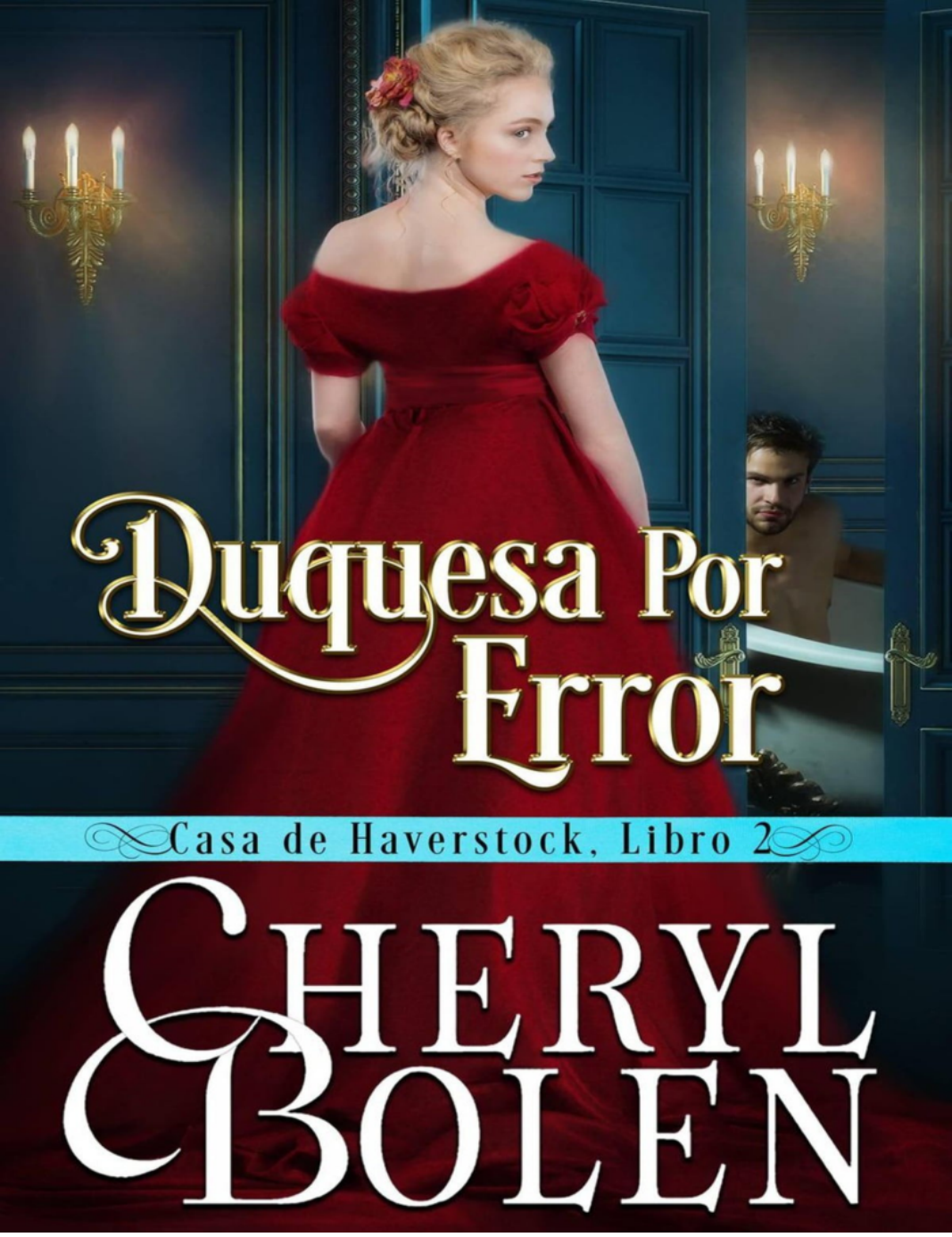
Duquesa Por Error
Casa de Haverstock, Libro 2
Cheryl Bolen

Duquesa por Error

Cheryl Bolen

Traducido por MARIA GUADALUPE CALDERON

“Duquesa por Error”
Escrito por Cheryl Bolen
Copyright © 2020 Cheryl Bolen
Todos los derechos reservados
Distribuido por Babelcube, Inc.
www.babelcube.com
Traducido por MARIA GUADALUPE CALDERON
“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Duquesa por Error

(Casa de Haverstock, Libro 2)

Cheryl Bolen

Copyright © 2015 por Cheryl Bolen

Duquesa por Error es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos reales, locales o personas, vivas o muertas, es totalmente coincidente.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio sin el permiso previo por escrito del autor.

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

Derechos de Autor

Tabla de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

—No vas a creer quién regresó a la ciudad, —dijo Haverstock a su esposa.

—Permíteme intentarlo. —Dejó el periódico y lo miró con brillantes ojos marrones—. ¿Un amigo tuyo?

El asintió.

—¿A alguien a quien nunca he conocido?

—Intenta otra vez.

—¿Puede ser que el duque de Aldridge haya regresado de Italia?

—Me conoces demasiado bien, mi amor. —Él tomó su mano y le dio un beso en el dorso.

—¿Me pregunto si él trae a la Condesa con él? —

—Me parece recordar haber oído que ha vuelto con su esposo.

Las largas pestañas de Anna bajaron.

—Tu amigo ducal es muy pícaro.

—Pero me atrevo a decir que te sentirás a gusto con él. Las mujeres siempre lo hacen. Es muy encantador, incluso siendo un libertino. El matrimonio de él y Anna fue construido sobre un lecho de roca impermeable. No hay temor de que ella vea a otro hombre.

Ni siquiera Aldridge, a quien las mujeres encontraban irresistible.

—Ciertamente espero que él no intente corromper a mi esposo.

—Somos muy diferentes. Especialmente ahora. —Haverstock quería dos cosas ahora: ser un hombre de familia y hacer todo lo posible para derrotar a los franceses.

El lacayo regresó a la cámara al mismo tiempo que la última hermana soltera de Haverstock tomó su lugar en su mesa.

—Otra carta para usted, mi señor.

Él y Anna saludaron a Cynthia, quien últimamente había usado su nombre de pila de Elizabeth en honor a la tía recientemente fallecida por la que había sido nombrada. Echó un vistazo a la carta que el lacayo colocó en su mano y reconoció fácilmente el ordenado guion de Morgie. Hasta hace poco Morgie solo necesitaba tocar a la puerta para comunicarse con Haverstock, pero desde Lidia dio a luz, Morgie se ha mantenido en su lado como un perro faldero. Haverstock podría haber buscado en los tres reinos y nunca haber encontrado un mejor esposo para su hermana favorita que Morgie para Lydia.

Rasgando la carta, la leyó.

Toda la ciudad lo sabe. ¡Aldridge ha vuelto!

Con una mirada traviesa en su rostro, se encontró con la mirada de su esposa.

—Ya habías oído hablar de Aldridge ¿no?

Ella se rio y asintió.

—¿Sabía qué? —Preguntó Elizabeth, con su tetera congelada a mitad de camino. Miró a su hermana.

—El duque de Aldridge finalmente ha regresado a Inglaterra.

Belle Annabelle Evans. Cinco años atrás, había sido la cortesana más bella de todo Londres. Lo último que escuchó fue que estaba bajo la protección del duque de Benson.

Aldridge,

Te llamaré esta tarde por un asunto importante.

Su mirada se dirigió al reloj de la caja sobre su chimenea. Dos en punto. Realmente no estaba dispuesto a ver a nadie después del largo e incómodo viaje, pero no podía negarse a ver a Belle. Ella le había hecho un buen giro hacía mucho tiempo. Sin duda, ahora deseaba que le devolvieran el dinero. ¿Había perdido su buena apariencia? ¿Ella era indigente? ¿Le pediría dinero a ella? Él se encogió de hombros. Era un hombre muy rico. Si la mujer lo necesitara, le complacería ayudarla.

Llamó a un sirviente, y cuando apareció un joven lacayo que tenía piernas largas y hombros anchos, el duque solicitó un baño para prepararse en su habitación. Maldición, pero estaba cansado. Y sintió como si estuviera cubierto de polvo y tierra del camino de Dover.

Mientras se calentaba el agua y le llevaba a su bañera, él revisaba el resto de las cartas. Después de terminar con ellas, y de retrasar la redacción de cualquier respuesta, subió penosamente la amplia escalera de mármol hasta sus aposentos privados, complacido de encontrar su baño listo. Con la ayuda de Lawford, se quitó la ropa y luego se metió en el baño caliente frente a la chimenea.

—Por cierto, Lawford, instruye a Barrow que, si una mujer llama, él deberá traerla aquí.

—Muy bien, mi señor. —Después de haber estado con Aldridge desde que dejó Oxford, Lawford estaba acostumbrado a que las damas de medio mundo aparecieran en las habitaciones privadas de su amo.

* * *

—Tenía entendido que el matrimonio entre Harry Hudson, uno de los mejores soldados del ejército de Su Majestad, y su esposa era extremadamente fuerte. Siempre hizo hincapié en que, si algo le sucedía, deseaba que yo lo viera. que ella y su niña cuidaron. Obviamente, no puedo hacerlo desde España, pero sé que puedo contar con mi hermana preferida para llevar a cabo esta comisión en mi lugar. Obviamente, si hay una gran necesidad, me falta para hacer lo que pueda por la viuda —.

Elizabeth no haría nada por su hermano. Armada con la dirección de la viuda, Elizabeth aprovechó el entrenador de su hermano mayor para llamar a la señora Hudson. Cuando el entrenador con blasón de Haverstock giró hacia Miser Street, cerca de Covent Garden, la mirada de Elizabeth se clavó en una miserable mujer. Ella juzgó que la mujer tenía cerca de su edad de veinte y un años. Una mano agarró la de su pequeña niña, a quien Elizabeth juzgó que tenía tres años; el otro agarró una caja abultada, muy parecida a la maleta de Elizabeth, pero mucho más desaliñada.

Sin siquiera buscar el número 12, Elizabeth estaba segura de haber encontrado a la viuda de James. Le indicó al cochero que se detuviera y abrió la ventana de su entrenador.

—¿Sra. Hudson? —preguntó.

La mujer se detuvo y se volvió para mirar a Elizabeth, una ceja levantada en consulta.

—¿Si?

—¿Me permite que la lleve a su destino? Parece que mi hermano, el capitán James Upton, sirvió con su marido y tenía una muy buena opinión de él.

Las lágrimas brotaron de los ojos verdes de la bella mujer.

—Mi Harry era un hombre muy bueno.

Mientras se quitaba una lágrima, Elizabeth notó que la joven viuda todavía llevaba un sencillo anillo de bodas de oro. También notó que el vestido limpio de muselina de la mujer estaba remendado. El corazón de Elizabeth se dirigió a la mujer afectada.

—Harry me escribió sobre cuánto admiraba al capitán Upton. —La mujer poseía una voz gentil.

Para entonces, el cochero se había bajado de la carreta y había abierto la puerta del carruaje. Lo cual fue bueno para la señora Hudson porque la lluvia comenzaba a caer.

—Por favor, ven y siéntate conmigo, —dijo Elizabeth.

La mujer y su hija se subieron y se sentaron frente a ella. Elizabeth podía decir por la mirada curiosa de la niña que esta debía ser la primera vez que había estado dentro de un carruaje.

—Soy Lady Elizabeth. ¿Cómo te llamas? —Elizabeth le preguntó al niño de aspecto angelical con mechones de cobre.

—Louisa.

Elizabeth miró a la madre.

—Tu hija es encantadora.

Los ojos de la señora Hudson todavía se nublaron.

—Ella sigue a mi esposo.

Qué triste que esta mujer hubiera perdido al marido que obviamente adoraba. La mirada de Elizabeth fue hacia la bolsa de la mujer.

—¿Vas a alguna parte?

La señora Hudson se echó a llorar.

—Acabamos de ser desalojados de nuestras habitaciones ... —La señora Hudson trató de calmarse lo suficiente como para ofrecerle tranquilidad a su preocupada hija—. Está bien, pequeña. Mamá está bien.

A Elizabeth se le ocurrió que debía haber sido desalojada por no pagar los alquileres. Lo que significaba que probablemente no tenía a dónde ir.

—¿Dónde vivirás?

La mujer negó con la cabeza.

—No sé qué haremos. —Una nueva ola de lágrimas la alcanzó.

Elizabeth cruzó el carruaje y la acarició. Parecía un milagro que llegara a Miser Street en el momento exacto en que la señora Hudson se vio obligada a abandonarla.

—Por favor, no te preocupes. Por eso he venido hoy. El Capitán Upton quiere asegurarse de que tú y Louisa sean atendidos.

Elizabeth no tenía la menor idea de qué suma se necesitaría para pagar el alquiler de la mujer, pero pensó que el dinero de su monedero alcanzaría.

—¿Cuánto dinero necesitas para recuperar a tu alojamiento?

—Debo dieciocho guineas, y eso sin contar este mes—.

—Permíteme hablar con tu ... arrendador. —Elizabeth bajó del carruaje y corrió por el pavimento encharcado hasta el número 12.

Aunque la Sra. Hudson y su pequeña niña estaban impecables, no sucedía lo mismo con la casa de huéspedes maloliente donde residían. En el primer piso, Elizabeth, salpicada por la lluvia, conoció a la señora Preble, una mujer de mediana edad, aparentemente bien alimentada, que llevaba una gorra de viuda. Elizabeth explicó la difícil situación de la desafortunada señora Hudson.

—Es una moneda en mi bolsillo que pone comida en la mesa, no un corazón blando. —Había una dureza en el rostro de la mujer.

—Si permite que la Sra. Hudson termine el mes, le pagaré veinte libras, lo que incluye lo que debe, y resulta ser cada centavo que pueda tener. Para la próxima semana, Elizabeth esperaba conseguir alojamiento en un vecindario decente para la Sra. Hudson. El área

alrededor de Covent Garden no era lugar para una mujer y un niño gentiles.

Los ojos de la señora Preble se iluminaron.

—Hasta fin de mes será entonces.

Su mirada se dirigió hacia la retícula que Elizabeth estaba abriendo. Dejó todo el contenido en el escritorio cercano. Monedas de todas las denominaciones y diferentes tonos de metal formaron una pequeña montaña. Parecía mucho más dinero de lo que Elizabeth sabía que era.

—Debería ser veinte libras—, dijo Elizabeth.

* * *

grande en un vecindario respetable. Su hogar para las viudas de guerra y sus hijos podría alegrar la vida de estas familias, tal como la escuela de costura de Anna había hecho mucho para mejorar la vida de las mujeres y los niños en el East End.

* * *

viudas de oficiales que se han vuelto indigentes? Muchas de ellas han perdido no solo a sus amados maridos sino también a sus hogares. Anna asintió con tristeza.

—¿Cómo puedes aliviar un problema tan grave? No eres más que una persona. Una persona muy joven, sin fortuna.

Era cierto que Elizabeth no tenía fortuna. La querida Anna se estaba sumergiendo en su propia fortuna para proporcionar dotes a cada una de las hermanas de Charles.

—He pensado mucho en esto. Puede que no tenga fortuna, pero en virtud de mi nacimiento, tengo acceso a muchos nobles con bolsillos cargados, y quiero aprovechar esa ventaja.

—¿Qué tienes en mente?

—Esta misma tarde he localizado una casa grande en un vecindario respetable. No puedo acomodar fácilmente a diez familias, siempre que los niños compartan cámaras con sus madres.

—¿Y cómo propones pagarlo?

—Pertenece al duque de Aldridge, y quiero alquilarla. Después de todo, porque es el amigo más antiguo de Charles y porque lo he conocido toda mi vida, creo que puedo convencerlo de que lo ayude. A pesar de su libertinaje, que se caracteriza por su generosidad. Y ayuda a que él es uno de los hombres más ricos del reino.

Las cejas oscuras de Anna bajaron.

—Estoy seguro de que en realidad no se ha corrompido. Si ese fuera el caso, no creo que Charles lo apreciara tanto como él.

—Tal vez he usado una palabra demasiado fuerte. El hombre privilegiado se comporta de una manera escandalosa.

Anna asintió con la cabeza.

—Espero conocerlo. —Ella sumergió su pluma en el bote de tinta —. Dime, ¿es esta su casa en Mayfair?

—Oh, no. Nada tan de moda. Está en Bloomsbury. Las casas en Trent Square han pertenecido a los duques de Aldridge por generaciones. Me enteré de que el último ocupante del número 7 Trent Square murió recientemente y quedó vacante.

—¡Qué fortuito, entonces, que el duque haya regresado a Londres!

De hecho, fue. Elizabeth no necesita decirle a Anna que planeaba visitar al duque. Anna se opondría. Resignada a ser una solterona, Elizabeth no deseaba seguir actuando como una señorita en el Marriage Mart. Ahora era una mujer y se estaba embarcando en este nuevo capítulo de su vida. Solo. Elizabeth asumiría la responsabilidad exclusiva de este plan, y se negó a solicitar el dinero de Anna para este esfuerzo.

Anna miró el reloj sobre la chimenea y se levantó. —Le dije a Lydia que iría a ver al bebé esta tarde. ¿Vendrás conmigo? —

A pesar de que Anna había perdido peso en su dolor por su

propio bebé, Elizabeth pensó que nunca había visto a una mujer más hermosa que la esposa de cabello oscuro de su hermano. Enormes ojos marrones con bordes gruesos y pestañas extraordinarias se fijaron en una cara ovalada impecable. Tan sorprendente como sus enormes ojos era la blancura pura de sus dientes perfectos.

La pobre Anna ya estaba unida al hijo pequeño de Morgie y Lydia. Era una pena que no tuviera un bebé propio. Sería una madre tan maravillosa como Lydia estaba demostrando ser.

—Ayer vi al pequeño Simón. Hay otros asuntos que me llaman la atención

.

* * *

sino que continuó subiendo escaleras al siguiente nivel. Aunque su experiencia con las residencias ducales era limitada, no estaba acostumbrada a encontrar un salón tan alejado de la entrada de la casa. En la mayoría de las casas con las que estaba familiarizada, el tercer nivel estaba reservado para los dormitorios.

Alcanzaron el tercer nivel. Era un poco menos formal que el segundo nivel, en realidad se parecía notablemente al tercer nivel de dormitorio en Haverstock House. El mayordomo giró a la derecha y se arrastró por otro corredor hasta llegar a la primera puerta con paneles y dorada. Estaba cerrado. Se tambaleó y se volvió para mirarla con un semblante sombrío.

—Encontrarás su gracia aquí. —Luego comenzó a volver sobre sus pasos.

Respiró hondo, buscó la manija de la puerta y la abrió.

Escuchó un sonido de salpicadura antes de que la puerta estuviera completamente abierta. Que peculiar. Cuando tuvo una vista clara de la habitación, jadeó. Allí, en el centro, enmarcado por la chimenea detrás de él, el duque de Aldridge estaba saliendo de su baño. Su cuerpo largo, brillante y gloriosamente formado estaba completamente desnudo.

En toda su vida, Lady Elizabeth Upton nunca había visto a un hombre desnudo en la carne. Aunque su primer instinto debería haber sido correr gritando desde la cámara, estaba congelada en el lugar, incapaz de quitarle la mirada. La parte varonil. Y mucho más. De sus anchos hombros a lo largo de su piel bruñida y extremidades musculosas, el duque de cabello oscuro exudaba una masculinidad como nunca antes había visto.

Un torrente de recuerdos de su antigua adoración a este hombre hace muchos años la golpeó. Sintió que el calor le subía por las mejillas y supo que debía huir del duque derrochador. Sin embargo, como una compulsión a mirar una visión sombría que no era adecuada para las sensibilidades femeninas, era incapaz de darse la vuelta.

—¡No eres Belle! —dijo, agarrando su toalla y cubriendo la parte inferior de su cuerpo digno de estatua. Su voz tenía una nota de incredulidad.

Sin duda, Belle era una dama de la sociedad. ¡Qué hombre tan malvado era! Para pensar, su primer día de regreso en el reino decidió pasar con una mujer de ese tipo.

Ante el sonido de su voz, se dio cuenta de lo descarada que debía parecer. Y qué impropio era para ella estar allí. Ella recuperó el sentido, dejó escapar un grito completo, giró sobre sus talones y bajó las escaleras.

Y se encontró cara a cara con su hermano.

—¡Haverstock! —llamó.

Sus cejas bajaron con preocupación.

—¿Qué pasa, Lizzie?

Echó la cabeza hacia atrás en dirección a la cámara privada del duque.

—¡Ese hombre! Está completamente depravado. —Luego corrió escaleras abajo. Nunca más volvería a esto. Este templo de la perdición.

***

Aldridge quería llamarlo, quería razonar con él, pero ¿qué podía decir?

Una oleada de pensamientos inundó su cerebro. Fue culpa suya que esta debacle hubiera ocurrido. Él fue quien le dijo a Lawford que ordenara al pobre Barrow, viejo y con problemas de audición, que admitiera a una dama en su habitación. Nunca se le había ocurrido que una joven inocente, y no la mundana y corrupta Belle Evans, se presentaría en Aldridge House su primera tarde de regreso en Londres.

Philip Ponsby, el quinto duque de Aldridge, había nacido con grandes privilegios y, en consecuencia, estaba acostumbrado a la satisfacción de todos sus deseos, ya sea la adquisición de un nuevo pura sangre o un Rembrandt. Incluso las enfermedades que habían golpeado a otros jóvenes conocidos nunca lo habían perjudicado. También había sido favorecido con un gran atractivo y la capacidad de atraer hermosas muchachas que no tenían conocimiento de su elevado rango. Pero esta tarde, mientras estaba solo medio vestido en su dormitorio, estaba entumecido por una abrumadora sensación de duelo.

Porque sabía que iba a casarse, ni él ni la joven sorprendida lo deseaban. No solo era lo honorable, sino también lo que tenía que hacer para restablecer su amistad con el único tipo cuya amistad le había importado.

Debía reconocer que, en el interior de su cerebro, se había dado cuenta de que al regresar a Inglaterra tendría que establecerse y asegurar la sucesión. Treinta y dos años fueron tiempo más que suficiente para experimentar plenamente su sexualidad.

En este punto de su vida se resignó al matrimonio. Pero nunca había pensado que la selección de la futura duquesa de Aldridge sería arrebatada de sus propias manos. Por primera vez en sus treinta y dos años, se sintió impotente.

forzosa, de un duque! Kate insistió que Elizabeth era la mujer más afortunada del reino. Siendo la hermana menos favorita de Elizabeth y la hermana cuyas opiniones interesadas generaron la mayor animosidad, Kate también fue despedida.

Esa noche Elizabeth se negó a abandonar su dormitorio. Incluso envió bandejas de comida intactas que Anna había enviado amablemente.

* * *

—Bienvenido a casa, hermano.

Los dos se dieron la mano.

—¿No quieres sentarte?

Aldridge se dejó caer en una silla cercana.

—Maldición, pero es bueno tenerte de regreso, —dijo Haverstock.

—Es bueno estar de regreso. Estoy ansioso por conocer a tu marquesa. La noticia de su extraordinaria belleza me llegó en Italia.

—Espero que algún día tu matrimonio con Elizabeth te traiga la felicidad que Anna me trajo. —Haverstock se volvió solemne—. A pesar de su extraordinaria belleza, no estaba enamorado de Anna cuando nos casamos, pero pronto caí bajo su hechizo cautivador.

Era una pena que Aldridge nunca estuviera tan enamorado de Elizabeth como le habían dicho que Haverstock estaba por su esposa.

—Rezo para que tengas razón.

El semblante de Haverstock se iluminó.

—¿Sabías que Morgie y Lydia tienen un hijo?

—No lo sabía. Con todo el cariño que le tengo a Morgie, nunca le atribuí el buen sentido que demostró al casarse con Lydia.

Su comentario lanzó a Haverstock a reír.

—Son extraordinariamente buenos el uno para el otro, y se dedican el uno al otro.

Aldridge sacudió la cabeza.

—No puedo imaginar a Morgie como un padre.

—Tampoco él. No creo que él sepa qué hacer con el pequeño, pero a su manera, Morgie está muy orgulloso de tener un hijo.

Ahora Aldridge se volvió solemne.

—¿Qué hay de ti? ¿Ya tienes hijos? —Tan pronto como las palabras salieron de su boca, Aldridge lamentó haber mencionado un tema posiblemente doloroso.

La cara de Haverstock se ensombreció.

—Estamos en el segundo año de nuestro matrimonio. Anna es joven. Ya habrá tiempo.

Aldridge obviamente había tocado un tema delicado. ¡Qué tonto!

Al pensar que los tres amigos de toda la vida tenían hijos, algo en el fondo de Aldridge se desplegó. Ni su caballo ganando las apuestas ni su apuesta ganadora por el Da Vinci lo habían hecho sentir tan excitado como en este momento contemplando a un hijo propio.

—Es maravilloso pensar que nuestros hijos crecerán tan cerca el uno del otro como lo hemos estado todos estos años. Ahora, ¿por qué se había ido y balbuceando?

—Espero que eso signifique que no saldrás del país en ningún momento en los próximos veinte años.

Con una sonrisa en su rostro, Aldridge se encogió de hombros.

—Eso depende. Me refiero a ofrecerme en el Ministerio de Asuntos

Exteriores.

—Por fortuna, esa es la segunda mejor noticia que he escuchado en mucho tiempo. Podemos darle un buen uso a su mente analítica en criptología.

—¿No es eso lo que has estado haciendo estos últimos años?

—Lo es, y podría hacerlo a ojos cerrados.

Aldridge se recostó en la silla y miró a su viejo amigo.

—Si esa es la segunda mejor noticia que has escuchado, ¿puedo preguntar cuál es la mejor?

—Tenerte como hermano, —dijo Haverstock con gran solemnidad. Luego se puso de pie—. Supongo que es hora de que hables con Elizabeth. Haré que baje.

Aldridge se aclaró la garganta. Quería que su amigo más cercano supiera que no estaba tan depravado como había aparecido esa tarde.

—Cuando llegué a Aldridge House esta tarde, recibí una nota de Belle Evans informándome que iba a hacer una llamada. —Él se encogió de hombros—. Necesitaba el préstamo de cien libras. Era a ella a quien esperaba en mi habitación, no a tu hermana.

Haverstock se puso rígido y no respondió por un momento.

—¿Qué estaba haciendo mi hermana allí?

—No tengo idea.

—Entonces entiendo si deseas retirar tu oferta.

—Nadie me obligó a venir aquí esta noche. Es un matrimonio lo que quiero. Si tan solo pudiera decir esas palabras.

Haverstock asintió solemnemente y salió de la cámara.

* * *

momento, así estuviera usando su vestido más atractivo. Desafortunadamente, ella no fue lo suficientemente valiente como para desafiar a su hermano al mando. Una cosa era alejarlo de su dormitorio, pero ella apenas podía pisotear su pie y negarse a hacer lo que él le ordenaba ahora. Ahora que había salido de la seguridad de su habitación cerrada.

Con el ceño fruncido, preguntó, de mala gana se dirigió hacia la biblioteca, abrió la puerta y entró en la cámara. El cuarto estaba oscuro. Su única fuente de luz provenía del fuego que ardía en el hogar y de una lámpara de aceite encendida sobre el escritorio. Ella vio que un hombre se levantó cuando ella entró. Cuando se acercó, contuvo el aliento. ¡Era el duque de Aldridge! Obviamente, él era el hombre más depravado de toda Inglaterra. ¡Y también Italia, se imaginó!

Ella era impotente para evitar que el calor rojo y caliente corriera por sus mejillas. Frente a él le hizo recordar ese incómodo momento en que había visto su carne reluciente. Cada centímetro de ella. Sin embargo, mientras el duque estaba de pie en la biblioteca de su hermano, haciendo una reverencia cortés a una doncella humillada, casi podía olvidar su maldad.

Ahora se veía muy bien vestido con pantalones grises bien ajustados, una fina chaqueta negra y una corbata blanca como la nieve atada debajo de una cara pensativa. Podría haber cortado una figura apresurada en casa de Almack. Y este hombre de cabello oscuro y aspecto melancólico que ahora estaba frente a ella, sin duda, sería el hombre más guapo en honrar su cámara en años.

Los sonidos inarticulados emanaron de sus cuerdas vocales, luego se giró hacia la puerta.

Él corrió para impedir su progreso.

—Te ruego que no te vayas antes de que tenga la oportunidad de disculparme por ... —Poniendo una mano gentil en su brazo, tragó —. Por lo de esta tarde. Todo lo que puedo decir en mi defensa es que pensé—-

—Pensaste que era Belle Evans.

Incluso en su inocencia, Elizabeth había oído hablar de la cortesana más notoria de Londres. Una vez que Elizabeth se fue a pensar en la exclamación del duque esa tarde, se dio cuenta de a quién había esperado que entrara caminando por la puerta de su dormitorio. Lo que aún no disminuía su disgusto con su comportamiento. ¡Pensar que una cita con una ramera era lo más importante en su primer día en casa en media década!

Él asintió gravemente.

—Tenía razones para creer que ella vendría a mi habitación, pero no con el propósito que debes imaginar—. Sacudió la cabeza como si

hubiera cometido un error—. Perdóname por presentar un tema tan delicado. Lo siento mucho.

Ella respiró hondo y cuadró los hombros.

—Nunca debería haber ido a tu casa sin un acompañante. Lo siento mucho. —Luego sacudió la cabeza como si ella hubiera metido la pata —. Te aseguro que nunca fue mi intención acusarte de comprometer mi virtud, nunca fue mi intención discutir una propuesta de matrimonio del amigo más querido de mi hermano.

—Sin embargo, siento que he comprometido tu virtud.

De repente, se dio cuenta de por qué estaba allí. Su hermano lo había obligado a casarse con ella, un matrimonio que ninguno de ellos quería. Había pensado que no podía estar más humillada de lo que había estado esa tarde.

Ella se había equivocado.

—¡No, no, no! —Ella levantó una mano—. Si quieres ofrecerme, quiero rechazar.

Sus cejas oscuras se arquearon.

—Haverstock no me obligó a venir aquí esta noche.

—No puedes decir nada para convencerme de que estás a favor de un matrimonio conmigo.

—Tal vez no pueda hacerte ver la verdad, pero lo intentaré. ¿Por qué crees que volví a Inglaterra?

Sintió que su oscura mirada se clavaba en la de ella, pero no podía hablar.

—Deseaba encontrar una esposa adecuada, y debes saber cuán agradable encuentro una alianza entre nuestras dos familias.

Su columna vertebral se puso rígida y se llevó las manos a las caderas.

—Pero, su gracia, no deseo casarme.

¿—Están tus afectos comprometidos?

—No. Me refiero a ser una solterona.

—¿Puedo preguntar por qué una ... solterona confirmada deseaba visitarme esta tarde?

—Tenía la intención de pedirle que ofrezca su casa en Trent Square para el uso de las viudas de guerra y sus hijos.

No dijo nada por un momento. Entonces parecía que le habían quitado un peso de los hombros (siempre tan anchos).

—¡Qué encomiable! He oído hablar de las buenas obras que están haciendo su hermana Charlotte y su esposo pastor, así como la escuela de costura que Lady Haverstock estableció para enseñar un oficio a la mujer más pobre. Me encantaría ofrecerle mi casa en Trent Square con un propósito tan noble. Instruiré a mi hombre de negocios para que se encargue de ello. —Él se encogió de hombros—. Ni siquiera recordaba que era dueño de Trent Square.

El hombre era pecaminosamente rico.

—Entonces eso es todo lo que te pido, no es que sea insignificante. Es muy generoso de tu parte.

Él atrajo su mano entre las suyas.

—Ahora tengo algo que pedirte.

Nunca antes había estado sola con un hombre, nunca un hombre la tomó de la mano tan íntimamente. Se le aceleró el pulso y pensó que, si le pidieran que hablara, sería incapaz de invocar su voz.

¡Seguramente no iba a pedirle que se casara con él! ¿No había hecho todo lo posible para exonerarlo de la culpa del fiasco de la tarde? ¿No había dejado claro que no tenía intenciones de casarse?

Sin embargo, mientras estaban parados uno frente al otro en la penumbra, el tic-tac del reloj de la chimenea y el silbido de los carbones eran los únicos sonidos que se oían, ella inexplicablemente comenzó a temblar.

Su voz era baja y ronca cuando habló.

—¿Me harás el honor de ser mi duquesa?

—No tienes que hacer esto, —logró decir con voz temblorosa.

—Es hora de que me ocupe de la sucesión, y no hay una mujer que prefiera tener para la madre de mis hijos.

Si hubiera pensado cortejarla con tal declaración, nada podría haber estado más lejos de la realidad. Toda su declaración cumplida fue su mortificación total. Ser la madre de sus hijos implicaba lo mismo que la había avergonzado esa misma tarde.

Sin embargo, mientras estaba allí contemplando, no lo encontró tan libertino. ¡Las intenciones del hombre eran honorables!

—Es muy amable de su parte, su gracia, pero le aseguro que no es necesario. Una vez que mi hermano esté informado de los hechos, no esperará que me ofrezca matrimonio.

—Tu hermano sabe que no tenía intención de comprometerte. Él sabe acerca de ... Belle Evans. Y te aseguro que tanto tu hermano como yo nunca podríamos haber esperado una alianza más feliz que tú para ser mi novia.

A pesar de que había salido de Inglaterra en lugar de pelear con un marido celoso, a pesar de que había roto el banco faro de los blancos con apuestas desmesuradas, a pesar de que había estado llevando a cabo una intriga muy pública con la casada Condesa Savatini en los últimos cuatro años Elizabeth tuvo que darle crédito al duque de Aldridge por una nobleza que pocos hombres aristocráticos poseían.

Noble o no, ella se negó a casarse con este hombre.

—Aprecio profundamente su oferta, su gracia, pero mi determinación de permanecer soltera es inquebrantable. —Luego, fingiendo una actitud desafiante, dijo—: Te deseo buenas noches.

Una vez más, le impidió el progreso, esta vez enrollando

firmemente su mano alrededor de su brazo.

—Estoy acostumbrado a conseguir lo que quiero, Elizabeth.

estaba preparado para felicitarla por atrapar a un duque. Ella temía decirle la verdad. Estaba destinado a estar profundamente decepcionado. No solo hubiera sido prestigioso tener una duquesa para una hermana, sino que Haverstock disfrutaría profundizando la conexión con su amigo más antiguo. Si ella se casara con Aldridge, dos mejores amigos de su hermano sería también sus hermanos en la ley.

—Adelante.

No fue Haverstock quien entró caminando a su habitación. Era Anna. Una sonrisa iluminó su hermoso rostro mientras caminaba directamente hacia Elizabeth.

—He venido a ofrecer mis felicitaciones. Charles me dijo que el duque se lo ofreció.

—Sí, lo hizo. —Sus pálidos ojos se conectaron con los grandes ojos marrones de Anna—. Lo rechacé.

Anna se dejó caer sobre la cama.

—Oh querida.

—No soy como Kate. No puedo casarme donde no hay amor, y sobre todo no quiero atrapar al duque en un matrimonio donde no hay amor. —Ella respiró hondo—. Aparentemente posee más nobleza de la que le había dado crédito.

—Al no haber conocido al hombre, reconoceré que yo también pensé que era un despilfarrador, pero parece que me equivoqué. —Anna suspiró—. Espero que no estés cerrando la puerta a esta oportunidad por el Capitán Smythe. No merece tu consideración.

Elizabeth habló como si estuviera pensando en voz alta.

—Cuando salió de Inglaterra sin ofrecerme nada, pensé que mi corazón se rompería. Cada vez que llegaba el correo, esperaba su carta que nunca llegó. Cada vez que veía a un oficial cuya constitución o color de cabello era similar al suyo, sentía que mi pulso explotaría con anticipación. Pero ahora ha pasado un año, y con él, también el dolor. Ya no busco una carta, ya no pienso en él cada hora del día. —Pero ningún hombre, excepto el Capitán Smythe, era capaz de provocar sentimientos tan profundos en ella.

—No todos los matrimonios comienzan con un amor apasionado como alguna vez sentiste por el Capitán Smythe. Mira el mío y Charles.

Los ojos de Elizabeth se entrecerraron.

—No puedes decirme que ustedes dos no estaban apasionadamente enamorados cuando se casaron. Lo sé mejor. Estuve aquí. Vi el hambre en sus ojos cada vez que se miraban el uno al otro.

Anna le dio una sonrisa suave.

—¿Realmente creías que nos casamos por amor?

—¡Por supuesto!

—Lo juro por la tumba de mamá, ninguno de nosotros estaba

enamorado cuando nos casamos.

La boca de Elizabeth se abrió.

—¡No puedo creer que!

Anna se encogió de hombros.

—Pregúntale a Haverstock.

—¡Pero él te adora!

—Claro que sí, ya que lo adoro—.

—Nunca había visto a dos personas tan enamoradas.

—Reconoceré que muy poco tiempo después de haber apostado mi vida por la suya, estaba profundamente enamorada de él. Más tarde, supe que él sentía lo mismo, pero durante mucho tiempo no supe que él me amaba. Pensé ¡Oh, no puedo hablar de eso con una doncella!

—Pensaste que solo deseaba hacerte el amor. Porque es un hombre. ¡Ven, Anna, sé algo sobre los hombres y sus antojos! Y esa tarde había aprendido algo completamente nuevo sobre el sexo opuesto, aunque creía que no lo había hecho. —Elizabeth comenzó a sacudir la cabeza, con una mirada alegre en su rostro—. Todos sabíamos por qué tú y Haverstock pasaron ¡Tanto tiempo en tu dormitorio esos primeros meses de tu matrimonio!

Una sonrisa reservada se extendió lentamente por el rostro de Anna.

—Hay tantos tipos de fundamentos sobre los cuales se puede construir un buen matrimonio. Seré dueña de ese físico ... la compatibilidad fue crucial para la nuestra. También existe la sensación de que, a los ojos de Dios y del hombre, perteneces a tu esposo hasta la muerte. Y él para ti. Desde el principio, a pesar de que no me amaba, Charles respetó mi posición como esposa y se aseguró de que los demás me respetaran. Eso nos acercó más.

Elizabeth todavía estaba aturdida. Nunca había sospechado que el matrimonio de Anna y Haverstock no era una gran pareja de amor.

—Hablé en serio hoy cuando te dije que no me casaría.

—Pero hoy más temprano tu inocencia no había sido comprometida. Ahora lo ha sido. ¡Debes saber cómo hablan los sirvientes de Aldridge! Todo Londres huir de su habitación.

—Si le doy la espalda a la Sociedad como lo ha hecho Charlotte, concentrándome en hacer buenos trabajos, no importará si soy rechazada por todos.

—Les importará a tus hermanos.

—Lo siento. Sé cómo a Haverstock le hubiera gustado que me casara con Aldridge.

—Todos tus seres queridos estarían felices por la conexión, pero más que eso, sería bueno para ti. No olvides lo rico que es. Con su dinero, podrías hacer más buenas obras de las que jamás soñaste.

Ella no había pensado en eso.

Anna se levantó.

—Te ruego que pienses en eso. Por favor, considera la propuesta del duque a la luz de las muchas cosas buenas que pueden resultar de ella. ¿Por favor?

Elizabeth asintió solemnemente. ¿Cómo podría haber sabido Anna que el duque había prometido hacerla reconsiderar? Todavía podía recordar la expresión en su semblante hirviendo cuando él dijo:

—Estoy acostumbrada a conseguir lo que quiero, Elizabeth.

¿Por qué el hombre pensaría que ella era lo que él quería?

* * *

temprano como para que Lady Elizabeth todavía estuviera en casa.

—Dime, —le dijo al mayordomo—, el duque de Aldridge para ver a lady Elizabeth. —Le entregó una nota al hombre rígido—. Te ruego que le des esto. Explica por qué he venido

.

* * *

* * *

—Ya ha sucedido antes.

Ambos miraron los cielos grises y las calles congestionadas llenas de carretas de papas, heno y carruajes que se apresuraban a entrar y salir de los otros medios de transporte. Debido a todos los vehículos que obstruían las calles, les llevó casi una hora llegar a Trent Square. Un pájaro podría haber estado allí en menos de diez minutos. Por mucho que le gustara caminar, era lo suficientemente caballero como para no esperar que su compañero se arrastrara por esta niebla. Las damas se opusieron a exponer su cabello a tal tratamiento.

Cuando el entrenador se detuvo frente al número 7 de Trent Square, le echó un vistazo al lugar. No estaba seguro de haber visto antes la estrecha casa de cinco pisos con terraza. Fue construido con un ladrillo rojo que había sido popular un siglo antes.

Una vez que el cochero bajó el escalón y Elizabeth y Aldridge salieron del transporte, Aldridge miró alrededor de la plaza. El suyo era el único vehículo a la vista. Lo que era de esperarse en este barrio no aristocrático. Mantener caballos y carruajes estaba fuera del alcance de la mayoría de los de las clases medias.

Al principio, él y ella se quedaron en el pavimento mirando hacia la casa, evaluando su estado.

—Me atrevo a decir que podría usar pintura fresca, —dijo finalmente. La pintura blanca que enmarcaba los marcos se desprendía de manchas.

—Creo que tiene un aspecto muy sólido. —Ella comenzó a moverse hacia los tres escalones que conducían a la puerta principal—. ¿Cómo se ve por dentro?

Él se encogió de hombros.

—No lo sabría. Nunca antes había visto la casa.

Ella se detuvo y lo miró. La punta de su cabeza pasó justo por encima de su hombro. ¿Cómo podría esta encantadora y pequeña criatura ser la hermana de Lydia, alta, hogareña y sensata?

—¡No me digas que es la primera vez que miras la casa!

Se encogió de hombros otra vez.

—Entonces no te lo diré.

—Es casi incomprensible para mí que uno tenga tanta propiedad que no tenga tiempo para examinar hasta el último acre.

—Olvidas que he estado fuera. Y lo logré solo un año antes de dejar el país. Tengo un excelente administrador y abogado, que cuidan mis intereses excepcionalmente bien.

Se detuvo después del primer paso.

—¡Hay alguien ahí!

—Oh sí. Olvidé decirte que ayer envié a mi ama de llaves. Ella ha reunido un cuerpo de mucamas para darle al lugar una limpieza

adecuada.

Elizabeth probó la puerta y ésta se abrió libremente. Entraron en un hall de entrada pequeño y bastante oscuro. Su única característica era una estrecha escalera de madera.

—Aparentemente, poseo todos los contenidos, pero me atrevo a decir que no es mucho. Ni siquiera una mesa adecuada en el pasillo de entrada.

No estaba acostumbrado a las escaleras sin retratos familiares pintados por los grandes maestros. A la izquierda de la escalera, entró en la sala de la mañana. Una criada dejó de quitar el polvo de los apliques de la pared e hizo una reverencia cuando lo vio.

—Continúa, —dijo, sonriendo a la joven sirvienta.

—La luz es buena aquí, —dijo Elizabeth—. ¿No sería este un lugar encantador para el aula de los niños?

—No veo nada encantador al respecto, —murmuró.

Se apresuraba a entrar en una habitación contigua, luego regresaba al hall de entrada, donde la conoció.

—¿Vamos a echar un vistazo al sótano? —preguntó.

Bajaron por una escalera aún más oscura hacia el sótano sombrío y húmedo donde se encontraba la cocina. Ella abrió el camino como si fuera su propia casa. A su izquierda había una celda oscura.

—¿Una bodega? —ella preguntó.

—Parece que los ocupantes anteriores no eran cuáqueros.

—¿Sabes algo sobre los propietarios originales de la casa?

—De hecho, hice que mi abogado investigara la historia de la casa. Fue construido por un Jonas White para su familia que incluía catorce hijos.

—¡Entonces será justo lo que necesitamos para nuestras viudas!

Él levantó una ceja.

—¿Nuestras viudas?

—Sí, nuestras. Al ofrecer tan generosamente su propiedad, se ha convertido en un gran defensor de nuestras viudas de guerra.

—Me das más crédito del que me corresponde. Simplemente estoy siendo complaciente para cortejar a la madre del próximo duque de Aldridge. ¿Por qué demonios había pronunciado esas palabras?

Sus ojos se abrieron y un rubor cada vez más intenso se apoderó de sus mejillas. Ella se apartó de él y continuó por el pasillo, metiendo la cabeza en cada habitación pequeña y oscura que pasaban. Eligiendo ignorar sus palabras, ella preguntó:

—¿Cómo podemos cambiar el propósito de la bodega?

—Quizás puede ser una despensa auxiliar.

Ella lo miró consternada.

—Me sorprende que un duque sepa sobre despensa. No debería haber pensado que tendrías ocasión de descender al dominio del

sirviente.

—Pero ya ves, como muchacho, estaba poseído por un deseo insaciable de pudín de ciruela y dulces.

Sus pálidos ojos azules brillaron de alegría.

—¿Por lo tanto, tuviste que escabullirte a las cocinas para obtener porciones adicionales?

—En efecto. Miss Bull Face seguramente se habría opuesto.

—¿Señorita Bull Face?

Él asintió gravemente.

—La institutriz que me enseñó mis cartas antes de irme a Eton. Su nombre real era Bullfinch, pero le aseguro que nuestro apodo le quedaba mucho mejor.

Ella rio.

—Percibo que siempre has sido travieso.

Él se movió hacia ella, y ella retrocedió, alejándose de él, hasta que sus hombros chocaron contra la pared. Un destello de luz resaltaba su rostro casi como si fuera un ser celestial. Se acercó aún más y su voz se volvió ronca.

—Ser travieso es mucho más divertido que ser amable, Elizabeth.

Luego su rostro bajó, su respiración se hizo difícil, y sus labios se posaron sobre los de ella mientras sus brazos la atrapaban.

intimidad la avergonzó.

—Algo me dice que lo descubriremos.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—No esperes que sea lo suficientemente tonta como para entrar en una habitación contigo. Era completamente viril.

Su única respuesta fue una ceja arqueada y una media sonrisa.

Ella fue directamente al segundo piso donde paseó casualmente por un salón, un comedor y una pequeña biblioteca.

—Quizás la biblioteca podría ser un buen salón de clases, —dijo.

Entró en la cámara.

—¿Y puedo preguntar quién instruirá a los niños?

—Las madres, la mayoría de las cuales son esposas de los oficiales, pueden turnarse. Una puede enseñar francés, otra lectura, otra puede trabajar con sumas.

Sus ojos oscuros brillaron.

—Puedo ver que has pensado mucho en esto.

Temerosa de que él intentara robar otro beso, ella simplemente asintió mientras salía de la habitación y comenzaba a subir las escaleras de madera al siguiente nivel, que fue el primero en contar con habitaciones.

El primer dormitorio al que llegaron estaba amueblado con dos camas estrechas que parecían haber sido hechas con sábanas frescas.

—¡Oh, esto será perfecto para la señora Hudson y su pequeña! —Se dio la vuelta para mirarlo, incapaz de reprimir su expresión alegre —. Oh, su gracia, ¿cree que ella puede venir a vivir aquí de inmediato?

—¿Antes de que la casa esté en orden?

Ella asintió.

—Verá, ella no tenía dónde dormir, así que utilicé lo último de mi dinero para obtener alojamiento temporal para ella, pero mi dinero se ha acabado. No tendré más hasta el próximo trimestre.

Su mirada se suavizó.

—Fue muy generoso de su parte usar lo que le quedaba para ayudar a la desafortunada mujer.

Ella se encogió de hombros.

—Me trajo mucha más felicidad que comprarme un sombrero.

—Bueno, Lady Do Gooder, ¿ha considerado cuánto podría ayudar a estas pobres criaturas si tuviera mi fortuna a su disposición?

¡Al menos no estaba tratando de aplastarla contra otra pared para obligarla a besarla!

—Declaro, su gracia, creo que está tratando de sobornarme.

Sus ojos oscuros ardían mientras miraba los de ella.

—Soborno. Compra. Lo que sea necesario. Quiero tenerte, Elizabeth.

Allí fue, usando esa voz baja y provocativa, y causando fluctuaciones salvajes en su pulso.

—¿Sabes que no estoy enamorada de ti?

—Como dije, siempre obtengo lo que quiero. Te enamorarás de mí. Después de que nos casemos.

—¡Eres absolutamente insufrible! —Ella salió corriendo de la cámara antes de que él tuviera la oportunidad de arrinconarla.

—Para responder tardíamente su pregunta, —dijo—, no tengo ninguna objeción en permitir que esta Sra. Hudson se mude de inmediato.

Ella podría haber arrojado su agradecido ser en sus brazos.

—Gracias, su gracia.

Durante el resto del recorrido, ella solo entraría a las habitaciones donde las camareras estaban limpiando. Esperaba que el duque fuera lo suficientemente caballeroso como para evitar poner una exhibición escandalosa frente a los sirvientes.

Después de haber visto todas las habitaciones, algunas de ellas solo desde la puerta, sus ojos brillantes lo miraron a la cara.

—¡Esta casa es perfecta! Eres muy amable de prestarla para este propósito.

—No es como si fuera mi casa; es simplemente una propiedad de arrendamiento que he heredado.

—Aun así, es algo maravilloso lo que estás haciendo.

Con una expresión solemne en su rostro, le ofreció un brazo.

—Permíteme acompañarte al coche—.

Ella metió el brazo en el hueco que le ofrecía.

—Diga, su gracia, ¿podría imponerle que me lleve a la Sra. Hudson para que pueda darle las buenas noticias?

—Ciertamente. —Cuando llegaron al primer piso, preguntó—: ¿Cómo te llamó la atención la difícil situación de la señora Hudson?

—Mi hermano, James sirvió con su esposo, y cuando el hombre murió, James escribió y me pidió que la cuidara. Tenía una gran admiración por su esposo.

—¿Cuántas viudas tienes?

—Personalmente, me he comunicado con siete. Todas están desesperadas. Mi hermano tiene un contacto en la Oficina de Guerra que me puede poner en contacto con otras.

—Creo que habrá espacio suficiente para trece familias, —dijo—, siempre y cuando ninguno de ellos tenga la progenie del Sr. Jonas White.

Ella se rio mientras regresaban a su carruaje.

—¿Dónde encontramos a tu señora Hudson? —preguntó.

—En realidad, no muy lejos de aquí. En el área de Covent Garden.

—Entonces, si es respetable, tenemos que sacarla de allí.

—Era todo lo que podía pagar.

—No me gusta que estés allí en absoluto. Encorvado, se movió para sentarse a su lado, tomando su mano entre las suyas. Los latidos de su corazón se aceleraron.

—Tendremos que ver que se reemplace su monedero.

Ella se puso rígida.

—No tengo intenciones de aceptar dinero de usted.

—Como doncella, tienes razón al rechazar el desembolso económico de cualquier hombre. —Luego, atrayéndola a sus brazos, habló con esa voz ronca que la asustó con su intimidad—. Pero como mi esposa, Elizabeth, tendrás un acuerdo muy generoso.

Conteniendo el aliento, colocó ambas manos sobre su pecho y se apartó.

—Le diré a mi hermano cómo te estás comportando.

Se echó a reír.

—Se lo diré yo mismo.

* * *

llenar la despensa, luego se acomodó en su lujoso carruaje y miró a Elizabeth. Elizabeth permaneció a su lado del carruaje. No podría haber estado más feliz con ninguna mujer que con Lady Elizabeth. Su genuina bondad era más de lo que había esperado encontrar en una esposa.

Tenía la intención de hacerla su duquesa.

Incluso si eso significaba ir a Almack. Él se estremeció.

* * *

avergonzado a su hermano. Y no lo merecía. Especialmente con su importante cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Con el rostro picado por la vergüenza, siguió a Anna y Haverstock, y se sentó en una sección reservada para sus compañeros.

Cuando comenzó el primer baile, ella experimentó algo que no había ocurrido ni una sola vez en los tres años desde que había salido: ningún hombre le pidió que se parara.

Nunca había estado tan mortificada.

Mientras estaba sentada allí tratando de hablar con Anna, pero hablando sin sentido, se dio cuenta de que otros seguían mirándola. Cuando terminó la pieza, esperaba que alguien la rescatara de la humillación completa el próximo baile. Pero cuando comenzó, nadie cruzó el salón de baile para buscarla como pareja.

Gracias a Dios que su hermano había ido a la sala de cartas. Su humillación habría sido más dolorosa que la suya.

—Oh, Anna, he deshonrado a toda nuestra familia.

—No has lastimado a nadie excepto a ti misma.

Elizabeth soltó una risa amarga.

—Es algo bueno que haya elegido no casarme. Me atrevo a decir que nadie me quiere.

Los grandes ojos de Anna del color de la caoba, la observaban.

—Eso no es así. El duque de Aldridge desea convertirte en su duquesa.

Como evocado por sus palabras, el duque de Aldridge entró en el salón de baile en ese mismo momento. Toda conversación cesó. Todos los ojos se clavaron en el hombre alto y guapo que se acercaba a Elizabeth. Se alzaba sobre los otros hombres y estaba impecablemente vestido con su elegante cabello oscuro cortado y su bien ajustado abrigo negro azabache y pantalones ajustados. Contuvo el aliento, rezando para que la honrara con una invitación de baile. Su orgullo herido lo necesitaba.

Cuando él se inclinó frente a ella y le rogó que se pusiera de pie con él, el zumbido de las voces se renovó.

Odiaba admitir su vanidad, pero estaba muy feliz de poner su mano en la de él y permitirle que la levantara. Su satisfacción con él era proporcional a la profundidad de su humillación. Por segunda vez ese día, sintió ganas de lanzar sus brazos alrededor de su cuello.

El baile campestre no les dio la oportunidad de conversar, pero les dio a todos los bailarines y espectadores la oportunidad de mirar al duque de Aldridge, pecaminosamente rico, pecaminosamente guapo y supuestamente malicioso.

Cuando terminó el baile, la condujo fuera de la cámara y le consiguió ratafia. Luego, para su mortificación, dijo con voz clara.

—¿Crees, mi amor, que deberíamos anunciar nuestras próximas

nupcias esta noche?

Era todo lo que podía hacer para no arrojar el líquido a su cara engreída. Ella lo fulminó con la mirada.

—Supongo que ese anuncio debería venir de tu hermano.

Lo último que necesitaba era otra escena frente a todas estas personas.

—Pero, su gracia, —finalmente se las arregló—, aún no he consentido en convertirme en su duquesa.

—Pero, mi amor, siempre obtengo lo que quiero.

Ella se acercó y habló en un susurro.

—¿Su gracia quiere una bofetada en la cara?

Echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—Tu sentido del humor es tan encantador, mi amor.

Ella se acercó de nuevo.

—Yo no soy tu querida.

Él atrajo su mano entre las suyas.

—Pronto, amor. Pronto.

Bajó la voz a un susurro de nuevo.

—Sabes que no estoy enamorada de ti, y sé que no estás enamorado de mí.

Sus ojos oscuros se volvieron solemnes.

—Habla con tu hermano. Creo que él te dirá que el amor sigue a los cónyuges más reacios.

¿Todos menos ella, sabían que el matrimonio de Haverstock y Anna no había comenzado como una pareja de amor? Sería difícil de comprender ahora. No hay dos personas que puedan estar más enamoradas. Excepto por Morgie y Lydia.

Y la suya había sido una pareja de amor, incluso de toda una vida.

Mientras estaban allí, observándose rígidamente, Morgie se acercó.

—Digo, Aldridge, es endiabladamente bueno tenerte de vuelta.

—¡Dios mío, Morgie, pero es bueno verte! Felicitaciones por tu matrimonio. Elegiste muy bien.

—¿Sabías que tenemos un hijo?

Aldridge asintió con la cabeza.

—Parece que hay más felicitaciones en orden. Tendré que ver a este excelente hijo tuyo y de Lady Lydia.

La voz de Morgie bajó.

—No se lo digas a Lyddie ... —Sacudió la cabeza—. No se ve ... como un muchacho pequeño, un muchacho muy pequeño. Él es... — Las cejas de Morgie bajaron con preocupación, y el espacio que hizo con las manos indicaba que el tamaño del bebé era un poco más de un pie.

—Se parece a mi abuelo, por cierto. Ni un pelo en la cabeza.

Elizabeth se rio entre dientes.

—¡Eso es común en los bebés! Te aseguro, —le dijo al duque—, mi sobrino es un pequeño compañero perfecto.

El alivio se apoderó de la cara de Morgie.

—¿De verdad crees que está bien? Eso es lo que Lyddie sigue diciendo, pero ya sabes cómo lo adora.

—Pensaría, —dijo el duque—, siempre puedes confiar en lo que dice Lady Lydia. Posee un gran sentido común.

Los tres volvieron al salón de baile. El resto de la noche, el duque se quedó a su lado, y el resto de la noche Elizabeth no pudo alejar de sus pensamientos el conocimiento de que Lydia había llegado a amar a Morgie después de años de amistad, que el matrimonio forzado de Anna y Haverstock se había convertido en un gran amor digno de un poema de Keats.

Tan escéptica como había terminado con los matrimonios forzados, se preguntó si podría llegar a amar al duque si aceptaba casarse con él.

Bailaron el último baile, un vals, y cuando terminó, le dio las buenas noches.

—Te llamaré mañana.

Estaba tan perdida en sus pensamientos en el camino a casa desde Almack que nunca escuchó a su hermano dirigirse a ella. Luego, más tarde, después de que ella se quitó la bata preciosa, se puso su ropa de noche, y se subió a su cama, sus pensamientos volvieron a la Duque de Aldridge. Se encontró enumerando todas las razones por las que debería casarse con él.

1. Ella podría usar su dinero para sus obras de caridad.

2. Ella podría redimir su reputación empañada.

3. Ella podría hacer feliz a su hermano, no solo logrando el número 2, sino también uniendo a su familia con la de su amigo más antiguo.

4. Y ella sería una idiota al rechazar un partido tan espectacular.

5. La feroz atracción que una vez había tenido por él podría regresar.

Y, por último, seguía pensando en cuán verdadera y profundamente amaban a su hermano, Anna, Morgie y Lydia. ¿Alguna vez podría ser tan bendecida?

Ella no pudo dormir. Iba a visitarla al día siguiente. Sabía que una vez más le pediría su mano. Ella sintió que esta sería su última oportunidad de aceptar su amable oferta.

¿Podría ella? ¿Podría ella?

la Sociedad y dirigir su vida a hacer buenas obras, era incapaz de infligir tanta vergüenza a su familia, especialmente a Haverstock, cuya carrera podría verse obstaculizada significativamente por su desgracia. Lo hizo prosperar en su importante posición en el gobierno.

Cuando el oscuro amanecer se instaló en otro frío y gris día de primavera, ella tomó su decisión.

* * *

mujer a la que valoraría. Una buena mujer como lady Elizabeth Upton.

Nunca se engañó a sí mismo de que la amaba, pero pensó a tiempo, que podría. Especialmente si ella demostraba ser sensata como lo fue su hermana mayor.

Había disfrutado ver a Lydia brevemente en Almack la noche anterior. Ella siempre se divierte. Aunque ella no mencionó nada tan injusto, Morgie bajó la voz para explicarle a Aldridge por qué su esposa podía quedarse en casa de Almack solo durante media hora: — Se niega a tener una nodriza y, según mi palabra, el pequeño es un tirano tragón. ¡Pobre Lyddie! Morgie había sacudido la cabeza con consternación.

—No sé a dónde va toda esa leche. Él es apenas más grande que mi mano.

Después de que Morgie y Lydia Morgan se fueron, Aldridge no pudo librarse de la idea de una mujer aristocrática como Lydia cuidando a su propio bebé. Elevó a Lydia aún más alto en su opinión, si eso fuera posible.

Luego, naturalmente, sus pensamientos pasaron a la hermana menor de Lydia. Dos hermanas no podrían haber sido más dispares en apariencia. Elizabeth era menuda, bella y hermosa; Lydia era alta, grande de huesos y oscura. A los treinta años, había sido una solterona confirmada porque los hombres nunca habían podido separar su aspecto desagradable de su inteligencia y dignidad. Morgie, que no era particularmente inteligente, pero que siempre había tenido un excelente ojo para la estética, fue el último hombre en el reino que Aldridge habría esperado enamorarse de Lydia. Él se preguntó exactamente había ocurrido.

¿Por qué demonios Aldridge se preocupaba tanto por el amor y el matrimonio? En sus treinta y dos años nunca se había preocupado por la domesticidad. Buen señor, ¿tenía un pie en la tumba? Su padre había muerto repentinamente a los cuarenta años. ¿La misma enfermedad iba a golpear al hijo antes de cumplir los cuarenta? ¿Es por eso que Aldridge estaba tan condenadamente decidido a tener un hijo que le había ofrecido a Elizabeth en su primer día de regreso en Inglaterra?

¿O fue Elizabeth misma la responsable de esta obsesión poco característica de él por el matrimonio?

¿Consentiría ella en ser su esposa? ¿Le presentaría un heredero? ¿Amamantaría a su hijo en el pecho como Lydia estaba haciendo con su hijo? Su mirada se dirigió subrepticiamente a su modesto pecho, y su corazón se aceleró inexplicablemente. Aclarando su garganta, atrajo su mano hacia la suya.

—Debes darte cuenta de por qué quería estar a solas contigo hoy.

Sin mirarlo, ella asintió.

—Dilo, Elizabeth, dijo, —con la voz de un padre severo.

—Me harás el honor de pedirme que sea tu esposa.

Aturdido, la miró desde sus pestañas bajas hasta su delgada mano metida dentro de la suya. Y una sonrisa tiró de las comisuras de su boca.

—¡Dios mío, esta es una broma! ¿De repente encuentras mi oferta un honor?

Ella asintió con timidez.

—Sí, su gracia.

—¿Eso significa que aceptarás?

Finalmente se encontró con su mirada con ojos increíblemente solemnes. Nunca los había mirado antes desde tan cerca. Tenían un tono tan pálido de lavanda que se preguntó por qué no eran translúcidos. Todo en ella era pálido y delicado, como una frágil rosa de primavera.

—Me sentiría miserable por privarte de un encuentro amoroso.

Él mordió su primera respuesta. Casi había cometido el error de decirle que los duques de Aldridge nunca se casaron por amor. El Duque tenía otras obligaciones. Una de sus obligaciones actuales era velar por la restauración de la reputación de esta bella joven.

Pero no era tan noble como para sacrificar su futuro en beneficio de otro. Como no se atrevía a admitir que no tenía intenciones de casarse por amor, ¿qué chica no se había aferrado a la noción romántica de una pareja de amor? Decidió ser impertinente.

—Si debes saberlo, quiero decir que tienes la dote que tu cuñada heredera te otorgará. Todos saben de la generosidad de la marquesa con las hermanas de Haverstock.

—Y aquí estaba sufriendo por la idea errónea de que estabas aislado de la Sociedad Inglesa en los últimos cinco años.

Entonces ella le arrojó frivolidad hacia él. Acercó su mano a sus labios y le dio un beso en los guantes, justo por encima de sus delicados nudillos.

—Ah, mi amor, hay tantas cosas que me he perdido, tantas lagunas que deben llenarse.

—Quizás pueda ser de utilidad.

Lamentablemente, su mente estaba tan abandonada que cuando pronunció la palabra servicio, sus pensamientos molestos se dirigieron a mujeres como Belle Evans. Sin embargo, no le gustaban las mujeres de ese tipo. Él ahora quería a la señora Elizabeth Upton.

Él no estaba enamorado de ella, pero ¡cómo la quería!

Se volvió hacia ella y le dedicó una sonrisa maliciosa.

—¿Morgie y Lydia? ¿Cómo sucedió eso?

Una suave risa surgió de su pecho.

—¿No le has dado crédito a Morgie por tener tan buen sentido?

—Debes saber que considero a Morgie como mi segundo mejor amigo en todo el mundo. Reconoceré que es muy hábil para discutir lo que está de moda o dónde colocar el dinero en el intercambio.

—Creo que se acercaron cuando Anna comenzó su escuela de costura en el East End, y Haverstock, incapaz de abandonar sus deberes en el Ministerio de Asuntos Exteriores, le pidió a Morgie que la cuidara a ella y a Lydia porque Lydia estaba igual de comprometida con la escuela como Anna. Puede que Morgie nunca haya actuado sobre su creciente afecto por Lydia si el escudero de cerca de Haymore no hubiera venido a Londres para rogarle la mano a Lydia en matrimonio porque necesitaba una madre para su gran progenie.

—Pero Lydia no podía considerar un matrimonio así.

—Mi hermana estaba convencida de que esa era su única oportunidad de tener una familia y un hogar propio. Ella aceptó la oferta del escudero.

—Creo que veo a dónde va esto. Morgie comenzó a darse cuenta de lo que estaba a punto de perder.

—No sabía que eras tan romántico, tu gracia.

Él lo fulminó con la mirada.

—Sigue.

—Morgie estaba muy celoso del escudero, pero le tomó un poco de manipulación por parte de Lydia obtener una declaración de su parte.

—¿Entonces se había enamorado de Morgie durante todas esas excursiones al East End

—De hecho. Siempre estuvieron muy cómodos el uno con el otro.

—¡Ah, como tú y yo!

Ella le dirigió una mirada extraña.

—Tal vez ahora me siento más cómodo contigo. Ahora que ya no pienso en ti como un depredador malvado.

—Soy muchas cosas, pero te doy mi palabra, no soy un depredador malvado.

Su voz se suavizó.

—Lo sé.

—Para responder a su pregunta inicial, —dijo vacilante—, quiero un heredero.

Sus pestañas bajaron.

—Espero que hayas estado tomando el pelo cuando hablaste de mi dote. Me atrevo a decir que no es que los grandes.

—Estaba bromeando.

—Pensé que lo eras. Después de todo, has intentado sobornar mi cumplimiento al prometerme no solo dinero generoso con alfileres sino también al aceptar consentir mi pequeño plan para las viudas de guerra. Si consintiera casarme contigo.

—Un pequeño precio a pagar para asegurar a la encantadora Lady Elizabeth Upton para mi novia.

Cuanto más la rodeaba, más desconcertado estaba por su fracaso para asegurar un marido. ¿Cómo pudo haber pasado por tres temporadas y seguir soltera? Comprendió que habría un cierto número de hombres que sabían que no tenían el rango suficiente para atrapar a la hija de un marqués.

Entonces otro pensamiento lo golpeó. ¿Podría haberse imaginado enamorada de un hombre que no estuviera a su altura? Ella había negado que sus afectos estuvieran comprometidos. Si ella se había imaginado enamorada anteriormente, no debería ser nada para él.

Pero sí importaba. El no entendía por qué debía.

Se aclaró la garganta otra vez.

—¿Estás siendo honesta conmigo acerca de ... no tener a otro hombre en tus afectos?

—No hay nadie.

—Algunos dirán que resististe a un duque, pero lo sé mejor.

—Estaba siendo honesta a principios de esta semana cuando te dije que había decidido seguir siendo solterona y dedicar mi vida a las buenas obras.

—A mí me parece que quisieras entrar a un convento.

Ella se rio.

Él le apretó la mano.

—Estoy esperando tu respuesta, Elizabeth. Los latidos de su corazón se aceleraron. No todos los días un hombre pedía la mano de una mujer en matrimonio. De hecho, esta fue la primera mujer a la que él había ofrecido.

—Sí, su gracia. Me convertiré en su esposa.

Casi suspiró, pero no quería que ella supiera lo inseguro que había sido.

—Veré que nunca te arrepientas. Ahora, querida, tengo una petición que hacerte.

Sus cejas se elevaron.

—Nunca debes referirte a mí como tu gracia. Seremos iguales.

—¿Cómo debería llamarte?

Todo el mundo, incluso sus hermanos, le llamaban Aldridge, pero descubrió que la idea de que su esposa lo llamara por su nombre de pila tenía un atractivo mucho mayor.

Cuando finalmente conoció a la Marquesa Haverstock la noche anterior, y pensó que tal vez era aún más hermosa de lo que había esperado, él estaba encantado de que ella se refiriera a Haverstock como Charles. Dirigirse a su esposo por su primer nombre era tan tierno como la caricia de un amante.

—Philip —dijo finalmente.

—Philip, —murmuró ella.

Maldición, ¡pero sonaba seductor en sus dulces labios! Quería probar sus labios de nuevo, pero Hyde Park en la hora de moda no era el lugar ni la hora. Esperaba ver cuán seductora sería su futura novia.

—Obtendré una licencia especial para que podamos casarnos de inmediato.

Ella se giró hacia él.

—Te aseguro que mi cuñada querrá asegurarse de que tengo un ajuar adecuado para una duquesa.

—No necesitas sentirte en deuda con la heredera de tu hermano, no importa cuán encantadora sea ella. Serás una duquesa y, como mi esposa, será un placer proporcionar los fondos para tu ajuar. —Llevó el dorso de su mano a los labios—. Me honra que hayas consentido en ser mi esposa.

—¿Estás diciendo que quieres casarte antes de tener un ajuar?

El asintió.

—¿Por qué no corres y haces tus ajustes para que me envíen las facturas? Pueden estar listas para cuando regresemos de nuestro viaje de bodas a Glenmont Hall. Lo que no podía llegar lo suficientemente pronto para él.

—No parece correcto casarse con un duque con un vestido viejo.

Él se encogió de hombros.

—Hazme la bondad de llevar el traje marfil que llevabas la última noche.

Ella asintió con timidez. Tenía que haber sabido lo hermosa que se veía en eso.

—Me gustaría casarme en Haverstock House, en la misma habitación donde Lydia se casó con Morgie.

—Un buen plan. —Le indicó al conductor que regresara a la casa de Haverstock.

No podía expresar sus reservas, ni su culpa de que ella tuviera que casarse donde no había amor.

Había algo entre ellos. No amor No podía entender lo que era, pero fuera lo que fuese, era convincente.

Durante el desayuno de la boda, ella trató de mantener a raya los pensamientos poco caritativos, pero fue difícil. ¡Kate fulminó con la mirada a la novia como si Elizabeth fuera una ladrona de maridos descarada mientras coqueteaba abiertamente con el nuevo marido de Elizabeth! Kate era descaradamente coqueta. E incluso si era la hermana de Elizabeth, Elizabeth la deseaba en Coventry.

Mientras Elizabeth y Caroline estaban entusiasmadas por su placer de ser hermanas, Elizabeth era vagamente consciente de la voz de su madre.

—¿Su gracia viajará a Glenmont Hall hoy? —preguntó la viuda.

Elizabeth sorbió en silencio su champaña, muy desconcertada por la pregunta de su madre. No había duquesa en la larga mesa del desayuno.

—Mi amor, —le dijo Philip a Elizabeth—, creo que tu madre te está llamando.

Elizabeth podría haberse quejado por la alegría incontrolable de su madre de que su hija había atrapado a un duque. (Uno no tenía que mirar muy lejos para ver a quién se había llevado Kate después.) Cuando la mirada avergonzada de Elizabeth se dirigió a su madre, captó la mirada amenazante en la mirada de Kate y supo que su hermana no podía disimular sus celos.

Era bestial que no fuera Kate la que se había convertido en duquesa cuando había deseado ese título toda su vida. A diferencia de Elizabeth, que habría sido perfectamente feliz casada con un capitán del ejército.

Pero eso no fue ni aquí ni allá. Ella ya no deseaba casarse con el miserable Capitán Smythe. Ahora era la esposa de un hombre honorable, y tenía la intención de sacar lo mejor de ello.

Incluso si no fuera una pareja de amor para ninguno de los dos.

Se giró hacia su madre.

—Sí, madre. Planeamos irnos inmediatamente después del desayuno.

—Para que podamos llegar a Glenmont al anochecer, —agregó el duque.

—¿Entiendo que volverá para la votación de la próxima semana en la Cámara de los Lores sobre el aumento de impuestos? —Richie le preguntó al duque.

Antes de que su nuevo esposo tuviera la oportunidad de responder, Elizabeth se dirigió a él.

—El primo Richie no piensa en nada más que en sus deberes parlamentarios.

Philip asintió con la cabeza.

—Soy muy consciente de las actividades parlamentarias de tu primo. —Sus ojos se encontraron con los de Richie—. Para responder

a su pregunta, estoy interesado en hacer cualquier cosa que ayude a los británicos a ganar esta guerra, y si este plan tributario ayudará, como me dijeron que debería, lo favoreceré.

Richie le sonrió.

—¿Cuándo te sentarás en el Parlamento?

—Espero que pueda emular que cuando tomo mis funciones semana después de la próxima. He obtenido una copia de la factura de impuestos y el plan de estudiarlo durante nuestro viaje de bodas.

Richie alzó una ceja.

—Si me casara con una belleza como Lizzie, leer una factura de impuestos sería lo último que haría en mi luna de miel.

Los reunidos alrededor de la mesa se rieron.

Excepto por Elizabeth. Ella sabía lo que estaban pensando. Ella y el duque se acostarían en la cama los siguientes días mientras él disfrutaba, lo que de alguna manera implicaría eso, eso... protuberancia que había presenciado por error. Scarlet corrió a sus mejillas.

Desafortunadamente, la imagen de la carne desnuda y húmeda de Philip y eso... Sus cosas colgantes también surgieron en su memoria.

—Te aseguro, —dijo, dirigiendo su mirada de Richie a Philip—, no me importará. Estaré muy orgullosa de mi esposo por servir a su país de esa manera. Ella le sonrió a Philip.

—¿Y cómo, querida Lizzie, te gustaría ayudar a tu prima favorita con sus deberes para la Cámara de los Comunes? —Richie preguntó.

Sus cejas bajaron.

—¿Qué podría hacer para ayudarte?

—Como mujer casada, podrías ser mi anfitriona oficial sin generar censura.

Ella se preguntó fugazmente por qué este soltero nunca les había pedido a sus otros primos casados, Lydia o Kate, que le sirvieran como su anfitriona, pero debe saber que él siempre había estado más cerca de ella que de sus hermanas. Entonces, también, podría desear organizar debates parlamentarios o cenas en la suntuosa Aldridge House, que era sin duda una de las más grandiosas casas de Londres.

—Si su gracia no se opone, dijo, mirando a Aldridge.

Su esposo levantó la barbilla con un gentil nudillo.

—¿Cómo me vas a llamar ahora, querida?

Sus ojos se encontraron y se sostuvieron.

—Philip. —No podría haberse sentido más avergonzada si se hubiera quitado el vestido de novia delante de todas estas personas. No desde que era una niña había llamado a ningún otro hombre que no fueran sus hermanos y primos por su nombre de pila.

Era solo otra manifestación de esta intimidad para la que no había estado preparada tan recientemente como una semana antes.

—Mi amor, serás libre de usar nuestra casa de la forma que desees. La mirada de Philip se dirigió a Richie.

—No tengo objeciones en permitir que el Sr. Rothcomb-Smedley reúna a sus seguidores en la Casa Aldridge.

—Qué amable eres, tu gracia, —dijo Richie—. Esa es una oferta muy generosa.

Aunque lejos de ser pobre, Richie no tenía residencia propia en la Capital y había estado alquilando cámaras en Albany. Supuso que poder celebrar cenas en Aldridge House sería ventajoso para la prometedora carrera parlamentaria de Richie, y estaría feliz de ayudar a su primo favorito.

El reloj de la chimenea sonó. Doce veces

—Es hora de irnos, amor, —murmuró Philip.

* * *

Virgen. El tragó. Ni siquiera cuando era un muchacho en Eton había discutido tales intimidades. ¡Estaría condenado si discutiera esto con la chica con la que se iba a casar! Su única respuesta a su pregunta fue un fuerte asentimiento.

—Oblígame cambiando el tema de esta conversación. Había olvidado que tu primo es Richard Rothcomb-Smedley. Espero que para cuando tenga treinta años sea canciller del Tesoro. Posee un propósito singular.

—Lo es, y creo que quiere ese puesto antes de cumplir los treinta.

—¿Cuántos años tiene él?

—Veinticinco. —Su mirada se dirigió al estuche que había traído con sus papeles—. No tengo objeciones si desea comenzar a leer su factura de impuestos, aunque no puedo dar crédito a nada por ser más aburrido. Estaré encantado de mirar desde la ventana del carro.

—¿Incluso en un día gris como este?

—Siempre disfruto del país, y mi ... querido Philip, no respondiste mi pregunta sobre cuánto tiempo nos llevará llegar a Glenmont.

—Espero llegar al anochecer, pero a pesar de que los días se hacen más largos, todavía puede estar oscuro antes de las cinco en esta época del año.

—Puede ser oscuro a las cuatro de la tarde.

—Como no ha llovido en los últimos días, las carreteras deberían estar bien. Sin impedimentos, debemos llegar en unas cuatro horas.

* * *

arquitectura clásica: el frontón central, columnas corintias, simetría perfecta, y estatuas de seres mitológicos. Desde esta distancia no podía decir si las estatuas de marfil alineadas a lo largo de la línea del techo eran doncellas griegas o guerreras.

Mientras el carruaje traqueteaba por el camino de grava hacia la casa, vio que eran doncellas. Un lago reluciente que se sumerge al frente captó el reflejo de la casa y las doncellas. El lugar era pura perfección.

Su garganta se secó. Voy a ser dueña de todo esto. Esta era ahora su casa y lo sería hasta el día de su muerte.

Philip esperaría algún tipo de respuesta de ella.

—¡Es tan hermoso! ¿Pueden los interiores ser dignos de un hogar tan bello?

Él se encogió de hombros.

—Tendrás que juzgar por ti mismo. Prefiero la belleza del campo, pero creo que los interiores no ofenden.

—Estoy seguro de que no lo harán. —No había podido quitar su mirada hipnotizada de la perfección de Glenmont—. Veo la influencia de Capability Brown en tu parque.

—No solo su influencia. Su dirección completa. Trabajó en esto durante una década.

—¡Qué afortunado eres!

—Sí, mi abuelo regresó de su Grand Tour e inmediatamente derribó la vieja casa que había estado en esta propiedad desde el siglo XIII.

—¡Qué terrible pérdida!

—Me dijeron que se estaba cayendo en mal estado. —Él se encogió de hombros—. Es difícil saber en qué campamento creer, especialmente desde que mi abuelo regresó de Italia tan enamorado de la arquitectura de Andrea Palladio.

—Tu abuelo debe haber sido un hombre extremadamente paciente. Esta es una tarea tan enorme.

—De hecho, lo fue. Nunca vio lo que estás viendo ahora. Solo el bloque central se había completado antes de su muerte, y eso tardó más de diez años en construirse.

—¿Cuántos años nos llevó construir lo que vemos hoy?

—Veintiuno. Mi padre honró la visión de su padre, y los planes concebidos por mi abuelo y llevados a cabo por Robert Adam.

El nombre del arquitecto escocés fue uno que reconoció fácilmente. Sería difícil encontrar una familia noble en Gran Bretaña que no hubiera trabajado con Robert Adam o su hermano en algún momento.

—Apuesto a que no podrías decirme cuántas habitaciones tienes en Glenmont.

Su cara arrugada en sus pensamientos.

—Ganarías la apuesta.

—¿Puedes calcular?

Él se encogió de hombros.

—Algo por debajo de trescientos.

¡Qué desalentador! Se sentía tan incapaz de ser la esposa de nadie, ¡mucho menos de un duque! Ella nunca había hablado con el ama de llaves Haverstock en materia de... limpieza, ni había contemplado nunca el protocolo para sentar a los invitados en la mesa.

Cuando el carruaje se detuvo frente al pórtico, un lacayo abrió la puerta y bajó apresuradamente los escalones para abrir la puerta del carruaje para su amo. Philip, a su vez, le ofreció la mano a Elizabeth mientras ella desembarcaba.

Dentro, un personal mínimo de aproximadamente dos docenas se alineó para dar la bienvenida a la nueva duquesa. Elizabeth se sintió excesivamente intimidada al pensar que sr convertiría en la patrona de todos y cada uno de ellos. ¡Tenía solo veintiún años! Todavía no tenía la edad suficiente para heredar el legado que le dejó su abuela.

Philip había enviado a sus servidores más valiosos, así como a la criada de la nueva dama cuyos servicios Elizabeth había adquirido de acuerdo con su nuevo estado. Había dado instrucciones a su personal para que vieran que la cena debería estar lista cuando llegara el maestro.

—Han pasado treinta y cinco años desde que ha habido una nueva duquesa de Aldridge, —le dijo, a pesar de que ella lo sabía.

El primer sirviente en dar un paso adelante fue un mayordomo alto, de mediana edad, que poseía un cabello grueso y oscuro.

—Querida, me gustaría presentarte a Vale, que ha sido mayordomo de los Aldridge desde que era un muchacho.

Vale hizo una reverencia inclinando profundamente la cabeza.

Luego, el ama de llaves se presentó a Elizabeth, haciendo una reverencia. Es probable que esa mujer tenga entre cuarenta y cincuenta años. Los años le habían quitado la cintura, pero sus extremidades aún estaban delgadas y su cabello castaño y ondulado solo estaba ligeramente enroscado en gris.

—Querida mía, me gustaría presentarte a la señora Plumley.

—Y, señora Plumley, ——dijo Elizabeth, encontrando la mirada del ama de llaves, ¿cuánto tiempo ha estado al servicio de los Aldridge?

—Su gracia fue lo suficientemente amable como para ofrecerme empleo poco después de que tuvo éxito. La señora Plumley favoreció Elizabeth W ITH una sonrisa carente de artificio.

Como Philip había triunfado en sus veintes, Elizabeth quedó

impresionada por la madurez que debe haber demostrado. Ella habría pensado que él habría cedido a su madre para que lo guiara en las decisiones domésticas.

Elizabeth ofreció una sonrisa al ama de llaves.

— El hecho de que todavía esté aquí dirigiendo Glenmont de manera competente es un testimonio de sus capacidades.

—Gracias, su gracia. Siempre que esté descansando lo suficiente durante los próximos días, me complacerá darle un recorrido por Glenmont.

La mirada de Elizabeth se alzó hacia la de Philip. No se había dado cuenta de cuánto más alto que ella era. La punta de su cabeza apenas llegaba a sus hombros.

—¿Mañana sería agradable para ti?

Philip asintió con la cabeza.

—Excelente. Usted y la Sra. Plumley pueden explorar los emocionantes armarios de lino mientras yo continúo estudiando la factura de impuestos, después de que tengo el placer de mostrarles los terrenos temprano en el día.

—Muy bien, —dijo la señora Plumley—. La cena se servirá tan pronto como usted y la duquesa se cambien de ropa, si eso se encuentra con la aprobación de su gracia.

—Estoy muy satisfecho de saber eso, —respondió Philip.

La señora Plumley hizo una reverencia, luego el duque y la duquesa de Aldridge pasearon por el gran vestíbulo de entrada de mármol, señalando a cada empleado recién limpio y almidonado antes de subir la escalera curva hacia las habitaciones.

Pinturas masivas de antiguos maestros italianos adornaban las paredes hasta la escalera dorada del tercer piso. Las alfombras de pavo dominadas por rojos vivos cubrían los viejos pisos de madera allí.

—Lamento que las habitaciones de la duquesa no hayan sido arregladas para ti. Están como se dejaron hace cinco años.

—Cuando murió tu madre, —dijo solemnemente.

Asintió malhumorado.

—Tendrás que actualizarlos. —Cuando llegaron a la segunda puerta, se detuvo y la abrió—. Estas serán sus cámaras.

Todo en la habitación era de marfil: las cortinas de seda y las cortinas de la cama, el sofá de brocado, las paredes enlucidas e incluso la alfombra. Todos los muebles estaban dorados. Parecía demasiado formal para el gusto de Elizabeth. Ella nunca se sentiría cómoda aquí.

Afortunadamente, no tuvo que transmitir su insatisfacción.

—No se parece en nada a ti, ahora que lo pienso. Mi madre también estaba completamente ... artificial. Ella había estado en la corte francesa por un breve tiempo y pasó el resto de su vida emulando a Versalles.

Ella asintió.

—Me gustaría la calidez de la madera y un poco más de color.

—Mi duquesa lo tendrá.

Su doncella había colocado el cepillo para el pelo y el espejo de mano sobre el opulento tocador iluminado por esbeltas velas de plata. Supuso que su ropa también ya había sido desempacada.

—¿Me recogerías una vez que me haya vestido para la cena?

—Lo haré. ¿Media hora te dará suficiente tiempo?

Una rápida mirada en el espejo le dijo que el arte de Fanny con el cabello de Elizabeth esa mañana había sido lo suficientemente bueno. De lo contrario, una media hora no serviría para volver a vestirse y peinarse.

—Creo que sí.

Se inclinó hacia ella y le pasó un beso por la mejilla.

—Bien. Me muero de hambre. Llamaré a tu puerta en treinta minutos.

En lugar de regresar por la puerta por la que habían entrado, desapareció por una puerta en la misma pared que la cabecera de su cama. A sus habitaciones. ¡Por supuesto que se unirían! La intimidad pendiente le envió el pulso acelerado.

Fanny parecía muy eficiente mientras ayudaba a Elizabeth a quitarse el vestido de novia y ponerse uno de terciopelo rojo que dejaba al descubierto sus hombros blancos como la leche. Cuando Philip la recogió, viniendo directamente de su habitación sin usar el pasillo, sus ojos se abrieron cuando la miró.

—Que hermosa te ves. Había algo en su mano. Una caja de seda.

—Te traje algunas de las joyas de la familia. Esperaba verte llevar los rubíes de Aldridge esta noche. —Él tragó saliva mientras su mirada hirviente la recorría.

—¡Qué increíble que elegí usar el rojo esta noche! —Ella se movió hacia él cuando él comenzó a abrir la caja. Cuando vio el collar festoneado de grandes rubíes y diamantes engastados en oro, se congeló—. ¡Oh, su gracia! ¡Temeré usar algo tan hermoso y tan valioso!

Con la mirada todavía ardiente, se movió para colocarle el collar y habló en voz baja y ronca. —Hazme el favor de no llamarme...

—Su gracia. Perdón...Philip. —Sus ojos no podían dejar el espejo cuando él apretó el collar opulento en la parte posterior de su cuello. Luego su cabeza se inclinó para darle un beso en el hueco de su cuello.

La piel de gallina cubrió su carne expuesta.

Cuando llegaron al comedor, estaba bastante oscuro más allá de los altos marcos, pero los tres candelabros sobre la mesa brillaban con la luz de más de cien velas.

—He pedido que tu lugar esté a mi lado ya que solo estamos nosotros dos, —dijo.

Una sonrisa jugó en sus labios.

—De hecho, estoy feliz de no tener que gritarte la mesa.

Un lacayo vertió vino en sus vasos cuando otro lacayo salió de la cocina para poner una sopa de tortuga en sus cuencos. Mientras Philip consumía su sopa, ella aprovechó la oportunidad para mirarlo.

¡Qué poder emanaba! Había un aire en él que expresaba autoridad, y su solidez en estatura y personalidad exigía el respeto de hombres y mujeres por igual.

El fuego a su espalda bailaba en su cabello oscuro mientras su mirada miraba por encima de sus ojos casi negros, su fuerte línea de mandíbula y su hermoso rostro. Ella se dio cuenta de que incluso si él no fuera un duque, podría haber tenido una mujer en el reino.

¿Por qué yo?

Debería sentirse halagada, pero no lo estaba. Todo lo relacionado con su llamado cortejo había sucedido tan rápido que sintió como si la hubieran arrojado a un ciclón. ¿Se sentiría alguna vez normal otra vez?

Durante la mayor parte de la cena, comieron en silencio. Después de comer los dulces, él puso su mano sobre la de ella y habló con voz suave.

—Pensé que tú y yo podríamos sentarnos ante el fuego en la biblioteca y disfrutar de un vaso de Madeira antes de acostarnos.

Cualquier cosa que retrasara el negocio de la cama tenía un gran atractivo. Ella asintió.

habitación y la había visto allí, el rico terciopelo rojo acentuando el blanco lechoso de sus delicados hombros y el dulce oleaje de sus senos. Su pálido rubio e pelo había sido arrastrado, pero algún mechón suelto escapó.

Fue el descuido de esos pocos hilos delicados lo que casi lo desarmó. Cómo quería tocarlos, soltar su cabello sedoso, soltar el vestido escarlata hasta que se acumulara en la alfombra debajo de sus pies. Había intentado ni siquiera mirar a la cama por miedo a actuar según sus pensamientos seductores.

Ahora, mientras estaban sentados en la biblioteca, el silencio entre ellos era como el resplandor de un invitado no deseado. Lamentablemente, la conversación se vio obstaculizada por su falta de familiaridad. ¿Qué sabía realmente de ella? Por supuesto que sabía cosas como su edad y linaje. Sabía que ella poseía un corazón amable. Ahora sabía que ella compartía su buena opinión sobre su habitación favorita.

—Dime, —finalmente se las arregló—, ¿te gusta bailar? —¿Era eso lo mejor que podía hacer?

—Solo un poco más que Lydia. ¿Por qué preguntas? Seguramente, ¿no estás planeando una fiesta aquí?

Él rio. Qué ridículo debe pensar que es.

—No, estos próximos días se dedicarán a dos actividades y solo a esas dos actividades.

Ella levantó una ceja.

—¿Y están?

—Primero, deseo conocerte mejor.

Ella le ofreció una dulce sonrisa.

—¿Y segundo?

—Voy a terminar de leer esa maldita factura de impuestos. Tengo mucho que aprender.

—Me pregunto, ¿cuántos miembros de la Cámara de los Lores se están tomando sus deberes tan en serio como tú? ¿Crees que otros están esclavizando la larga factura?

Él se encogió de hombros.

—Mi padre nunca lo hizo.

—Tampoco el mío.

Se abstuvo de hablar mal del hombre que era su padre. Era mejor evitar mencionar al hombre desagradable. Encontrar algo complementario que decir sobre él era imposible. Felipe le agradeció a Dios que la descendencia del hombre no lo siguió.

El tierno corazón de Elizabeth era tan diferente a su padre como blanco a negro. Y Haverstock también era un hombre tan honorable como lo había.

—Dado que desea aprovechar este tiempo para conocernos mejor,

—dijo—, creo que fue muy amable por parte de sus hermanas solteras dejarnos Glenmont a nosotros.

—De hecho, lo fue. Sabía que, si estuvieran aquí, me ignorarías.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Entonces les pediste que fueran a Londres?

Se rio entre dientes.

—Te estaba tomando el pelo. Mis hermanas son lo suficientemente inteligentes como para entender que una luna de miel requiere privacidad.

El fuego una vez más le llamó la atención. ¿Estaba avergonzada de pensar en su inminente intimidad? Una pena que no pudiera ofrecerle garantías, pero era incapaz de hablar de intimidades incluso con un caballero. Algunas cosas simplemente no fueron discutidas.

Él la observó mientras ella se llevaba el vaso a los labios y sorbía. Pronto, él tendría esos labios.

—Reconoceré, —dijo, sin dejar de mirar la chimenea—, que parece terriblemente antinatural estar solo con un hombre. Sigo buscando un chaperón sobre mi hombro.

—Debes comenzar a pensar en mí como tu esposo. Entonces nuestro estar juntos parecerá completamente natural. —Él esperó.

Tomó otro sorbo mientras su cabeza se hundía en el aire.

La había animado a beber el Madeira. Debería servir para relajarla, tal vez incluso animarla a ser más amorosa. Terminó su propia bebida, y un momento después se levantó y volvió a llenar los dos vasos.

Mientras sorbía el segundo vaso, casi podía ver cómo la tensión se desprendía de ella. Una sonrisa comenzó a jugar en sus labios, y sus ojos se encontraron con los de él con creciente regularidad y más calidez.

—¿Fue difícil para ti dejar la Condesa Savatini?

Él se puso rígido.

—Nunca debes hablar de ... de mujeres con quienes se supone me he acostado. —Él le dirigió una mirada helada—. Uno no puede creer todo lo que escucha.

—Lo siento. Pensé que deseabas que tú y yo nos conociéramos mejor.

—El tema que iniciaste es tabú.

Ella pestañeó y guardó silencio por un momento.

—No se repetirá, —dijo disculpándose.

Se reprendió a sí mismo por estropear ese momento. Ella se estaba suavizando, y él había sido tan tosco al hablar con ella como si estuviera hablando con cualquiera de sus empleados. Él presionó su delgada mano entre las suyas.

—Perdóname, querida. Puede haber sonado como si estuviera enojado contigo, pero te aseguro que no lo estoy.

Sorbió nerviosamente el Madeira, luego comenzó a reírse.

—Ahora, ¿qué te divierte tanto? —preguntó.

—Tu ineptitud para iniciar una conversación. ¿Te gusta bailar?

Sus esperanzas se desvanecieron. Ella hizo notar la estupidez de la pregunta. No podía evitar añadir su carcajada a su melodiosa risita.

—Ahora es mi turno, —dijo finalmente, encontrando su mirada con ojos risueños—. Permítame hacer una pregunta aclaratoria sobre usted. Dime, su gracia, ¿prefiere el dedo índice o el dedo anular? —La mirada seria que ella dirigió hacia él desmintió su ligereza.

—Oh, definitivamente el dedo anular.

—¿Pero, puedes señalarlo?

—Una consideración muy seria, para estar seguro. —Bajó las cejas con fingido pensamiento.

Ella comenzó a apuñalarlo, de manera poco elegante, con el dedo que llevaba el rubí Aldridge que había colocado allí esa mañana.

Su risa profunda sonó.

—No sangrientamente bien, ya veo—.

—No se supone que digas —sangrienta— en presencia de una dama. Es sangrientamente indecente.

Una vez más, ella lo hizo reír. ¡Por Júpiter! si un hombre tuviera que ser encadenado, podría hacerlo mucho peor. Había algo completamente satisfactorio en estar casado con alguien que te hacía reír.

El vino la había relajado lo suficiente como para permitirle decir cosas que nunca diría si estuviera perfectamente sobria. A él le gustaba su fantástica novia.

Especialmente cuando usaba la palabra indecente. Porque ser indecente con ella era exactamente lo que más deseaba. Estar con esta mujer no solo lo hacía reír, sino también el olor de su fragante agua de rosas, el trino melodioso de su risa, la delicadeza de su elegante cuello, la blancura de sus hombros desnudos: todas estas cosas se habían vuelto intoxicantes para él.

Lo supiera o no, Elizabeth era inesperadamente sensual.

Se le secó la garganta y no pudo apartar la mirada de su belleza seductora. Él se acercó, tan cerca que sus muslos se tocaron, tan cerca que la suavidad de su pecho rozó su brazo.

—Pero, mi amor, —murmuró con voz ronca—, soy indecente.

En los segundos en que sus ojos se encontraron, los de ella pasaron de chispeantes a oscuros.

Se acercó más. Su aliento se acortó. Bajó la cabeza hasta que su boca capturó ávidamente la de ella. Cuando la atrajo a sus brazos, estaba casi devastado por el gemido que hizo, por la sensación de sus brazos que lo rodeaban, y por la forma en que ella le devolvió el ardor. Su boca se abrió con necesidad por su húmedo y arremolinado

beso.

Cuando por fin se apartó, sus miradas seductoras se encontraron, luego su mirada viajó hacia el pesado ascenso y la caída de su pecho, la atractiva parte superior de sus senos cremosos, y de repente se vio obligado a probarlos. Su cabeza se hundió en el corpiño de su vestido, su boca abierta le succionó.

Su aliento se estremeció, pero no exigió que se detuviera. Ella dio un gemido satisfecho que casi lo desquició. ¡Ella quería esto tanto como él! De alguna manera se las arregló para liberar un seno y atraer su pezón rosado hacia su boca. La inhalación y exhalación de su gemido aliento, junto con el placer de saborearla, casi lo volvieron loco.

En una vida de pasiones vagabundas, nunca había experimentado algo así. Porque esta mujer era suya. Su esposa. Un elemento de pureza impregnaba todo lo que ocurría entre sus dos cuerpos.

Tan satisfecho como la sostenía, quería más. Si ella estuviera completamente sobria, él no habría podido consumar este matrimonio. Pero como el vino simplemente la había rendido... conforme, pensó que tal vez este era el momento perfecto para completar su unión.

Una vez más, sus miradas hambrientas se encontraron cuando su mano ahuecó su pecho. Habló con voz ronca.

—¿Mi duquesa vendrá a la cama ahora?

El deseo ardía en sus ojos humeantes cuando ella asintió.

perezosa viajó desde su rostro hacia abajo.

Su universo estaba confusamente sesgado esta mañana. Todo lo que una vez había considerado incorrecto ahora parecía correcto. Porque su unión había sido santificada por un sacramento. Sin embargo, a la luz del día, estaba teniendo muchas dificultades para mantener su comportamiento desenfrenado de la noche anterior.

—Querido señor, —¿Philip pensaría que ella es descarada?

Le lanzó una mirada furtiva y la ternura que vio en su rostro indicaba que estaba satisfecho con ella.

De repente, a Elizabeth se le ocurrió que las intimidades que habían tenido de la noche anterior también podían realizarse durante el día. El recuerdo mismo de esas intimidades hizo que los latidos de su corazón se aceleraran, enviando un calor fundido a su núcleo.

Era como si ella lo mirara con nuevos ojos. Ya no era el poderoso duque de Aldrid sobre quien las doncellas se desmayaban y los hombres se encogían. Este gentil amante era su esposo. Ella nunca sabría la sensación de las manos de ningún otro hombre sobre su cuerpo porque pertenecía a él. Y él a ella.

Ya no podía llamarlo Aldridge, ni siquiera su gracia. Ahora era simplemente Philip. El nombre en sus labios sonaba como el susurro de un amante. Y tal vez eso es lo que fue.

Puede que no haya entrado en este matrimonio como una mujer enamorada. Ella puede no poseer su amor. Pero ahora era suya en todos los sentidos. Hasta la muerte.

Ella tomó el suave cambio de cambray y lo miró.

—Permíteme darte la espalda mientras me pongo esto.

Él se rio entre dientes, pero hizo lo que ella le pidió, moviéndose hacia sus altos marcos y comenzando a abrir las cortinas para revelar un día gris que no era demasiado triste. Luego vino a sentarse al lado de su cama.

—¿Cuánto tiempo antes estarás lista para montar?

—Tres cuartos de hora deberían ser suficientes. —Ella le sonrió —. Estoy muy agradecida de que no esté lloviendo.

—Como yo—. Se puso de pie y la miró—. Haré que Lawford me afeite, luego correré hacia las caballerizas y traeré nuestros caballos. Si recuerdo, todas las hermanas de Haverstock son excelentes jinetes.

—Me temo que me estás confundiendo con Lydia. Ella cabalga tan bien como cualquier hombre. Soy simplemente competente, debido al hecho de que por alguna razón peculiar me aterrorizaban los caballos cuando era niña. Mi padre severo despreciaba mi debilidad. —A menudo se preguntaba si su padre la había despreciado. Nunca existió un hombre tan frío.

—¿Pero ya no estás aterrorizado?

Ella sacudió su cabeza.

—Vencí mi miedo. James siempre fue muy bueno al ayudarme a controlar mi pensamiento irracional. También se ocupó de que yo tuviera mi propia montura, una que era gentil. Mientras mi hermano estuviera conmigo, yo adoraba galopar sobre cada centímetro de Haymore.

—Estaré casi tan feliz por tener a James como hermano como por tener a Haverstock.

Ella asintió.

—Mis hermanos han crecido para ser buenos hombres, lo cual es una maravilla teniendo en cuenta a mi padre. —Ella paró. No quería difamar a su padre. Incluso si se lo merecía.

Philip se encogió de hombros.

—Debe haber hecho algunas cosas bien. Mira a su descendencia.

Excepto por Kate, todos habían resultado ser adultos admirables.

* * *

jorobada. Se podía ver desde cada ventana en el lado norte de la casa. Como una joya brillante, el lago estaba enmarcado por árboles de hoja perenne en todos los tonos de verde imaginables. Detrás de ellos se alzaba una suave colina, comenzando a ponerse verde después de ser despojado de su color por la mano dura del invierno.

Una vez que él y su novia rodearon el extremo oeste de la casa principal de Glenmont, su montura disminuyó la velocidad mientras contemplaba la fascinante escena que se extendía ante ellos hasta donde alcanzaba la vista. Entonces ella exclamó.

—Oh, Philip, este debe ser el lugar más hermoso de toda Inglaterra.

Fue todo lo que pudo hacer para reprimir su creciente orgullo.

—Me alegra que pienses eso. Ahora es tu hogar, más aún que Haymore.

Ella asintió a sabiendas y habló en voz baja.

—Porque probablemente viviré más años aquí que nunca en el hogar donde nací.

—Es muy probable, mi amor.

Parecía inconcebible que solo dos generaciones atrás, esta tierra hubiera sido llana, seca y árida. Old Capability era un genio. Y la riqueza del abuelo de Philip había sido muy grande. Se necesitaron varios cientos de trabajadores al año para excavar el lago, y la tierra excavada había hecho una colina muy fina. Pero como Capability nunca hizo nada de la manera fácil, había insistido en que la colina se ubicara en la distancia. Lo que requería enormes dolores de cabeza por el transporte. O dolores de espalda.

Como si fueran atraídos por un imán, sus caballos fueron directamente al agua reluciente, y cuando se acercaron, ella dijo:

—Me encantaría pasear junto al lago.

—Entonces ataremos nuestras monturas.

Un momento después caminaban hacia el puente.

—¿Qué hay en esos puentes ornamentales que parecen invitarnos a caminar por ellos? —ella preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Están invitando. —Especialmente el suyo. Había sido demasiado joven, demasiado irresponsable para disfrutar de todo lo que había heredado cuando logró el ducado. Ahora, no podía creer que hubiera sido capaz de darle la espalda a todo esto. Por ahora tenía un fuerte deseo de nunca irse.

Tan bueno como era estar en casa otra vez y, por mucho que apreciara todo lo que veía, lamentaba que no fuera un día soleado, lamentaba que la alfombra verde de la primavera aún no cubriera esta tierra que tanto amaba. Cómo deseaba que el césped fuera de un verde verdoso y aterciopelado con narcisos amarillos que

brotaban de una manera muy espontánea como solían hacerlo. Él también quería que ella viera el rododendro rojo sangre que florecía tan profusamente aquí. Se decía que eran los más gloriosos de toda Inglaterra.

A pesar de que el calendario decía que era primavera, ni el clima ni las floraciones aún no daban pruebas de ello. Aun así, sin los aromas embriagadores de la primavera y las salpicaduras de color, había algo elementalmente agradable en este día frío, casi invernal. Aquí. Esta profunda satisfacción con el paisaje de Glenmont está intrínsecamente ligada a su aislamiento. Por millas por delante, eran solo ellos dos. Solo él y su duquesa.

Le resultaba desconcertante que, aunque no había considerado la idea de casarse, se estaba acostumbrando rápidamente a querer compartir todo con esta mujer con la que se había casado. Se sentía tan raro después de treinta y dos años de soltero tener repentinamente una compañera de vida. Novedad, pero no del todo desagradable.

Recordó la noche en que le pidió a Haverstock su mano en matrimonio. Entonces, como ahora, había experimentado una sensación de felicidad ante la sola idea de tener un hijo. Un hijo al que podía dejar Glenmont y todas las demás propiedades ducales. Un hijo nacido de la unión entre Philip y Elizabeth. Se le secó la boca. Sus pensamientos revolotearon a la noche anterior. A la cama de Elizabeth.

Y estaba casi abrumado por emociones fuertes como nunca antes había experimentado.

El viento silbaba y se enfriaba, y la grava crujía bajo sus pies mientras seguían el camino hacia el puente.

—Espero que no tengas demasiado frío, —dijo.

—No me importaría si lo tuviera, porque me encanta aquí. —Ella lo miró. —Ahora sé por qué me dijiste anoche que preferías el aire libre aquí en Glenmont.

Él tomó su mano y suspiró. —

—Siento que no quiero regresar a Londres. Aunque mis deberes me llamen. Durante demasiado tiempo había eludido sus deberes. Tenía que hacer todo lo posible para detener a Napoleón. Tenía que usar sus capacidades de liderazgo, y esperaba inteligencia, para ayudar a aprobar una legislación en beneficio de su reino. Y tenía hermanas jóvenes para lanzarse a la sociedad.

Si solo tuviera que considerarlo, pensó que podría existir aquí solo con la dulce Elizabeth por el resto de sus días.

—Lo sé, —dijo en voz baja—. Siento lo mismo. Aunque también tengo deberes.

Se detuvieron por completo en la cima del puente, y él la miró a la cara. Nunca antes había notado la leve rociada de pecas en su

nariz. Mechones sueltos de cabello lino le caían por la mejilla. Maldición, ¡pero se la veía increíblemente joven! ¿Era por eso que ella provocaba en él una profunda sensación de protección?

Él acarició su rostro, retirando sus cabellos sueltos.

—Oh sí, número 7 Trent Square.

—Es bueno tener un propósito. Mucho antes de conocer a Haverstock, Anna llevó a cabo sus obras de caridad en el East End. Está en su naturaleza ser benevolente y cariñosa, y rezo para que su bondad me haya influenciado—.

Haverstock se había casado muy bien. Su esposa poseía un corazón amable, un bolso grande y una belleza deslumbrante. La marquesa de Haverstock era ciertamente más bella que la nueva duquesa de Aldridge.

Pero como la marquesa ya estaba ocupada, el duque pensó que le había ido muy bien con Elizabeth. Ella tenía muy buena educación. Eso es lo que buscaban los duques de Aldridge en una esposa. Los duques anteriores, por supuesto, también se habían casado por fortuna, pero no tenía que buscar una mujer con fortuna. Todas las posesiones acumuladas traídas al ducado por matrimonios ventajosos anteriores lo habían dejado extremadamente bien.

—Creo que eres muy bueno.

Incluso los aspectos del dormitorio de este matrimonio fueron mucho más satisfactorios de lo que había soñado que podrían ser. Esta esposa suya fue sorprendentemente más cariñosa de lo que esperaba. Debe recordar darle a la dama Madeira todas las noches.

—Espero nunca decepcionarte. Si lo hago, debes decirme, —dijo —. Creo que me gustaría que seamos abiertos el uno con el otro. ¿No crees que la honestidad es una buena base para un matrimonio?

—Claro, ¡espero que eso no signifique que quieras sacar confesiones sobre mis antiguas malas costumbres!

Ella se rio, luego se volvió hacia el lago debajo de ellos y se apoyó en la balaustrada de piedra del puente. —Me gustaría pensar que el resto de nuestra vida ha comenzado el día en que nos casamos

—¡Uf!

Sus ojos risueños se encontraron, entonces él se sentó a su lado en la pared de roca del puente, con las piernas colgando hacia el agua. ¡Qué refrescantemente ingenua era la pobre muchacha! Nunca podría ser completamente honesto con ella. Un hombre simplemente no le contaría a su esposa sobre su amante. Todos los duques de Aldridge tomaron amantes.

Por el momento, no buscaría una amante. No cuando la relación amorosa de su duquesa demostraba ser tan satisfactoria. Contuvo el aliento. Debe dirigir sus pensamientos lejos de pensamientos tan excitantes. Pero no se atrevió a mencionar el tema del baile. O

preferencias de los dedos.

¿Qué les gustaba discutir a las mujeres? Amor. Actividades sociales. Ropa. Ninguno de estos temas le interesaba remotamente, pero debe hacer el esfuerzo de establecer una intimidad tan fácil en sus conversaciones como lo había hecho... No, no podía permitirse recordar la sensación de su carne sedosa. De repente dijo:

—Debes ayudarme a asegurarme de que mis hermanas solteras obtengan compañeros adecuados. Reconozco que me decepcioné cuando Clair no se decidió.

Elizabeth asintió con la cabeza.

—Me sorprendió.

—Sé que no se la considera bonita, aunque ciertamente lo es para aquellos de nosotros que la amamos. ¿Recuerdas la edad que tiene ahora?

—Tiene veintitrés años. Casi exactamente dos años mayor que yo.

—Todos creerán que ella está encerrada. Entonces los hombres no la buscarán.

—Es difícil buscar a alguien que no está allí. ¿Sabes que ya no asiste a los bailes?

Él frunció el ceño.

—No lo sabía.

—Su apariencia no es ofensiva. Es solo que ejerce un desprecio descuidado por ... las cosas que a otras jóvenes les importan.

—¿Te gusta la moda, asistir a los bailes y coquetear?

—Exactamente. Pensé que, a pesar de su falta de esfuerzo, cualquier cantidad de hombres la querrían como esposa porque es hija de un duque.

—Parece que te equivocaste.

Me encantaría decirle qué ponerse y cómo peinarse.

—Quizás si yo, como jefe de familia ahora, le pidiera que prestara atención a tu consejo, enviaría un mensaje de que quiero que se case.

—No, Philip, no. Podría herirla profundamente. Me temo que pensaría no quieres cargar con una vieja hermana, aunque sé que no es lo que quieres decir. Tú la amas y quieres lo mejor para ella.

—¿No era Lydia exactamente como Clair?

Ella asintió.

—Yo había llegado a creer que, si no se hubiera recibido una oferta en treinta años, ella nunca lo lograría. Yo pensaba que estaba contenta con la soltería. Más tarde, supe que ella había amado a Morgie siempre y no creo que un hombre de moda como él alguna vez perdería su corazón por ella. Ella es menos atractiva que Clair.

No sabía si debía asentir afirmativamente o ignorar el comentario. Él eligió lo último.

—Nunca sospeché que ella tenía una atracción por Morgie, —dijo

Elizabeth—, pero Haverstock dijo que era muy inteligente en la forma en que ella le hizo una declaración de afecto. —Ella lo miró y sonrió —. Se adoran el uno al otro.

Incluso se había enterado de que Morgie estaba tan enamorado de su propia esposa que no había podido tomar una amante. Haverstock estaba enamorado de la misma manera. Philip era incapaz de amar como lo hicieron esos dos. Ninguna mujer lo había enamorado jamás.

Más es la pena.

* * *

que jamás había soñado.

Ella sabía que eran completamente compatibles. Sus antecedentes eran similares. Se abrazaron en alta estima. Y su intimidad física llevó a cada uno de ellos a temblar masas de placer.

Un hombre compasivo no tenía que estar enamorado para satisfacer sus necesidades físicas, necesidades que le habían dicho que los hombres experimentaban de manera mucho más aguda que las mujeres.

Aunque ciertamente ahora tenía el afecto de Philip, sabía que él no estaba enamorado de ella. Afortunadamente, ella tuvo toda una vida para hacer todo lo que estaba en su poder para asegurar su amor.

Si tan solo ella pudiera. Si tan solo fuera una persona más paciente. O una mujer más bella.

Había pensado que su desenfreno esa primera noche en sus brazos se debía al Madeira que no estaba acostumbrada a beber. Pero bajo la luz del día, mientras estaba fría y sobria, ansiaba sentir sus brazos a su alrededor, sentirlo acariciándola íntimamente, sentirse retorciéndose bajo el glorioso cuerpo de su marido.

Durante esos días felices ella podía olvidar que había un mundo fuera de los límites de Glenmont. Solo ella y el hombre que amaba. Durante esos días rara vez habían pasado un momento separados.

Todo eso terminaría cuando regresaran a Londres. Deber, amigos, tal vez incluso otra mujer (pensó, le partiría el corazón) lo reclamaría. ¿Había algo que pudiera hacer para evitar que eso sucediera?

Ella sería una esposa ejemplar. Sus necesidades, sus intereses siempre serían lo primero. Sería difícil no aferrarse a él, pero ella sabía que las enredaderas destruían su sustento.

Durante el viaje en carruaje de regreso a Londres, la ignoró mientras leía las gruesas páginas de la factura de impuestos. Ella no debe estar celosa de su trabajo. Lo había dejado todo a un lado durante su luna de miel para llenarla de atención.

Esas atenciones seguramente se detendrían ahora que regresaban a la capital.

Una vez que los cielos nublados de Londres aparecieron a la vista, ella interrumpió su lectura.

—Dime, querido, antes de que lleguemos a Aldridge House debes contarme sobre los sirvientes allí.

Puso la factura a un lado.

—Solo debes preocuparte por Barrow, que debe tener más de ochenta años. Soy el tercer duque de Aldridge al que ha servido.

—Seguramente eres lo suficientemente rico como para pensionarlo.

Sacudió la cabeza como si estuviera exasperado.

—Lo intenté. Los Aldridge son como su propia familia. No tendría nada por lo que vivir si no nos sirviera. Me dijo que mientras pudiera caminar, quería seguir sirviendo.

—Si no recuerdo mal, apenas puede caminar, —dijo con ligereza.

—¡Tienes razón! Es bastante mayor.

—¿Y su audición?

—Creo que quizás no es muy buena, ni su vista, pero recuerda que he estado fuera de Inglaterra por cinco años.

Ella asintió.

—Así que no has podido saber.

—Lo sé, como eres tan caritativa, serás paciente con él.

—Por supuesto.

Él frunció los labios pensando.

—Nuestra ama de llaves en la ciudad es bastante mayor que la Sra. Plumley. Se llama Sra. Harrigan y yo soy su segundo duque de Aldridge.

Miró por la ventana del carruaje y reconoció que estaban en Piccadilly.

—Voy a estar presentando a sus conocidos momentáneamente.

belleza, ella (al menos no desde que había salido de la escuela) había pensado que alguna vez sería amante de algo tan grandioso como Glenmont Hall. O incluso Aldridge House. Solo una casa en todo Londres podría rivalizar con su grandeza: la propia Carlton House del Regente.

Mientras subían la amplia escalera de mármol una al lado de la otra, ella se concentró en actuar como duquesa. Esto requería que ella se abstuviera de hablar. Por todas partes que miraba, todo lo que veía, desde la barandilla dorada hasta los enormes candelabros de cristal, valía la pena. Pero no podía subrayarle a Philip lo indigna que era para ser su duquesa.

No se había sentido tan inadecuada en Glenmont. Allí, solo habían sido ellos dos, y él había sido siempre muy solícito con ella. Pero aquí, en Londres, sería detenida por el escrutinio de todas las damas que alguna vez habían esperado atrapar al duque de Aldridge por sí misma. Los sirvientes también podrían resentirse con una nueva amante. Incluso sus hermanas, a quienes siempre había sido demasiado aficionada, podrían pensar que era una intrusa en un dominio que habían gobernado durante su larga ausencia de Inglaterra.

¿Y qué pasaría cuando invitara a amigos del Parlamento? ¿Pensarían que ella era tonta? Tendría que compensar la desventaja de su juventud educándose sobre el gobierno.

Quizás Richie podría ser útil en eso.

No había nada que ella no haría para tratar de ganarse el amor de Philip.

Cuando llegaron al tercer nivel donde estaban ubicadas las habitaciones, él dijo:

—No solo encontrarás que las antiguas habitaciones de mi madre están desactualizadas, también encontrarás que no son de tu agrado. Te ruego que busques una persona inteligente para rehacerlos para ti. Una pena que no lo pensé antes de que nos fuéramos de Londres. Me atrevo a decir que podrían haber sido redecorados por ahora.

—Pero me atrevo a decir que las cámaras estarían impregnadas de esos nocivos olores de pintura que agravan mi estómago tan terriblemente. —Ella se acercó a él, deslizando su brazo contra el de él —. Debería mudarme a tus habitaciones.

Una lenta sonrisa apareció en su rostro y habló con voz ronca.

—Hoy convocaré a los pintores. —él guiñó un ojo.

Al menos en las actividades de dormitorio, ella debe complacerlo. Ahora debe comenzar a convertirse en la esposa perfecta.

Pasaron junto a la puerta de su dormitorio, el lugar donde ella había visto por primera vez a su marido desvestirse. Hasta el día de su muerte, ella sería capaz de visualizarlo parado allí con el fuego

enmarcando su cuerpo reluciente y bellamente esculpido.

—La próxima puerta será la habitación de la duquesa, —dijo.

Resultó estar exactamente en el mismo modo formalmente adornado que las habitaciones de la duquesa en Glenmont Hall, pero aquí la cama era exquisita. No creía que pudiera cambiar nada al respecto. El probador completo que se encontraba en lo alto sobre la cama estaba hecho en un dorado que tenía la forma de una corona. De ella fluían cortinas de seda marfil bordadas con hilos de seda en el mismo tono turquesa de las cortinas de terciopelo que se reunían debajo del marfil. ¡Qué reconfortante era la idea de cerrar esas cortinas de terciopelo alrededor de la cama, alrededor de su esposo y ella, en una fría noche de invierno!

Se olvidó por completo de actuar como duquesa y dejó que se revelara su interior burgués.

—¡Oh!, ¡Dios mío, es una magnífica cama tallada!

Sus ojos brillaron de placer. Su orgullo por esta cama debe ser mayor que cualquier desprecio que pueda tener hacia una esposa modelo.

—Es una copia exacta de una cama tallada que mi bisabuelo materno, el duque de Baley, había hecho para Carlos II. A mi abuela le encantó tanto que la copió como un regalo de bodas para ella.

—¡Me sentiré como una reina durmiendo allí! —Sus ojos brillantes se encontraron con los de él, y su respiración se detuvo cuando vio la forma en que la miraba. El deseo calentó sus ojos oscuros y ardientes.

Ella se movió a sus brazos cuando sus besos aplastantes encendieron sus ardientes pasiones. Como siempre lo hacían.

* * *

Elizabeth rara vez veía a Charlotte, y cuando estaban juntos, Elizabeth había llegado a comprender que el esposo de Charlotte la había suplantado como la persona con la que Charlotte ahora compartía todas sus confidencias, todas sus más íntimas pensamientos

¿Estarían Elizabeth y Philip tan cerca? Ella podría desear todas sus riquezas para trabajar junto a él día tras día, al igual que Charlotte y su Sr. Hogart.

Cómo Elizabeth esperaba que estas nuevas hermanas la llevaran a su círculo familiar de la misma manera que ella y sus hermanas le habían dado la bienvenida a Anna.

—¿Cuándo regresa Clair de la tía Hopkins-Feversham? —Philip preguntó a sus hermanas mientras vertía Burdeos en el vaso de su esposa.

Caro, la más joven, puso los ojos en blanco.

—Me atrevo a decir que está usando el nombre propio de la tía para tu beneficio, Elizabeth. Siempre la hemos llamado tía Hop-Sham.

—Debido al hecho de que cuando éramos niños, Hopkins-Feversham era demasiado difícil de pronunciar para nosotros, —explicó Margaret con su voz suave.

—Pero para responder a tu pregunta, Aldridge, —dijo Caro, bajando su tenedor y mirándolo de la misma manera que una institutriz autorizada—, Clair dijo que esperaba regresar al mismo tiempo que tú y tu novia. Ella estará completamente molesta de que hayas llevado a cabo la boda antes de su regreso.

Margaret favoreció a Elizabeth con una sonrisa.

—Ella estaba, por supuesto, encantada con la selección de novia de Aldridge.

—De hecho, —continuó Caro—, dijo que siempre fuiste su favorita de las hermanas de Haverstock ... bueno, excepto Lady Lydia.

—Creo que dijo que eras su favorita entre las bellas hermanas de Haverstock porque, aunque todos adoran a Lady Lydia, todos saben que no posee la belleza, —aclaró Margaret.

Elizabeth estaba agradecida de que sus nuevas hermanas se sintieran lo suficientemente cómodas con ella para hablar con perfecta honestidad.

—Afortunadamente, Lydia es la favorita de todos para las hermanas de Haverstock. Estar en posesión de la buena opinión de los demás es mucho mejor que estar en posesión de una belleza que se desvanecerá. ¿No estás de acuerdo?

—Mi esposa es bastante filósofa.

—Creo que ella lo expresó maravillosamente, dijo Margaret.

Caro asintió con la cabeza.

—Hablando de la querida Lady Lydia, debemos cenar con los Morgan.

A Elizabeth le pareció que, aunque Lady Caroline era la más joven de la familia, había asumido un papel bastante matriarcal, casi como si fuera una primogénita.

—Y el marqués también, —agregó Margaret.

El duque asintió con la cabeza.

—Un muy buen plan. —Luego su expresión se volvió pensativa, y dudó antes de dirigir su próximo comentario a su duquesa.

—Um, ¿crees que Lady Lydia puede escapar lo suficiente para cenar? —Luego desvió la mirada y comenzó a empujar sus guisantes alrededor del plato de porcelana con cresta.

Las cejas de ambas hermanas se arquearon.

—¿Qué podría evitar que Lady Lydia se escape? —Caro exigió.

Philip tragó saliva. Parecía reacio a responder la pregunta de su hermana. Luego se aclaró la garganta y finalmente habló.

—Ella no ha obtenido ... ejem, ciertos servicios para su hijo pequeño.

Era todo lo que Elizabeth podía hacer para no estallar en carcajadas. ¡Su esposo se avergonzaba de mencionar la lactancia, o incluso las palabras nodriza, frente a sus hermanas! ¿Cómo podía un hombre tan viril ser tan modesto?

Ambas hermanas parecían perplejas.

Elizabeth aclaró el misterio.

— Mi hermana no tiene una nodriza.

—¿Quieres decir que no sale de su casa? —una incrédula Caro preguntó.

Elizabeth respondió.

—Propiamente, a mi hermana no le gusta dejar a su angelito, pero como está tan cerca, creo que podría arreglárselas sin ella durante unas horas.

Las hermanas se fueron repentinamente, muy silenciosas. Ellos también se avergonzaron de hablar de tal asunto. Al menos delante de su hermano. Margaret hizo un gran alboroto por cortar la ternera mientras Caroline se tragaba el vino.

—Sería encantador tener miembros de su familia. ¿Los invitará?

—Margaret finalmente se las arregló. La gentil Margaret siempre había sido la pacificadora de la familia. Era ella quien tenía la habilidad de hablar amablemente con todos, ella quien podía suavizar las arrugas de las situaciones más desordenadas.

La mirada de Elizabeth se dirigió al duque.

—¿Eso es agradable para ti, querida?

—Me haría muy feliz. Pero no mañana por la noche. Luego iremos al teatro para una nueva puesta en escena de School for Scandal.

—Estamos ansiosos por eso, —dijo Caro.

—Y, mi amor, ya que voy a ser parte de la política, pensé que comenzaríamos a cenar con Lord y Lady Holland.

Finalmente, un tema sobre el cual ella arrojó algo. Aunque Whigs, las cenas de los Hollands eran legendarias por atraer a una gran variedad de personas interesantes. Había conocido a su señoría, pero nunca a su dama, debido al hecho de que, como mujer divorciada, no era bienvenida en las casas de la sociedad y nunca cerca de mujeres solteras. Ahora que Elizabeth misma era una mujer casada, ya no había impedimento para su reunión.

—Debería disfrutarlo en exceso, y me sentaré allí como una esponja muda.

Él le sonrió, luego dejó la servilleta y se levantó.

—Estoy segura de que ustedes, señoras, pueden divertirse mientras corro hacia mi club.

Debo ocultar mi decepción.

—Pero, querida, ¿no necesitas llamar y que te traigan tu concierto?

Sacudió la cabeza.

—Puedo caminar mucho más rápido. Son menos de cinco minutos desde Berkeley Square hasta White's.

—Dime, —suplicó Elizabeth—, No camines a casa. No me gustaría en absoluto que un corte en el pie me dejara viuda una semana después de mi matrimonio.

Caro se giró hacia su hermano.

—Tiene toda la razón, Aldridge. Debes darnos tu palabra de que bajo ninguna circunstancia caminarás a casa.

Se rio entre dientes.

—Damas, les doy mi palabra. No soy tan tonto. —Se acercó a Elizabeth y le besó la mejilla—. No me esperes despierto.

Su primera noche de regreso en Londres, y ya se estaba escapando de ella.

* * *

noche, sus esposas lo aceptaban.

¿Haverstock y Morgie estaban tan enamorados de sus esposas que los tenían aplastados bajo los pulgares de sus damas?

Asintió con la cabeza a Palmer, a quien había conocido la mayor parte de su vida, aunque los dos nunca habían estado cerca. El asentimiento lo abrió a una serie de preguntas sobre su regreso a Inglaterra y preguntas sobre su matrimonio.

Intentó dar la apariencia de que estaba buscando a una persona específica, y cuando no la encontró, se despidió rápidamente. Trataría de encontrar Brook justo bajando la calle.

Más a menudo había ido a White's porque allí era donde su padre y sus tíos siempre se habían congregado. Pero ahora que iba a participar activamente en el gobierno, pensó que tal vez la multitud del Brook podría ser más de su agrado.

Su padre se revolcaría en su tumba si supiera que su hijo estaba considerando alinearse con los liberales. El viejo duque había sido un conservador de principio a fin. Todos los duques de Aldridge habían sido conservadores.

No era que Philip fuera realmente un Liberal. Era solo que prefería ser de mente abierta y quería adoptar las mejores características de cada uno de los campos políticos. Su principio rector sería hacer lo mejor para Gran Bretaña.

En Brook estaba contento de que hubiera al menos una persona que conocía: el primo de Elizabeth, Richard Rothcomb-Smedley. El hombre se puso de pie de un salto, le ofreció a Philip su mano y le rogó que se uniera a su mesa.

—Estoy sorprendido de ver tu gracia de regreso tan pronto de tu viaje de bodas. ¿El clima en Middlesex se volvió malo? —Las cejas rubias oscuras del hombre bajaron.

Philip dirigió una mirada fría al joven. Había un ligero parecido entre él y Elizabeth. Quizás era solo que era rubio. Supuso que la altura mejor que el promedio de Rothcomb-Smedley y los hombros anchos serían atractivos para las mujeres. No importa cuán importante fuera el tipo en el gobierno, Philip no podía ser amable con él. No cuando las únicas dos veces que Philip había estado en su presencia tuvo la audacia de intimar que Philip no apreciaba adecuadamente a la mujer con la que se había casado.

¡Por Júpiter! Philip, no este joven advenedizo, le había pedido su mano. ¿No fue suficiente para demostrar su compromiso con ella? No estaba en la naturaleza del duque bailar sobre cualquier mujer.

—El clima en Middlesex es el mismo que en Londres. Pero después de haber estado en Inglaterra durante cinco años, hay muchas cosas que llaman mi atención. Se sentó y Rothcomb-Smedley le presentó a su compañero, Lord Dessington, que servía con el primo de Elizabeth

en la Cámara de los Comunes.

—Creo que conozco a tu padre, el conde de Lancer, —dijo Philip.

Dessington asintió con la cabeza.

—Entiendo que estarás sirviendo en la Cámara de los Lores con mi padre.

—Comienzo esta semana.

—Dime, señoría, —dijo Rothcomb-Smedley—, ¿terminaste de leer la factura de impuestos?

—Lo hice. De hecho, —Philip miró al vizconde Dessington—, tu padre tuvo la amabilidad de proporcionarme su copia, una de las tres, según me han dicho.

—Mi padre quiere mantenerte con la esperanza de que apoyarás a los liberales.

—Apoyaré a la facción que creo que es correcta. Como sucede, creo que la factura de impuestos es muy buena, y quiero apoyarla.

—Entonces nos complace tenerte como aliado, dijo Rothcomb-Smedley. Todavía me parece increíble que hayas elegido pasar tu luna de miel leyendo una factura de impuestos.

Philip lo fulminó con la mirada.

—Lo que hice en mi luna de miel no es asunto tuyo. — Especialmente aquellas otras actividades íntimas que más bien dominaron su viaje de bodas muy satisfactorio.

Rothcomb-Smedley suspiró.

—Eres un hombre afortunado. Si no fuera un segundo hijo que necesitara casarse con una heredera, habría ofrecido por Elizabeth.

¿Le estaba diciendo el hombre que estaba enamorado de la esposa de Philip ¡Qué descaro! Para abstenerse de mirar una vez más a su arrogante compañero, su mirada recorrió la acogedora cámara con un aire de aburrimiento que solo un duque podía escapar.

—¿Haverstock ya no viene a su club?

—Mi primo es el único hombre que conozco que es aún más serio que yo por sus deberes con su país, —dijo Rothcomb-Smedley.

Philip se puso de pie.

—Dentro de un año espero que digas eso de mí.

—¿Entonces estarás en la Cámara de los Lores mañana?

El asintió. Y en el Ministerio de Asuntos Exteriores, pero no necesita que eso sea ampliamente conocido.

—¿Te veré en el Holland el jueves por la noche?

—Si.

Rothcomb-Smedley levantó una ceja.

—¿Con la duquesa?

¿Estaba el maldito trasero obsesionado con Elizabeth? Philip tenía la intención de ir sin ella solo para decepcionar a su primo. Pero él ya la había invitado.

Lord Wickshire practicaba todos sus discursos parlamentarios sobre su señora, que estaba muy interesada en asuntos de gobierno. Se dijo que las sugerencias de Lady Wickshire hicieron que los discursos estelares de su esposo fueran aún más memorables.

Elizabeth pensó que no era casualidad que Lord y Lady Wickshire fueran una de las parejas más devotas que había visto.

Al menos hasta que Haverstock se casara con Anna.

Tan pronto como pudo, Elizabeth planeó cultivar la absorción de Richie con el Parlamento. ¡Él era la persona adecuada para educarla!

Mientras yacía allí, en la oscuridad, intentó desviar sus pensamientos de su marido ausente. El número 7 Trent Square le daría su propósito. De hecho, lo único bueno de regresar a Londres era que le permitiría continuar con sus planes para las viudas. Sus últimos pensamientos de vigilia fueron las muchas cosas que necesitaba hacer al día siguiente para darles a las viudas más necesitadas un nuevo hogar.

* * *

sorprendió que esta fuera la primera vez que se habían separado desde el día en que habían pronunciado sus votos matrimoniales. Se encontró deseando que ella estuviera acostada en su cama junto a él. Un vacío repentino se apoderó de él. Aunque era un sentimiento desconocido, lo atribuyó al deseo agudo.

Porque no podía negar que su deseo por ella casi se había convertido en una obsesión.

Buen señor, ¿se estaba convirtiendo en Haverstock?

* * *

Él le tomó la mano, le dio un beso suave en la palma de la mano, luego desvió su atención de ella cuando comenzó a poner mermelada en su tostada.

Siguiendo el ejemplo de él, vertió su café fuerte en una delicada taza de porcelana y comenzó a agregar el azúcar tal como a él le gustaba.

—¿Qué planes tienes hoy, aparte de estar en la Cámara de los Lores?

—¿Puedo confiar en ti con tranquilidad?

—¡Por supuesto!

—Estaré trabajando en el Ministerio de Asuntos Exteriores, pero no creo que lo reconozca.

—¿Entonces harás lo que hace Haverstock?

Sus ojos se abrieron.

—Pensé que las actividades de tu hermano eran clandestinas.

Ella se encogió de hombros.

—Lo son, pero dame crédito por no ser un completo tonto. Me atrevo a decir que es difícil esconder ese tipo de actividades de aquellos con quienes uno vive, ¡no es que Haverstock no lo haya intentado!

—Nadie, salvo tú, puedes saber qué haré allí, —dijo con voz severa.

—Percibo que eres bueno en las cifras.

—Estoy agradecido de no haberme casado con un imbécil; ahora, debes demostrar tu confiabilidad.

Mordió su tostada.

—Dime acerca de tu día.

—Siempre estoy ansioso por comenzar en el número 7 de Trent Square.

—Siento no poder pasar tanto tiempo allí como quisiera, pero debes informarme si tus viudas necesitan algo.

—No me conozco todavía. Por cierto, tus hermanas están muy entusiasmadas con el proyecto de Trent Square y rogaron que me acompañen allí hoy. Se han comprometido a ayudar de cualquier forma que sea necesaria. La querida Margaret incluso insistió en que aceptara algo de ella propio dinero para dar a las viudas.

—Estoy muy orgullosa de las mujeres de Ponsby. Y eso te incluye a ti. —Arrojó sus piernas desnudas sobre el costado de la cama—. No puedo demorarme. Le dije a Haverstock que lo vería en Whitehall esta mañana.

—¿Todavía estás planeando ir al teatro esta noche?

—Estoy en ello. —Él rozó sus labios sobre su mejilla.

* * *

reverencia cuando se dirigió a la duquesa.

—Le dije a la señora Leander que ella y sus pequeños podrían tomar la habitación junto a la mía. ¿Está bien? — Preguntó la señora Hudson.

—Está bien. Sin embargo, creo que esa cámara es demasiado pequeña para cinco niños, —dijo Elizabeth—. Por favor, Sra. Leander, siéntase libre de seleccionar una más grande. Desafortunadamente, los niños tendrán que quedarse en el dormitorio de su madre para que podamos poner el hogar a disposición de más familias necesitadas.

Las lágrimas comenzaron a correr por las pálidas mejillas de la señora Leander.

—No sé qué hubiéramos hecho mis hijos y yo si no hubieras puesto esta maravillosa casa a nuestra disposición.

Elizabeth se sintió conmovida.

—Todos estamos felices de ayudar, pero dependerá de ustedes, viudas, de diseñar una división del trabajo.

La cara de la señora Leander se iluminó.

—Se me considera una buena cocinera.

Las hermanas Ponsby asintieron y Margaret dijo:

—Eso es maravilloso.

—Mi hermano, que está sirviendo en la Península, me ha proporcionado una lista de viudas de su regimiento. La redujo a aquellas que residen en Londres. Veré si puedo encontrarlos e invitarlos a hacer su hogar aquí. —Elizabeth se dirigió a las hermanas de Philip—. Mientras salgo a buscar a las otras viudas, los necesitaré para que elaboren una lista de los artículos necesarios.

Caro asintió con la cabeza.

—Cosas como velas, ropa de cama, carbón ... artículos que deben adquirirse.

—¡Oh!, ¡Dios mío, me olvidé del carbón! —Elizabeth se volvió hacia la señora Hudson—. ¿Estuviste lo suficientemente caliente anoche?

La viuda asintió.

—Estamos muy agradecidos de tener un techo sobre nuestras cabezas y mantas para cubrirnos.

Durante el resto del día, mientras Elizabeth atravesaba Londres, trayendo familias más desesperadas al número 7, luchó contra las lágrimas muchas veces. Nada de lo que había hecho le había dado tanta satisfacción.

Otra de las viudas, la Sra. Boyle, también tenía cinco hijos. Elizabeth la encontró viviendo con su hermana en un piso en Hackney, donde doce niños dormían en el piso de la única habitación del piso. Elizabeth nunca en su vida había visto personas vivir en circunstancias tan difíciles.

Al final del día, cinco familias residían en el número 7, donde el aire se llenaba con el aroma de un rico caldo que la señora Leander estaba cocinando.

Elizabeth planeaba seguir localizando al resto de las viudas cada día hasta que se llenara la casa.

Cuando ella y las hermanas regresaron a Aldridge House, estaban agotadas.

—Declaro, —dijo un entusiasta Caro—, nunca me había divertido tanto como lo hice hoy.

Con una sonrisa en su rostro amable, Margaret asintió.

—Creo que he perdido el corazón por el pequeño muchacho de la señora Leander.

—¿Él bebe? —Preguntó Caro.

—Sí. Acaba de aprender a caminar, pero a su madre le gusta abrazarlo para evitar que se caiga por las escaleras.

—Entonces, ¿por eso seguiste sosteniéndolo?

—Para protegerlo, y porque se sentía muy bien en mis brazos.

Elizabeth sonrió a Margaret, de corazón tierno.

—Entonces debes casarte y tener un bebé propio.

Había una expresión melancólica en el rostro de Margaret.

—Ahora sé por qué Lady Lydia desea amamantar a su muchacho.

La nariz de Caro se arrugó con disgusto.

—¡Yo nunca!

—¿Qué hay de ti? — Margaret le preguntó a Elizabeth.

Solo entonces se le ocurrió a Elizabeth que en este momento podría estar aumentando con el bebé de Philip. Sus mejillas se calentaron a pesar de que la noción de cría la llenaba de felicidad.

—Debería tener que remitirme a Philip.

Caro se puso rígido.

—¿Por qué lo consultarías? ¡Es tu cuerpo!

En ese momento Elizabeth sintió como si ya no fuera su cuerpo o el de Philip. Se pertenecían el uno al otro. ¿Cómo podía explicar eso a aquella dama? — No me gustaría hacer nada para disgustar al querido Philip.

—Creo que eso es maravillosamente admirable, —dijo Margaret—. Es obvio que estás enamorada de tu esposo.

—Espero no ser demasiado obvia. ¿Qué hombre quiere una esposa asfixiante?

Mientras subía penosamente las escaleras hacia sus aposentos, casi deseó que no fueran al teatro esa noche. Cómo le gustaría sentarse junto al fuego en su habitación mientras el duque y la duquesa de Aldridge compartían entre ellos un recuento de los acontecimientos de su día.

Tal como estaban las cosas, necesitaba estar lista para el teatro en

una hora.

Cuando llegó al tercer nivel, oyó la voz temblorosa de Barrow llenando el hueco de la escalera.

—¿Ha venido la nueva duquesa?

—Sí, —respondió el lacayo—. Ella acaba de ir arriba.

—¿No te di la nota que le envió su gracia?

—No lo hizo, señor.

Barrow habló para sí mismo.

—Querido, ¿dónde lo puse?

—Estoy seguro de que no podría decir, señor.

Para cuando el pobre y medio ciego Barrow encontró la nota y subió las escaleras para entregársela, Philip podría estar en casa. Se giró y bajó las escaleras.

Podía escuchar al anciano mayordomo hablar solo.

—¿Ahora a dónde fui? Déjame ver, fui a ...

El lacayo gritó para ser escuchado.

—Vi que entraste en la biblioteca para poner la publicación del duque en su escritorio.

—¡Eso debe ser donde lo dejé!

Encontró a Barrow en la biblioteca, su mano retorcida agarrando un trozo de pañuelo arrugado.

—Me has salvado de subir las escaleras, dijo—. El duque te envió esto.

Ella le dio las gracias, tomó la carta y la abrió.

Querida Elizabeth,

Lamento informarle que no podré escaparme. Por favor, ve al teatro sin mí.

Lo firmó con una A mayúscula.

estuviera sosteniendo, para tener una razón para agacharse y evitar saludar a la malvada Lady Melbourne.

—¿Ves a Lady Melbourne en su palco esta noche? —susurró Lydia, quien se sentó a la izquierda de Elizabeth.

Elizabeth asintió con la cabeza.

—Es bueno que mamá no esté con nosotros, ya que cree que todas las mujeres liberales son escandalosas.

—Ese es el conservador en su salida. Después de todo, mamá está cegada por su lealtad a los conservadores, al igual que papá, el padre de mamá y todos sus antepasados.

—Ella es enormemente resistente a las nuevas formas.

Lydia gruñó.

—He tratado convencerla de que no viaje en su antigua silla de manos. La gente ya no los usa mucho.

—No es diferente a la forma en que ella siempre insistió en que Papa le empolvara el cabello mucho después de que tal práctica hubiera pasado de moda.

Mientras estaba sentada en su oscuro palco, su mente vagando, Elizabeth se sorprendió al darse cuenta de que Belle Evans estaba sentada en una caja directamente al otro lado del teatro de su caja. Elizabeth no pudo apartar la mirada de la bella mujer. Belle Evans era más alta que la media y poseía un cabello rico y oscuro que acentuaba el blanco lechoso de su piel. Su vestido rosa le caía bien y su penacho gris en el pelo indicaban que la cortesana tenía un gusto infalible.

Si no fuera tan notoria, nadie que la viera por primera vez sabría que la encantadora mujer se había degradado de una manera tan despilfarradora. ¿Por qué había arrojado la propiedad a la alcantarilla?

No era para que Elizabeth juzgara. Ella había nacido en una clase privilegiada. Sabía que muchas jóvenes se veían obligadas a prostituirse a una edad temprana para evitar morir de hambre. Quizás Belle Evans venía de una circunstancia desafortunada.

Aunque la cabeza de Belle Evans volvió a alejar el escenario, Elizabeth estaba segura de la cortesana estaba observando.

Una lástima que Philip haya tenido en algún momento relaciones íntimas con ella.

Elizabeth rezó para que ya no fuera el caso.

La sola idea de que él se acostara con otra mujer la ponía de mal humor. Se preguntó si él podría estar con otra mujer en este momento.

Pero cuando miró a los reunidos, se dio cuenta de que ninguno de los hombres que sabía que eran miembros de la Cámara de los Lores asistieron, aunque sí lo hicieron muchas de sus esposas. El alivio la inundó. ¡La Cámara de los Lores todavía debe estar en sesión!

Philip no estaba siendo un esposo infiel. Estaba siendo un ciudadano obediente. Ella siempre estaba muy orgullosa de él.

Durante el intermedio, Lydia se despidió.

—Debo salir corriendo para alimentar a mi angelito.

Cuando se iba, Richie estaba entrando en el palco del duque de Aldridge. Llegó a sentarse en el asiento que Lydia dejó libre.

—Veo que una vez más estás siendo descuidada por ese marido tuyo, —dijo juguetonamente.

—¿No crees que todavía podría estar en la Cámara de los Lores? —preguntó tímidamente, temerosa de que él refutara su declaración.

—Por supuesto que lo está. Espero que no abandonen la cámara hasta después de la medianoche.

Entonces lo esperaré. Una noche ella podría ser paciente. Sin embargo, en la segunda noche, ella se permitiría convertirse en el percebe de Philip.

—Debo reconocer que soy muy ignorante sobre el gobierno, pero ahora me encuentro con ganas de aprender. ¿Me ayudarás? Nadie tiene más conocimiento que tú.

Él sonrió.

—Debería estar feliz de hacerlo. ¿Puedo recogerte para dar un paseo en el parque mañana por la tarde?

Si comienza temprano en el día, debería poder dedicar cinco o seis horas a las viudas, lo que le permitiría estar disponible para conducir en Hyde Park a las cuatro.

—Eso sería encantador.

Después del teatro, Cook les sirvió una cena fría y a algunas de las amigas de las hermanas que se detuvieron. Elizabeth comió un poco y luego se excusó.

—Ha sido un día muy largo y estoy cansada.

Mientras subía las escaleras escuchó a Caro decirles a los demás lo divertido que habían sido ese día, y comenzó a explicar sobre el hogar para las viudas.

Sólo en el tercer escalón, Elizabeth se dio la vuelta, regresó a la sala de la cena, y se dirigió a Barrow. Había aprendido que debía elevar su voz cuando le hablaba.

—Si el duque regresara mientras la comida aún está puesta, ¿le ofrecerías enviarle una bandeja a mi habitación?

—Sí, su gracia.

Cuando salía del comedor por segunda vez, escuchó a Caro solicitar donaciones para comprar camas adicionales para el número 7 de Trent Square.

Finalmente, un acontecimiento sobre el cual Elizabeth podría sonreír esta noche.

En su habitación, ella y Fanny seleccionaron un suave turno

nocturno de muselina de color blanco nevado, bordado con lilas. Era su favorito. Debido a que no se iba directamente a la cama y porque la habitación estaba fría, encontraron su chal de marfil de Cachemira para arrojar sobre sus hombros. Fanny vino a colocar un candelabro cerca del sofá para que Elizabeth pudiera leer. Después de que Fanny se fue, Elizabeth corrió al vestidor de su esposo. Esta vez ella dejó la puerta de su camerino entreabierta y la de ella completamente abierta. Ella no toleraría extrañarlo otra noche.

Un golpe sonó en la puerta de su habitación. Estaba segura de que Philip no vendría de esa manera.

—¿Quién es?

—He traído tu bandeja, tu gracia. —Era el lacayo. Barrow no debe haberla escuchado correctamente. ¡No podía permitir que el lacayo la viera en su camisón de noche! — Si quieres, por favor llévalo a la cámara del duque. Es por él que lo solicité.

—Muy bien, su gracia.

Esperó varios minutos antes de irse a su habitación a buscar la bandeja y llevarla a su habitación. Luego se acomodó en el sofá y volvió a su libro, The Memoirs of Lord Chatham. Ella lo había seleccionado porque, como el primer William Pitt, Lord Chatham había precedido a su hijo, el líder de su país durante la mayor parte de su vida, como jefe del gobierno. Leer sus recuerdos sobre su carrera en el gobierno ayudaría a informarla.

Después de una hora, oyó que alguien entraba en la cámara de Philip, dejó su libro y fue a ver si su esposo había regresado. Al llegar a su puerta de comunicación, sus miradas se encontraron.

—Me esperaste. —Aunque parecía cansado, aún mostraba poder y masculinidad. El rastrojo oscuro en su mandíbula cuadrada acentuaba el blanco de la corbata bien atada debajo. Su mirada lo recorrió desde su corona de cabello oscuro hasta la punta de sus zapatos de cuero negro. Y estaba muy agradecida de que no se permitieran mujeres en la Cámara de los Lores. ¿Qué mujer podría mirarlo y no enamorarse?

—Estaré muy satisfecha si me cuentas todas las cosas que hiciste hoy, —dijo ella, ofreciéndole un gesto tímido—. Me han traído una bandeja con embutidos, y pensé que quizás podríamos tomar un vaso de oporto.

La miró con cariño.

—Sin duda, esta será la mejor parte de un día agotador.

Su comentario fue como una risa en su corazón. Se sentaron uno al lado del otro en su sofá frente al fuego reconfortante, y ella sirvió a cada uno un vaso de oporto. Ya había atacado el plato—. Han pasado horas desde que comí. Qué bueno de tu parte atender mis necesidades.

—Percibí, aunque tu nota para mí fue decididamente poco comunicativa, que te detuvieron en la Cámara de los Lores.

—De hecho, lo estaba.

—Querré escuchar todo sobre tu día. Comenzó en el Ministerio de Asuntos Exteriores, ¿no?

Sus dedos masculinos peinaron a través de su cabeza de cabello grueso y oscuro.

—Así fue.

—¿Tienes tu propia oficina allí?

El asintió.

—Justo al lado de tu hermano. Él compartió amablemente parte de su conocimiento de la criptografía conmigo y me permitió comenzar con una parte de sus compromisos actuales.

—No puedes esperar ser un experto en tu primer día, querido. Se necesita tiempo para dominar un método de comunicación tan poco natural.

Sus ojos parecían negros; su semblante, sin embargo, era juguetón.

—Resulta que he tenido un poco de experiencia inventando códigos. Mis hermanos y yo estábamos enojados por ellos como muchachos.

Sus cejas se alzaron.

—¿Te encontraste con éxito en tu primer día?

Él asintió tímidamente.

—No me gustaría alardear, pero como eres mi esposa y pareces interesada en mis deberes, te diré que tu hermano dijo que tenía talento para descifrar códigos.

—¡Oh, mi amor, eso es maravilloso! ¿Y lo disfrutas?

—Lo hago. Saber que estoy ayudando a mi país a derrotar a ese loco francés es quizás la cosa más emocionante que jamás haya experimentado.

Ella entendió cómo él se sentía por ese tipo de emoción, es exactamente como se había sentido ese mismo día al ayudar a las viudas.

—Hay muchos de nosotros que deberían estar agradecidos de que hayas regresado a Inglaterra.

Él levantó su mano y se la llevó a los labios.

—Soy yo quien está agradecido. —Tomó un sorbo de su oporto —. Oblígame a no contarle a nadie sobre mis funciones en el Ministerio de Asuntos Exteriores o sobre mi supuesta habilidad. Ni siquiera la Marquesa Haverstock.

—Seré una esposa obediente, —dijo de manera exagerada—. Ahora debes contarme acerca de sentarme en la Cámara de los Lores.

Cogió un trozo de queso y se lo comió antes de comenzar.

—Las últimas cinco horas fueron quizás las más aburridas que he experimentado desde que asistí a la charla de tres horas sobre astronomía del Dr. Fyne.

—¿Por qué fue tan aburrida esta noche?

—Lord Beavers estaba hablando en oposición a la ley de impuestos.

—El Lord Beavers que tiene noventa años?

El asintió.

—Creo que su voz no era muy poderosa.

—Estarías en lo correcto.

—¿Estaba lúcido?

—Sorprendentemente para un hombre de sus años. Citó efectivamente de La riqueza de las naciones de Smith, en absoluto de una manera en la que podría estar de acuerdo, pero para aquellos con una mentalidad similar con él, lo más convincente.

Oh querido, otro libro que necesitaba leer. Ella hizo una nota mental para preguntarle a Richie sobre Adam Smith cuando se conocieron al día siguiente.

—Sabiendo que Lord Beaver perdió mucho en el Cambio, diría que no está a favor de un aumento de impuestos, —dijo.

—Tu suposición, mi amor, sería correcta.

—¿Y tus sentimientos al respecto?

Con una expresión sombría en su rostro, formuló su respuesta antes de hablar.

—Nuestro país está en guerra. Las guerras son caras. Si queremos salir victoriosos, no debemos considerar las necesidades individuales, sino que debemos considerar qué es para el bien común.

Ella sabía un poco sobre la filosofía política de Jeremy Bentham. —Entonces, ¿mi dudoso esposo es benthamita?

—Seré el dueño, no muchos duques estarían de acuerdo conmigo, y no necesariamente me llamaría Benthamita, pero haré todo lo que esté en mi poder para ver que esta factura de impuestos se apruebe porque creo en el bien mayor.

—Me enorgulleces mucho, —dijo, su voz apenas un susurro.

—Eso es porque te dedicas a ayudar a los demás, y que me hace muy orgulloso.

—¿Cuándo entregas tu dirección de soltera?

Él se encogió de hombros.

—Preferiría trabajar detrás de escena en lugar de estar frente a todos.

—¿Qué hay de antes de que Lord Beavers hablara? ¿Te recibieron en la cámara?

—Reconoceré que sentí ... como si hubiera vuelto a casa.

—Supongo que muchos de tus conocidos de por vida estuvieron en la cámara contigo.

El asintió.

—Un puñado de ellos con los que estuve en Oxford. —Se recostó en la suave tapicería—. Incluso si fue un día agotador, sé que esto es

lo que debo hacer. Hablando de eso ... ¿cómo fue tu día con las viudas? —Metió otro cubo de cordero frío en su boca.

Ella le contó lo que había sucedido.

—Tus hermanas están tan entusiasmadas con esto como yo. Margaret incluso ofreció una generosa donación de su propio dinero. Fue suficiente para comprar comida durante una semana. Y la Sra. Leander es una cocinera talentosa.

—¿Señora Leander? ¿Es la que tiene cinco hijos?

—¡La primera con cinco hijos! Hay otra. Ahora Caro ha determinado que cada niño tendrá su propia cama, y está en la búsqueda de donar camas porque no tendremos suficiente.

—Bien. Con suerte, eso mantendrá a mi hermana fuera de travesuras.

—¡Las únicas personas bajo este techo que se enredan están sentadas en esta habitación ahora mismo, su gracia!

Él se rio entre dientes, luego la miró con ojos oscuros y tormentosos.

—Permíteme pedirte que nunca más hables mal de mi duquesa. —Él se acercó a ella y la rodeó con el brazo.

Ella fluyó hacia su abrazo y levantó su rostro hacia el de él. El sonido de su respiración agitada y el leve aroma de su sándalo la hicieron sentir aún más intoxicada que el puerto.

Bajó la cabeza. Sus labios se unieron para un beso hambriento. Ella se glorió en la sensación de estar envuelta dentro de su fuerte abrazo, en la sensación de su lengua tocando la de ella, en la forma necesitada en que se aferraban el uno al otro.

Debe querer estar aquí con ella tanto como ella quería que él estuviera allí...

Tiró de las cintas y se detuvo tambaleándose para permitir que pasara un carrito cargado de papas en la calle que se cruzaba.

—¿Cómo es que sabes de la difícil situación de estas viudas?

—Todo comenzó cuando James me pidió que investigara a la señora Hudson, cuyo esposo había sido uno de sus favoritos en la Península.

—Y si la Marquesa Haverstock establece un ejemplo inspirador de obras de caridad, es natural que tengas la tuya propia.

—También hay que emular la maravillosa filantropía de Charlotte y el Sr. Hogart.

—Oh sí, el maldito metodista.

Habían llegado a la puerta principal del parque y se habían metido en la cola detrás de un gran carruaje abierto en el que dos parejas se enfrentaban. Ella asintió con la cabeza a la señorita Shelton, la única en el carruaje que conocía.

Solo entonces se le ocurrió que era la primera vez que había estado en Hyde Park desde su matrimonio. Y ella no estaba acompañada por su esposo. Otra decepción. Primero, Almack, luego el teatro, y ahora, esto. Le dolía que otros supieran que Philip no estaba enamorado de la mujer con la que se había casado.

Sin embargo, si ella eligiera entre que él estuviera con ella o que él cumpliera con su deber con su país, no dudaría en alentarlo a servir en el Parlamento y en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Debo preguntarte algo, —dijo Richie.

Sus cejas se alzaron.

—El próximo viernes me gustaría organizar una cena política en Aldridge House. Contigo como mi anfitriona oficial, por supuesto.

Su pedido no fue inesperado.

—¿Hay un propósito para esto? —preguntó.

—Planeo invitar a Miembros que actualmente se oponen al aumento de impuestos.

—¿Con la esperanza de cambiar de opinión?

El asintió.

—No te preguntaría si no creyera que puedo contar con el apoyo de tu esposo.

—No puedo hablar por Philip, pero sí creo que él favorece el aumento.

—Es una batalla cuesta arriba, ya sabes.

—Lo sé.

—Pero las guerras son costosas.

Ella suspiró.

—Me gustaría que el Parlamento apruebe un proyecto de ley que proporcione una generosa pensión a las viudas de guerra.

—Es una pena que estos hombres den sus vidas a nuestro país, pero

nuestro país le da la espalda a las familias de los hombres muertos.

—En efecto.

—¿Estás intentando convencer a tu esposo de tu manera de pensar?

—Tal medida se me acaba de ocurrir, pero puedes confiar en que mencionaré el tema con mi esposo.

—Cuando ves a Aldridge, que ha sido mi observación, no es frecuente.

Ella se puso rígida.

—En público, sí, no se nos ve mucho juntos, pero tenga la seguridad de que tenemos tiempo en privado todos los días.

—Su corazón latía al recordar sus intimidades.

Entraron en el parque y Richie se quitó la gorra en Lord Elsworth. Una niña mucho más joven y rubia estaba sentada a su lado en el barouche. Elizabeth se preguntó si ella era la hija del hombre.

—Estaré encantado de servirle como su anfitriona el próximo viernes, pero no olvide lo que le pido.

Hizo una pausa y se volvió hacia ella.

—¿Quieres que te eduque sobre el pensamiento político y cómo funciona el Parlamento?

Ella asintió.

—Tengo ganas de aprender todo lo que pueda sobre el gobierno.

—Será un placer enseñarte. —Él le sonrió—. Ahora tendré una muy buena excusa para pasar tiempo todos los días con una de las damas más bellas de Londres. Seré la envidia de todos los solteros.

Un ceño fruncido arrugó su frente. No se sentía cómoda con la forma en que Richie había estado actuando con ella, casi como si quisiera que otros pensaran que era su amante. Debe comprender desde el principio que ella nunca sería infiel a su esposo. Nunca. Y si él incluso intentaba estar demasiado familiarizado con ella, ella terminaría su relación con su prima de inmediato.

—No veo cómo puedes ser envidiado por pasar tiempo con la esposa devota de otro hombre.

—Debes saber que hay muchos hombres que se sienten atraídos por esposas abandonadas.

Ella se giró hacia él y habló bruscamente.

—No soy una esposa abandonada.

—Parece que lo eres.

—Si debo seguir siendo sometida a tus suposiciones ridículas con respecto a mi matrimonio, nunca volveré a cabalgar contigo. La razón por la que mi esposo no está en conmigo es porque él y yo elegimos hacerlo así.

Parecía contrito.

—Perdóname.

—La razón principal de Philip para regresar a Inglaterra fue hacer

todo lo posible para aplastar a Napoleón.

—Nunca quise exponer a tu marido. Giró su aparejo hacia la Serpentina.

Fue entonces cuando notó los brotes de color verde vivo que salpicaban las ramas de los árboles.

—Finalmente, una señal de primavera.

—Aun así, hace mucho frío.

—Pero afortunadamente no hace demasiado frío para carruajes abiertos. —El comienzo de la primavera representó los medios de transporte interminables que se abrían paso como una cinta gigante a través del parque más grande de Londres.

—¿Por qué estás tan ansioso por aprender sobre el funcionamiento del gobierno? —preguntó.

Ella se giró para mirarlo.

—¿No puedes entender?

Él se encogió de hombros.

—Me refiero a ser la esposa perfecta. Philip está muy interesado en el Parlamento.

Él apartó a su yegua y la miró con una expresión de asombro en su rostro.

—¿Me estás diciendo que este matrimonio tuyo es una pareja de amor? ¿Estás enamorada de tu esposo?

—Por supuesto.

* * *

ven y cuéntame todo sobre este plan que estás llevando a cabo en Trent Square. ¡Suena terriblemente como algo en lo que me encantaría participar por encima de todas las cosas!

Elizabeth se sentó en una silla francesa, frente al asiento de la ventana donde las tres hermanas se sentaron hombro con hombro. Parecía casi inconcebible que Clair pudiera ser hermanas de los otros dos. Ninguna mujer en la sociedad se vistió más bellamente que Margaret y Caroline. La lectura de los estampados de moda en Ackermann ocupó gran parte de su tiempo, y el par de ellas, o su doncella, se esforzaron mucho con el estilo de su cabello todos los días. Para ellos, Almack era el centro del universo; captar la atención de los hombres jóvenes fue la fuerza que guio todas sus acciones, excepto su deseo de ayudar con el proyecto caritativo de Elizabeth.

Pobre Clair. Verla lado a lado con estas dos hermanas ilustraba claramente lo poco que había estado con su apariencia física. Los tres compartieron un solo rasgo físico. Cada uno tenía el pelo del color de la corteza de los árboles. Mientras sus hermanas eran redondeadas en las mismas áreas donde a un hombre le gustaba ver a una mujer redondeada, Clair era terriblemente delgada. Y donde las otras hermanas poseían tez delicada y cremosa, Clair estaba cubierta de pies a cabeza con pecas. Aun así, si le importaba un poco su apariencia, podría transmitir una mirada más halagadora.

Lamentablemente, el interés de Lady Clair Ponsby por estar a la moda estaba tan ausente como los trozos carnosos que a otras mujeres les gustaba hacer alarde.

Ya sea que Clair lo supiera o no, el matrimonio podría enriquecer su vida de manera inconmensurable. Y Elizabeth prometió ayudar en tal esfuerzo, tanto si Clair estaba al tanto de su intromisión.

Elizabeth esbozó sus planes para Trent Square y le contó lo que hasta ahora se había hecho.

Las cejas de Clair se bajaron.

—¿Has hecho todo esto en cuestión de semanas?

—Con la ayuda de Philip, —respondió Elizabeth—. Y ahora con la ayuda más capaz de las hermanas Ponsby.

—¿Has llenado todas las habitaciones? —Preguntó Clair.

—Sí y no, —respondió Elizabeth.

—¿Cómo puede no ser sí o no?

—Porque, —dijo Caroline con autoridad—, hemos seleccionado a todas las familias necesitadas, pero todavía tenemos que ubicarlas a todas.

Clair, que era muy inteligente y bien leída, murmuró casi para sí misma.

—Sí, puedo ver dónde surgen las dificultades cuando uno no tiene un hogar en el que se pueda llegar.

Elizabeth sonrió.

—Estaré encantada de tenerte trabajando con nosotros.

—Siempre es muy divertido, —dijo Margaret—. Los niños son tan queridos, y es un placer tener a las madres tan cerca.

—Mientras viajaba en el parque con mi primo Richie hoy, tuve una idea brillante.

—¡Dinos, debes compartir con nosotros! —El interés siempre listo de Caroline en el proyecto de Elizabeth aseguró la posición firme de la dama en los afectos de Elizabeth.

—Por brillante que sea, necesitaré la ayuda de todos los miembros de esta familia, dijo Elizabeth.

—Ilumínanos, por favor, —ordenó Clair.

—¿No sería maravilloso que el Parlamento otorgara una pensión cómoda a las viudas de nuestros soldados?

Clair asintió pensativamente.

—Es tan obvio que uno se pregunta por qué aún no se ha hecho.

—He preguntado por el apoyo de Richie, y tengo la intención de hacer un caso convincente para mi querido Philip... —El rostro de Elizabeth se iluminó mientras miraba a Clair—. ¿Sabías que tu hermano está sentado en la Cámara de los Lores?

—Si me siento más orgulloso de mi hermano mayor, —dijo Clair—, estoy seguro de que explotaré. Debemos agradecerle su transformación, mi querida Elizabeth.

—Subestimas a tu hermano. La compulsión por la muerte es la razón por la que regresó a Inglaterra.

Clair levantó una ceja.

—¿Y su matrimonio contigo? ¿A qué le debemos esta espléndida adición a nuestra familia?

Ella no podía admitir que su propio error resultó en su oferta de matrimonio. Por una razón, ya no podía ver su acción precipitada ese día como un error. No cuando produjo resultados tan maravillosos.

En cambio, Elizabeth solo habló por sí misma cuando respondió.

—Amor.

* * *

para sí mismo. Este sería el primer día, desde que se casaron, que al menos no había hablado con su esposa.

Deseó como nada que podría haber llegado a casa lo suficientemente temprano como para verla, hablar con ella, y... abrazarla en sus brazos. Su necesidad de ella más bien lo sobresaltó. No estar con su Elizabeth dejó un vacío en su existencia.

Le había dicho a Lawford que no lo esperara. Le había dicho a Elizabeth lo mismo, y ahora deseaba no haberlo hecho. En el tercer piso, comenzó a crujir a lo largo del largo corredor de madera, lamentablemente pasando la cámara de su esposa y luego a la suya.

¿Por qué demonios había dejado Lawford tantas velas encendidas?

Entonces la vio. Estaba en su turno de noche con el chal cremoso envuelto alrededor de sus hombros, sentada frente al fuego leyendo.

Ninguna vista había sido nunca más hermosa.

¿Cómo había sabido lo mal que ansiaba estar con ella? ¿El matrimonio estableció una conexión mágica entre dos seres? ¿Una conexión donde uno intuía intrínsecamente las necesidades del otro?

—No deberías haber esperado.

Ella dejó su libro y lo favoreció con una dulce sonrisa.

—No me gustaría establecer la práctica de que ninguno de los dos vayamos a la cama sin compartir las actividades del día entre nosotros. —Su mirada se dirigió al libro—. Además, estoy fascinado con el trabajo de Smith.

—¿Adam Smith?

Ella asintió.

Él vino a darle un beso en la mejilla y luego a sentarse junto a su esposa.

—No sabía que las mujeres estaban interesadas en tales cosas.

—Esta mujer debe educarse para ser la perfecta compañera de ayuda de su esposo.

Si no hubiera pasado la mayor parte de su vida aprendiendo a ser siempre inquebrantablemente fuerte, sus palabras podrían haberlo ahogado de emoción. ¡Querido Dios! Si uno debe ser encadenado, no podría ser mejor que tener a Elizabeth como esposa.

—Recuerdas a Lady Wickshire.

—Quiero decir. Ella es mi modelo. ¿No es una esposa perfecta?

Su brazo la rodeó y habló con voz ronca.

—El matrimonio de los Wickshires es conocido por ser una de las uniones más fuertes y amorosas de la historia. —¿Por qué en las llamas Elizabeth desea emular eso?

—Es decir, hasta que mi hermano se casó con Anna. No hay dos personas más dedicadas entre sí que ellas.

Bajó las cejas y sonrió.

—¿No Morgie y Lydia?

Ella se encogió de hombros.

—Su matrimonio es completamente diferente. No hablan dulcemente entre sí en público, y siempre tengo la impresión de que Lydia ha revertido los roles maritales.

—¿Quieres decir que ella usa los pantalones de la familia?

—Supongo que eso es lo que quiero decir, pero por favor no menosprecien ese matrimonio. Para ellos, es el matrimonio perfecto, y sería imposible ser más devotos el uno al otro.

—Desearía que mis propias hermanas pudieran tener una unión tan fuerte.

—¡Oh! Clair está en casa.

—¿Y la llevaste a casa de Almack esta noche?

Ella sacudió su cabeza.

—Ella se negó a ir. Dijo que no tenía nada adecuado para ponerse. Así que le dije firmemente que la llevaré a las modistas.

—Bueno.

—Está muy ansiosa por ayudar en Trent Square.

—Sabía que lo estaría. ¿Cómo fueron las cosas allí hoy?

—Solo estuve allí unos minutos. Todavía estoy tratando de localizar a algunas de las viudas de los esposos de los que James me escribió.

De repente se le ocurrió que no era probable que estas viudas vivieran en Mayfair. Sus cejas bajaron.

—¡No me digas que has estado yendo a barrios desagradables sin un hombre que te proteja!

—Entonces no te lo diré.

Él frunció el ceño.

—¡Ahora entiendo cómo se sintió Haverstock con respecto a su esposa yendo al East End sin la protección adecuada!

—Francamente, nunca me preocupé por enfrentar el peligro porque el cochero estaba conmigo.

—¡El hombre es apenas más grande que tú! ¡Sería un protector! No me gusta que te vayas así. Mañana, tomarás a nuestro lacayo más grande y fuerte, y le pondré una espada. Eso debería repeler cualquier amenaza.

—Oh, mi querido Philip, estoy tan conmovida de que te preocupes por mí.

No le gustaba hablar de sus emociones. Nunca había sido capaz de demostrar sus sentimientos. Pero, Dios, ¡cómo quería a esta mujer! Su mirada hirviente la recorrió, lenta, persistente, luego la arrastró a sus brazos, aplastándola contra él mientras se besaban hambrientos.

Su aliento era tan desigual como el de él. ¿Quién hubiera pensado que esta hija de un rígido marqués podría desatar tales pasiones? ¿Y cómo demonios ese padre frío de ella había engendrado a una mujer

tan gentil y amorosa como Elizabeth?

Le quitó el libro, la tomó en sus brazos como si fuera una niña pequeña y se dirigió a su cama.

—Mi querida esposa simplemente está usando a su prima para educarla sobre las formas de gobierno.

—¿Por qué quiere saber sobre el gobierno sangriento?

—Ella dice que quiere ser la esposa perfecta. ¿No soy el hombre más afortunado?

La cara de Haverstock se suavizó.

—Eso es muy loable.

—Ella es un gran premio. Cuento mi buena fortuna todos los días. Seré el dueño, estoy desconcertado de cómo uno poseía su belleza y muchos otros atributos que aún podrían estar solteros tres años después de haber salido.

—Es el maldito Smythe... — Haverstock cerró la boca con fuerza.

Philip sintió como si acabara de ser golpeado por "un pura sangre" en el césped de Newmarket.

—¿Estás diciendo que mi esposa estaba comprometida anteriormente?

—Ella nunca estuvo comprometida, —espetó Haverstock, con amargura en su voz.

¿Qué hombre que se había comprometido con su afecto no desearía casarse con Elizabeth? Dios, el solo hecho de ser hija de un marqués fue suficiente para asegurar que fuera muy buscada. Las cejas de Philip se apretaron juntas.

—¿Se enamoró de un hombre que no le devolvió su cariño?

Haverstock se puso de pie.

—Tendrás que preguntarle. No sé la naturaleza de los sentimientos que pudo haber tenido para el capitán C. Smythe.

¿Un militar?

—Mi esposa y yo hemos decidido que nuestras vidas comenzaron el día en que nos casamos. Cualquier cosa que ocurriera antes de nuestra boda ya no tiene consecuencias. —Sin embargo, le preocupaba si ella se había casado mientras estaba enamorada de otro hombre.

—Ese es una excelente decisión. —Haverstock se dirigió hacia la puerta.

—Espera.

Su cuñado se volvió.

—Este ... este capitán ... ¿quería casarse con Elizabeth?

Haverstock no respondió de inmediato.

—Creo que lo hizo, pero no lo pensó bien hasta después de la guerra. No sería correcto dejarla viuda.

Si bien eso sonaba como un gesto noble, negando los deseos más fuertes de uno para proteger a la persona que amaba, Philip no se convenció. Se le revolvió el estómago.

—Te veremos esta noche.

* * *

¡No es ese maldito Rothcomb-Smedley! Por lo que Haverstock le había dicho ese día, Philip pensó que quizás Haverstock estaba un poco fuera de la caridad con su primo.

—Tuve la buena suerte, —continuó Lady Haverstock–, de casi tropezar con Richie en el librero hoy, y pensé que sería maravilloso si pudiera unirse a nosotros esta noche.

Igualaría los números, se consoló Philip.

La mirada de Haverstock se conectó con la de Philip, pero sus expresiones permanecieron ilegibles.

Pronto Rothcomb-Smedley entró caminando al salón como si fuera su propia casa ensangrentada. Un advenedizo más confiado que Philip nunca había visto.

La marquesa se volvió hacia el duque de Aldridge.

—¿Me llevarás al comedor, su gracia?

Luego, como lo exigía el precedente, Haverstock se volvió hacia su hermana duquesa y la escoltó, mientras que los otros cuatro se unieron para entrar en el comedor. Como hija de un duque, Clair superó a Lady Lydia, la hija de un marqués, que sería la última en entrar en la sala de la cena.

Oyó que Rothcomb-Smedley saludaba a Clair.

—Te extrañamos en la gran boda.

—Estaba en casa de la tía Hop-sham, sin soñar nunca que mi hermano rebelde regresaba a Inglaterra, y totalmente sorprendido, pero encantado, por su elección de esposa—

Philip no deseaba escuchar a Rothcomb-Smedley hablar sobre su esposa. Dirigió su atención a su anfitriona. Era difícil no mirar a Lady Haverstock. Estaba poseída de una belleza extraordinaria. Ahora que lo pensaba, se dio cuenta de que ella se parecía bastante a la Condesa Savatini, de quien se decía que era la mujer más bella de toda Italia. Sin embargo, la marquesa de Haverstock era aún más bonita, probablemente porque esta belleza de cabello oscuro irradiaba una dulzura que era mucho más admirable que las cualidades seductoras exudadas por la Condesa.

—No pensé que mi esposo podría haber estado más feliz de lo que estaba cuando se enteró de su regreso a Inglaterra, —dijo la marquesa —, pero esa alegría fue eclipsada por la boda de su hermana con su querido amigo.

—La alegría es mía. —Philip le tendió la silla a la marquesa y luego se sentó a su derecha. Elizabeth se sentó a la derecha de Haverstock, y Lydia se sentó a su lado, con Rothcomb-Smedley directamente frente a Philip. Por mucho que no quisiera conversar con el hombre, estaba complacido de que Rothcomb-Smedley no se sentara cerca de su esposa.

Morgie se sentó junto a Philip y se volvió para dirigirse a él.

—¿Sabías que tengo un hijo?

Philip se rio entre dientes.

—Sí, mi esposa es demasiado aficionada a su pequeño sobrino.

La voz de Morgie bajó.

—No le digas a Lyddie, ella está muy unida al pequeño amigo, pero estoy alarmado. No habla. No se sienta. ¡Ni siquiera tiene un solo diente!

—No debes preocuparte. Elizabeth dice que es perfecto.

El semblante de Morgie se iluminó.

—Mi madre dijo lo mismo. Uno pensaría que el niño era su es la forma es que lo mima. (Primer nieto, ya sabes.) Aunque nadie es tan aficionado a los compañeros como Lyddie.

—Eres muy afortunado. ¿Qué hombre no quiere un hijo?

— Reconoceré que estaba extremadamente feliz cuando descubrí que íbamos a ser padres, excepto por preocuparme por Lyddie, pero imaginé tener un muchacho con quien montar y disparar y, bueno, ya sabes, con quien hacer todas las cosas varoniles.

—Dale tiempo.

Cuando Philip comenzó a servirse de la amplia gama de ofrendas que iban desde liebre asada y langosta con mantequilla hasta cuencos humeantes con verduras, escuchó mientras su hermana y Rothcomb-Smedley conversaban entre ellos.

—Elizabeth me dice que estás en el proceso de instruirla sobre el Parlamento, dijo Clair.

—Espero poder ser útil en ese sentido.

Clair tomó el plato de faisán asado que le entregó.

—Siempre me ha interesado mucho el gobierno.

—No me gustaría que me suplantes con Elizabeth. —Rothcomb-Smedley le dirigió una mirada burlona.

Philip encontró sus manos apretándose de ira hacia el primo de su esposa. Justo en frente de la nariz de su esposo, ¡él estaba haciendo alarde de su afecto por Elizabeth!

—Oh, no estoy tan bien informado de los asuntos de los miembros de Pleno del Parlamento, especialmente uno como ustedes que tiene tantas responsabilidades.

Philip deseaba a Dios que el hombre nunca hubiera representado al Parlamento.

—La mayoría de las mujeres jóvenes, —dijo Rothcomb-Smedley—, no tendrían idea de las oficinas que tengo.

Ella se encogió de hombros.

—Como dije. Tengo un gran interés en el Parlamento, y me atrevo a decir que crecerá ahora que mi hermano se ha sentado en la Cámara de los Lores.

Asintió a través de la mesa hacia Philip.

—Por cierto, su gracia, estaré muy en deuda con usted y con Elizabeth por permitirme organizar una cena en Aldridge House el próximo viernes.

Philip se enfureció. ¿Por qué Rothcomb-Smedley persisten en llamar a su esposa por su nombre cuando él debería haber utilizado su gracia? Lanzó una mirada impaciente a su esposa, que estaba hablando con Lydia sobre el bebé.

—Mi esposa no me ha contado sobre esto.

Rothcomb-Smedley levantó una ceja.

—Rezo para que no sea la fuente de un conflicto entre usted y la duquesa.

—En absoluto. Mi esposa y yo, incluso cuando hay una brecha en la comunicación, siempre estamos en armonía con los planes del otro. Hablando de los planes de mi esposa, —le dijo a su hermana—, Elizabeth dice que está ansioso por ayudar con sus viudas.

—¡Empecé hoy! Hay mucho por hacer. Actualmente viven bajo ese techo veintitrés niños, y, esperamos más. Eso es demasiado para una sola escuela.

—¿Te estás preocupando también con la educación de los niños? —Philip preguntó.

—Por supuesto. Me he encargado de comenzar a establecer varias salas para la enseñanza de diferentes materias. Incluso he asignado la antigua bodega.

Clair siempre había sido su hermana favorita. Pensó que una de las razones por las que la prefería era porque ella era la más inteligente. Ella sería una buena maestra. Recordó cómo ella solía jugar a ser institutriz de Margaret y Caro.

—Permíteme adivinar en qué materia darás instrucciones.

Ella le sonrió.

—No puedes saber dónde están mis preferencias actuales. Has estado fuera cinco años.

—Apuesto a que todavía eres excesivamente experto en matemáticas.

Una expresión de consternación en su rostro, asintió.

—Usted recordó...

—¿Cómo podría olvidarlo? Era tan novedoso que una chica se apasionara por las matemáticas.

Rothcomb-Smedley la miró con admiración.

—¿Realmente te gustan las matemáticas? ¿Y el estudio del derecho parlamentario? Una chica según mi propio corazón.

Entonces, ¿por qué en el diablo del hombre tenía como una compulsión a estar con la esposa de Philip todos los días?

—Digo, —le dijo Morgie a Clair—, es muy bueno que te gusten las

matemáticas. Siempre fue mi campo de estudio favorito.

Philip miró bien a su amigo de toda la vida.

—Me comprometo, Morgie, estuve contigo en la escuela todos los años y no recuerdo que hayas disfrutado de ningún aspecto del estudio.

—Sangrientamente odiaba mucho aprender. Excepto las matemáticas. Proviene de ser de una larga línea de banqueros. Tenemos porcentajes, sumas y cosas similares, especialmente cuando se refieren al dinero.

—Reconoceré que ninguno de nuestros conocidos sabe más sobre la adquisición de dinero que tú, —dijo Philip.

Morgie frunció el ceño.

—Excepto que mi Padre no quería oír que tomara parte en el "cambio". Decía que había estado trabajando toda su vida para su hijo puede ser un caballero ocioso.

Philip sabía que, si el padre de Morgie todavía estuviera vivo, estaría lleno de orgullo, especialmente en la promesa de una nueva generación. ¿Cómo sería tener un hijo y luego un nieto para continuar? Philip estaba extrañamente envidioso.

La voz de su esposa sonó, pero no le habló a él, sino a su primo.

—¿Vas a cenar a los Hollands el jueves, Richie?

—De hecho, lo haré.

—¡Maravilloso! —dijo ella—. Entonces conoceré a alguien además de Philip. —Sus ojos risueños se encontraron con los de su marido, y él fue incapaz de no sonreír.

—No quisiera que mi esposa vaya allí, —murmuró Morgie.

—¿Por qué no? —preguntó la marquesa.

—Mujer divorciada y todo eso, —respondió.

Clair fulminó con la mirada a Morgie, pero mantuvo su desaprobación para sí misma.

Aunque se había estado ausente esos cinco años, Philip se había mantenido informado sobre las ideas progresistas de su hermana. Era bueno que hubiera vuelto a casa para vigilar a todos. Realmente no les serviría comenzar a retozar con mujeres divorciadas. O prostitutas.

El año pasado, su hermana mayor se vio obligada a tomarse un tiempo lejos de sus tres hijos para interceder con Clair cuando desarrolló un plan para ayudar a las prostitutas indigentes. Esta intercesión requirió que Sarah dejara su amado campo y viniera a Londres. Para gran consternación de Clair, que se había hecho amiga de un tipo callejero de lo más desagradable con la firme intención de reformarlo. Las cartas incansables y preocupantes que Sarah le había enviado a Italia casi no tenían fin.

Qué irónico, pensó Philip, que Sarah hubiera resultado ser la esposa y madre siempre tan correcta. El año que la presentaron, le

había causado más dolor que todos los demás hermanos en los siguientes ocho años.

Sarah había sido demasiado educada para rogarle que volviera a casa, pero sabía que era hora.

Solo otra razón que lo obliga a regresar.

Charló amigablemente con Lady Haverstock mientras escuchaba a medias a su esposa hablar sobre La riqueza de las naciones de Smith con su hermano. Philip esperaba que Elizabeth, que acababa de leer el libro, recordara todas esas teorías económicas hasta el más mínimo detalle. Pero Haverstock no solo se mantuvo firme con su hermana, sino que habló del trabajo de Smith con gran inteligencia. ¿Haverstock acababa de terminar de releer el trabajo?

Philip se hinchó de orgullo por la mujer inteligente con la que se había casado. Ella era un buen partido. Al igual que su buen hermano.

* * *

Toda expresión drenó de su rostro.

—¿Te estas yendo?

Él asintió solemnemente.

Su mirada se dirigió a su prima.

—¿Vas a ir con él?

Rothcomb-Smedley asintió.

—Tenemos asuntos que arreglar.

Antes de irse, Philip se acercó a su esposa y le besó la mejilla. Ella se puso rígida.

Mientras él y Rothcomb-Smedley cabalgaban hacia St. James. Philip no pudo eliminar de sus preocupados pensamientos la triste expresión en el rostro de su esposa.

—No se puede esperar que sepas sobre el funcionamiento del gobierno inglés. Te has sentado en nuestra cámara por solo una semana; después de pasar varios años fuera de este país que profesas amar tanto.

El viejo compañero todavía poseía una voz fuerte, a pesar de que los años le habían dejado los hombros caídos, la nariz bulbosa y las manos temblorosas.

Rothcomb-Smedley se acercó al Lord Canciller.

—Ahora vea, Lord Knolles, que no puede saber cuán profundamente el duque de Aldridge se ha comprometido a aplastar a Francia. —Su mirada se dirigió a Philip.

Philip se controló a sí mismo para hablar sin rencor, para ser respetuoso.

—Debido a que he estado en Italia, mi señor, pude observar lo que le sucede a un gran reino antiguo, como el Reino de Nápoles y Sicilia, cuando ese monstruo corso usurpó a algunas de las familias más nobles de toda Europa para colocar sus hermanos corruptos en el trono.

—No podemos permitir que eso suceda en Inglaterra, —dijo Rothcomb-Smedley—. Como ustedes, hombres, nací en una noble y antigua familia inglesa. Mi madre era hermana del viejo marqués de Haverstock y mi padre era un hijo menor del conde de Sutton. Nadie podría desear preservar más estas antiguas propiedades que yo.

Los aristócratas dirigidos escucharon sin interrumpir. ¿Eso fue porque Philip y Rothcomb-Smedley habían hablado racionalmente y con cortesía?

—El impuesto propuesto aumentará la tasa actual en solo un diez por ciento, —dijo Philip—. Entiendo que, para aquellos de nosotros con propiedades extensas, una reducción del diez por ciento de los ingresos es una gran cantidad de dinero, pero se necesitan grandes cantidades de dinero para el hombre y equipar una armada competitiva y un ejército lo suficientemente grande como para derrotar al enemigo en todos los frentes. no puede ser tan bueno como, debemos ser mejores que.

—No tenemos la ventaja de los franceses que están reforzando sus filas con soldados de las tierras que han conquistado, agregó Rothcomb-Smedley, apoyando las palmas en la larga mesa que encabezó Knolles, su intensa mirada recorriendo a los reunidos—. Y les doy mi palabra de que una vez que hayamos ganado esta guerra sangrienta, restauraremos la tasa impositiva a su nivel actual.

—Saldremos victoriosos, —dijo Philip, con voz firme.

El Lord Chancellor se dirigió a Rothcomb-Smedley.

—¿Cuál es el sentimiento en la Cámara de los Comunes hacia la factura de impuestos?

—Está muy cerca de llamar.

—Debes admitir que los miembros de la Cámara de los Comunes no tienen tanto que perder como aquellos de nosotros en la Cámara de los Lores, —dijo Lord Clapington.

Philip se puso alto, su expresión seria, sus ojos fríos mientras se conectaban con cada hombre allí.

—No debería tener que recordarte, —dijo Philip con voz deliberada, sus ojos fríos—, que nuestras pérdidas y ganancias personales nunca deberían motivar a un miembro de la Cámara de los Lores. Una preocupación y una inquietud solo: lo que es mejor para Gran Bretaña: debe guiar todas nuestras decisiones.

—¡Suena como un maldito Benthamite! —Lord Highsmith espetó.

—No es más un benthamita que un conservador o un liberal, —defendió Rothcomb-Smedley.

Lord Knolles frunció el ceño.

—¿Dónde está, si puedo preguntar, su gracia, Lord Haverstock? ¿Por qué no los acompañó a los dos aquí? Tengo curiosidad por ver cómo se encuentra en el tema del aumento de los impuestos.

—Sí, —agregó Lord Highsmith—, todos apreciamos las muchas contribuciones que Haverstock ha hecho a nuestro país. ¿Por qué no apoya su extravagante esquema?

—Mi primo no se decidirá hasta que se haya enterado de todos los hechos, —dijo Rothcomb-Smedley.

—Pero, —dijo Philip—, mi cuñado lo está estudiando actualmente.

Highsmith miró a Philip con antagonismo en sus ojos cubiertos de legañas y una sonrisa burlona en sus labios.

—Nuestra cámara estaba mejor cuando el duque de Aldridge se dirigía a través de Italia en las camas de mujeres casadas.

La ira surgió dentro de Philip. Quería llamar al hombre. Los dos hombres se enfrentaron, la fuerte oposición entre ellos era tan palpable como una espada. Cómo quería tirar el guante y tomar su satisfacción en el cuerpo de Highsmith. Pero nada se podría ganar con tal acción, y se podría perder mucho. Sus responsabilidades tenían que prevalecer sobre la afrenta personal.

Rothcomb-Smedley se giró hacia Highsmith.

—¡Eso fue algo ofensivo y poco caballeroso!

—Tiene razón, Highsmith, —dijo el Lord Canciller con voz tranquila—. Debo pedirte que le pidas perdón a su gracia.

Los ojos negros de Philip se encontraron con la mirada ardiente de Highsmith. El otro hombre tragó saliva y luego, con voz débil, dijo:

—Perdóname, su gracia. Mis comentarios fueron imperdonables.

Un firme asentimiento en dirección a Highsmith fue la única respuesta de Philip.

Luego asintió con la cabeza a Lord Knolles, satisfecho de que el

Lord Canciller se comportara de manera noble. Por eso, Philip sabía que había esperanza, la esperanza de poder cambiar la oposición del líder de cabeza plateada al aumento de impuestos.

* * *

juntos.

Tomó la mano de su esposa y mordisqueó la carne entre el pulgar y el índice.

—¿Me perdonas por retirarme?

—Y siempre he insistido en que lo primero es lo primero.

—Parece que tengo mi propia Lady Wickshire.

—De hecho, sí. Ahora, querida, tengo algo que pedirte.

Continuó mordisqueando su mano, levantando las cejas.

—¿Qué amor?

—He estado a punto de contarte mi plan, que solo me llegó hoy y que Richie ya acordó defender en la Cámara de los Comunes.

Justo cuando estaba empezando a ver a esa maldita prima suya con una luz más agradable, Philip recordó la molesta cercanía del hombre con su esposa.

—Me siento ofendido.

Sus adorables cejas café pálido bajaron.

—¿Por qué?

—Has elegido informar a tu primo de tu plan antes de decirle a tu marido. Me atrevo a decir que Lady Wickshire nunca habría hecho algo así. —Se esforzó por la ligereza, pero no había nada de humor en la dolorosa verdad de sus palabras.

—Le pido perdón por no haberme conducido como Lady Wickshire. —La alegría sonó en su voz—. Debes creerme cuando te digo que la única razón por la que Richie fue el primero en enterarse de mi plan fue porque solo se me vino a la cabeza cuando estábamos montando en el parque.

—¿Cuál es este esquema que tiene a mi duquesa tan emocionada? —Inclinó su vaso y tomó un largo trago.

—Le ruego que defienda la legislación que proporcionaría una buena pensión para las viudas de los soldados que murieron por nuestro país.

Él asintió pensativo.

—Sí, puedo ver por qué Rothcomb-Smedley estaría a favor de tal plan. Es terrible que algo como esto no se haya hecho antes.

Sus pálidos ojos brillaron de alegría.

—¿Entonces ayudarás en este esfuerzo?

Él suspiró.

—¿Cómo no puedo? La pena es que aquellos que se oponen a cualquier aumento en los impuestos me calificarán como un derrochador con el dinero de otros. Su lógica defectuosa no tendrá en cuenta que, como el tercer mayor propietario de tierras en Gran Bretaña, Pago más impuestos que cualquiera de los hombres que sirven conmigo en el Parlamento.

—Lo sé, amor.

—Puedo ver que voy a tener que empezar a torcer los brazos.

—¡Oh, ¡Lord Wickshire, has enorgullecido a tu dama!

Se rio entre dientes. Al ver temblar sus hombros expuestos tan blancos, tiernamente la envolvió con más fuerza el chal de Cachemira.

—¿Pasó algo interesante después de que tu primo y yo nos fuimos? —preguntó.

—Perdimos el rumbo una vez que dejaste nuestra pequeña reunión.

—Fue muy bueno ver a Clair, pero ¿no puedes hacer algo con respecto a su apariencia? Soy incapaz de saber lo más mínimo acerca de las modas de las mujeres, pero sí sé que su cabello no le queda para nada. Ella podría verse genial y lidiar mejor con un poco de esfuerzo.

Su esposa asintió.

—Le he dicho que nada puede impedirnos ir a la casa de modistas mañana. Y tienes razón sobre su cabello. Una mujer necesita un poco de mechones en su rostro para distinguirla de los hombres.

—¡Eso es! Se tira del cabello hacia atrás en ese moño aburrido. ¡Por Dios, que has dado en el clavo! ¡Su despreocupación por su apariencia tiene el efecto de hacerla parecer un muchacho!

Ella realmente no parecía un hombre. Una delicada delgadez la caracterizaba, y su voz era completamente femenina.

—Haré todo lo posible para tratar de convencerla de que corte el pelo lacio. Esa es la última moda.

—Sí, creo que ese aspecto se ve mejor en una mujer joven. —Bajó la voz y se acercó para hablar en un ronco susurro—. Pero no tanto como un cabello dorado pálido, artísticamente barrido de una cara encantadora. —Sus dedos tamizaron los rizos dorados de su esposa —. Dime qué ocurrió hoy con Trent Square.

—Ahora hemos localizado a todas las familias menos una, lo cual es algo muy bueno ya que solo hay una habitación sin reclamar.

—¿Y el lacayo que seleccioné? ¿Crees que puede repeler a los posibles asesinos?

—Pero, por supuesto. Abraham es muy alto y parece excesivamente fuerte. Luego está esa espada amenazante que insististe en que se pusiera. —Ella lo miró amorosamente y habló en voz baja—. Fue muy considerado de tu parte, y reconoceré que me siento más seguro ahora cuando estamos cruzando los barrios más desagradables.

Ella miró al fuego.

—Caroline realmente se ha tomado muy en serio Trent Square y ha recaudado donaciones de la mitad de las familias que conoce para comprar camas y carbón adicionales.

—Me sorprende que algo además de Almack atraiga su atención.

—Estarás muy orgulloso de ella. Ella dice: 'Cada niño debe tener su propia cama'.

Sus cejas bajaron.

—¿Es realmente posible agrupar media docena de camas en una sola habitación?

Ella se encogió de hombros.

—Algunos de ellos son pequeños. Del tamaño de un niño. Seré sincera, hay muy poco espacio para moverse una vez que una cámara se llena con todas esas camas, pero hay muchas áreas comunes en la casa para que puedan reunirse para actividades.

—¿Como la escuela de Clair?

—Sí. Oh, Caroline, bendice su alma, compró un piano para Trent Square, y Margaret se ofreció como voluntaria para comenzar a instruir a los niños sobre el instrumento. ¡No puedes creer lo popular que es esa actividad! Los niños están peleando por quién se sienta. en el banco con lady Margaret.

—Estoy orgulloso de todos ustedes.

—Estamos agradecidos por darnos la casa.

La atrajo hacia él y murmuró.

—Todo lo que tengo es tuyo, Elizabeth.

—Somos uno, —susurró ella.

Sus labios bajaron ávidamente a los de ella.

* * *

anfitriona, pero la mujer rigurosa era excesivamente molesta. Como hija única de una plantadora de azúcar extremadamente rica, había sido criada con la expectativa de que podría asegurar todo lo que su corazón deseara, ya fuera una propiedad o disolver un matrimonio para embarcarse en otro con el joven que tenía. enamorado apasionadamente con ese joven al que tanto había adorado ahora le presentaba todas sus órdenes.

Philip hubiera preferido sentarse junto al alegre Lord Holland, quien en este momento estaba hablando con Elizabeth, quien, como la mujer de más alto rango en la mesa, se sentó junto a su anfitrión. El principal objetivo de Philip al asistir a esta cena fue comenzar a sentar las bases para la aprobación de la ley de impuestos. Lord Knolles no estaba allí, ni ninguno de los hombres que habían estado en White la noche anterior. Pero había otros hombres cuyo apoyo buscaba.

Uno de ellos, Lord Herkness, estaba sentado al otro lado de la mesa.

—Tuve una conversación interesante sobre la factura de impuestos anoche en White con algunos de nuestros colegas, —comenzó Philip.

—¿En efecto? —Dijo Herkness.

—No he ocultado que apoyo el aumento, —dijo Philip.

Lord Herkness levantó una ceja.

—Y nuestro Lord Canciller no ha ocultado que se opone.

—Napoleón sigue expandiendo sus ejércitos con los conquistados. Para prevalecer sobre ellos, debemos encontrar el dinero para equipar un ejército más grande y comprar más barcos para mantener nuestra dominación de los mares.

Lord Herkness no hizo un solo comentario.

Buen señor, ¿simplemente me va a ignorar?

Entonces el hombre silencioso frente a él asintió.

—Su gracia, —le dijo Lady Holland a Philip—, le ruego que no discuta esta miserable guerra en mi mesa. Debe saber cuán destrozadas están mis emociones al respecto. No puedo negar que he estado extremadamente cerca de Napoleón, y simplemente no puede soportar derrotar al querido hombre. Me dio su retrato, ya sabes. Debo mostrártelo después de la cena.

Fue todo lo que Philip pudo hacer para no ponerse de pie, maldecir las palabras traidoras de la mujer y salir de esta casa. Pero Philip debe recordar su única prioridad: la aprobación de la factura de impuestos. Además, si tenía alguna esperanza de que se aprobara el proyecto de ley, necesitaría la ayuda de Lord Holland, que era fácilmente uno de los hombres más populares en el Parlamento.

—En su casa, mi señora, respetaré sus deseos, pero no puedo evitar lamentar que sus sentimientos personales se opongan a lo que es

mejor para el país al que su esposo sirve tan fielmente.

—Querido Lord Holland es un patriota mucho más cierto que su esposa, debo confesarlo. —Tomó un sorbo de su delicada copa de vino —. Entonces te has casado con la última hermana soltera de Lord Haverstock... — Los ojos de lady Holland se encontraron con los de él, y se dio cuenta de que probablemente ella tenía la misma edad que él, no la vieja matriarca que había esperado.

—Sí, mi señora, tuve la suerte de que lady Elizabeth todavía estuviera disponible cuando regresé de mis viajes.

Su mirada se dirigió a la cabecera de la mesa donde su corpulento esposo conversaba animadamente con la esposa de Philip.

—Es encantadora. Esta es la primera vez que la veo. Aunque no es tan hermosa como la marquesa de su hermano. Creo que Lady Haverstock es la mujer más hermosa que he visto.

Él se encogió de hombros.

—Pero ella ya estaba casada con mi mejor amigo. Me considero afortunado de haber podido cortejar a mi encantadora Elizabeth.

—¿Sabes que ese es mi primer nombre?

—Elizabeth es un nombre encantador.

—Gracias. Entiendo que solo has regresado recientemente de varios años en Italia. ¡Oh, volver allí! Ahí es donde Lord Holland y yo nos conocimos y nos enamoramos.

—Ahora ha cambiado mucho. Ninguno de los Borbones o los Habsburgo gobiernan allí por más tiempo. Solo los títeres de Napoleón.

Su rostro era inescrutable.

—Nunca me importó el Rey de Nápoles. Sin embargo, su esposa fue muy agradable. Como su hermana, María Antonieta, o eso me dijo la duquesa de Devonshire. Nunca conocí a la reina francesa, debido a mi juventud. —Tomó el gran tazón de pastel de paloma, uno de media docena de idénticos, cogió más en su plato, luego se lo pasó, obligándolo a dejar el pequeño tazón de gelatina de pies de ternero del que se había servido.

Después de la cena, le complació separarse de Lady Holland mientras los hombres se quedaban en el comedor, bebían su oporto y hablaban sobre asuntos parlamentarios. Sintió una bestia por la pobre Elizabeth cuando ella le lanzó una mirada temerosa cuando salió de la cámara con un grupo de matronas desconocidas.

Se sintió halagado cuando Lord Holland dijo:

—Oren, su gracia, ¿no vendrán a sentarse a mi lado?

Cuando Philip lo hizo, su señoría dijo:

—Debemos conocernos mejor ahora que has regresado de Italia.

—Me siento honrado de que estén reunidos aquí esta noche. Como sucede, estoy tratando de reunir apoyo para la aprobación de la ley de

aumento de impuestos.

La cara de Lord Holland se derrumbó.

—Oh, cariño. Le dije a mi esposa que no votaría a favor.

—Entonces tendré que intentar convencer a tu encantadora esposa. —Las palabras ligeramente pronunciadas de Philip desmentían su grave decepción. Parecía que en todas partes donde volvía se encontraba con una oposición inamovible.

hermana, una pregunta extremadamente personal.

La ceja finamente formada de Clair se levantó en consulta.

Elizabeth había agonizado durante muchas horas sobre cómo abordaría estos asuntos con Clair sin hacerla sentir como si quisieran deshacerse de la solterona. Entonces se le ocurrió que solo necesitaba ser honesta, hablar desde su corazón.

—Primero, debo decirte lo mucho que extraño a mi hermana Charlotte desde que se casó, —comenzó Elizabeth—. No me gustaría nada mejor que reemplazar la cómoda camaradería que compartimos durante casi veinte años. De todas las hermanas de Philip, tú eres con quien tengo más en común.

—Estoy halagada. Halagada y excesivamente complacida, porque creo que podría estar más cerca de ti que de cualquiera de mis hermanas biológicas.

Elizabeth la favoreció con una sonrisa amable.

—Para mis propios sentimientos, espero que nunca te cases y te vayas a tu propia casa. Pero debo preguntarte qué es lo que quieres de la vida. ¿Nunca quieres enamorarte? ¿Casarse? ¿Tener tu propia casa? ¿Tus propios hijos?

Clair no respondió por un momento.

—Seré el dueño, nunca he pensado mucho en amar. Soy completamente diferente a mis hermanas en ese sentido. Pero, sí, me agradaría algún día ser amante de mi propia casa. Me gustaría tener una familia. Y supongo, un esposo. Es solo que nada en el mundo me aburre más que una asamblea o juego de pelota.

—Hay otras formas de conocer caballeros, aunque ahora que sé que no odias a los hombres, tendré que insistir en que bailes, si me lo piden.

—Estoy mucho más interesado en conocer estas otras formas.

—Por ejemplo, el próximo viernes, estaré sirviendo como la anfitriona de mi primo Richie para una cena política. Debes estar allí. Creo que, si conoces el Parlamento, harás contribuciones a la conversación.

—¡Será un honor sentarme en esa mesa!

Los latidos del corazón de Elizabeth se deslizaron. Ella necesitaba mencionar ese otro asunto. Ahora.

—Antes de eso, creo que será bueno que mi criada te arregle el cabello. Te sugiero que le permitas cortarlo en el estilo que está tan de moda en este momento.

Los ojos de Clair se entrecerraron.

—Entonces, ¿cómo podría ponerlo en un moño?

Elizabeth se encogió de hombros.

—No lo harás.

—¡Entonces tendría que usar papeles enrollados!

—Eso no duele, todas lo hacemos.

Pasó un momento antes de que Clair respondiera.

—Solo para complacerte, me someteré a que me corten y me encrespen el cabello. Seré como cordero del matadero.

Elizabeth rio.

Ambas damas estaban felices de llegar a Trent Square. Fue Abraham, alto, rubio y guapo, quien les abrió la puerta del carruaje.

—Necesitaremos que nos ayudes a mover más muebles, —le dijo Elizabeth.

Siempre había algo allí que exigía su atención. Cuando entraron en la gran casa, el sonido de las teclas del piano llenó la residencia. Las dos damas fueron directamente a la sala de música. Allí, alrededor de Margaret, había tres niñas y dos niños, todos ellos aproximadamente del mismo tamaño, que Elizabeth juzgó que tenía unos siete años. Al lado de Margaret, en el banco del piano, estaba el muchacho que felizmente golpeaba las llaves.

—¿Por qué, Joseph, no le muestras a los demás ahora cómo hacer la balanza? —Margaret replicó con voz suave.

Los otros niños estaban tan fascinados con el instrumento que no habían notado que Elizabeth y Clair entraban en la cámara.

Después de felicitar a Joseph en su balanza, las dos mujeres cazaron a Caroline.

—Su gracia, —le dijo a Elizabeth—, me gustaría presentarle la última familia que ocupará Trent Square. Esta es la Sra. Wright, y sus dos hijas y dos hijos.

La mujer dio un paso adelante y le hizo una reverencia a Elizabeth, quien pensó que la mujer se parecía mucho a Clair porque estaba pecosa y descuidada con su cabello e incluso tenía casi la misma edad que Clair.

—Me complace conocerte, —dijo Elizabeth, bajando para estar a la altura de los niños—. ¿Y cómo te llamas? —Sorprendentemente, todos parecían tener casi la misma edad. Si ella fuera una apuesta, apostaría que no más de tres años separará a la más joven de las cuatro de la mayor.

Con sus miradas apreciativas sobre el fino vestido lavanda de la duquesa que estaba adornado con cintas de color púrpura, los niños se acercaron y susurraron tímidamente sus nombres, excepto Sarah, la más pequeña. Aparentemente, Sarah no sabía cómo decir nada sin usar todo el poder que sus pulmones podían ordenar para informar a Elizabeth, y a cualquier persona dentro de cuarenta pies, que ella tenía tres años.

La señora Hudson entró en la cámara. Como había sido la primera inquilina en la casa de Trent Square, se había encargado de ser la abadesa, la viuda y la directora, todo en una joven de apenas veinte

años.

—Su gracia, esto es tan emocionante. ¡Ahora hemos llenado todas las cámaras! ¿Pueden creer que entre nosotros hay veintiocho niños?

Y la Sra. Hudson contribuyó con solo una niña pequeña a ese total.

Elizabeth se sintió casi abrumada al darse cuenta de que, si no fuera por su plan, esos veintiocho niños no tendrían un hogar cálido y confortable, comida en sus barrigas y una cama para dormir.

—No podría estar más feliz. recen para que todos se lleven bien como una familia soltera y feliz.

—Estoy segura de que lo haremos. Por qué, la Sra. Leander me estaba diciendo hoy que se sentía como si fuera una de las princesas reales.

Elizabeth y Clair se rieron.

—No quiero hacerme ilusiones, dijo Elizabeth entusiasmada a la señora Hudson—, pero estoy feliz de decirles que mi primo y mi esposo acordaron apoyar un nuevo proyecto de ley que proporcionaría a las viudas de los soldados una pensión confortable. —Tan pronto como las palabras salieron de su boca, Elizabeth lamentó haberlas dicho. Había sido tan exuberante sobre la medida, que soltó sin pensar —. Digan, no confíen demasiado en el plan. Son solo dos hombres en ese vasto cuerpo del Parlamento. Se necesitarán muchos, muchos votos para aprobar tal medida, y como deben saber, el dinero no es algo que el gobierno tiene en abundancia.

Las lágrimas llenaron los ojos de la viuda.

—Oh, su gracia, eso es tan maravilloso como el número 7 de Trent Square. —Puso sus manos sobre las de Elizabeth como para bendecirlas—. Con el duque de Aldridge patrocinando tal proyecto de ley, debe cumplir con la aprobación.

—Le das demasiado crédito a mi esposo. —Era una pena que Philip se hubiera ido de Inglaterra por tanto tiempo. A los otros parlamentarios les tomaría tiempo confiar en él, tiempo para ganarse su respeto, tiempo para desarrollar esas habilidades de liderazgo con las que sabía que había nacido.

Nunca dudó que algún día el duque de Aldridge fuera una fuerza en el Parlamento. Ella solo rezó para que él pudiera lograr ese éxito más pronto que tarde.

—Sra. Hudson, ya que Abraham ha estado a su servicio, debe decirme si ha sido útil, —dijo Elizabeth.

La joven viuda sonrió tímidamente.

—Siempre ha sido muy amable.

—Tenemos que agradecer al duque por insistir en el servicio que Abraham nos hizo. —Los pensamientos de Elizabeth volvieron al único día en que Philip había conocido a la señora Hudson, el único día que había venido a Trent Square. El recuerdo de ese primer beso

robado todavía tenía el poder de lanzar un aleteo en su corazón.

* * *

un país entero.

—Si yo fuera tú, me sentiría mejor si no tuviera la responsabilidad de una colección tan valiosa.

Elizabeth rio.

—Estoy de acuerdo.

Entraron en la cámara, donde Felipe se levantó, sosteniendo todavía otra caja de terciopelo. Cuando vio la sorprendente transformación de su hermana, la mirada seductora que había estado dirigiendo a su esposa cambió instantáneamente a una amplia sonrisa.

—¡Dios mío, Clair, te ves encantadora!

Clair se encogió de hombros.

—¿Realmente podrías reconocerme?

Se rio entre dientes.

—Seré sincero, la diferencia es como una crisálida. Él comenzó a rodearla.

—¿Quién seleccionó el vestido? Está perfección.

—Sabes que soy incapaz de saber lo que está de moda, —respondió Clair.

Su mirada se dirigió a su esposa.

—Lo has hecho muy bien. —Luego regresó para mirar a los ojos de su hermana y hablar con voz suave—. Me haces sentir muy orgulloso.

* * *

había pedido permiso a Richie para que Clair se sentara frente a él. Philip nunca había imaginado que ella pudiera verse tan bonita. Se le ocurrió que algunos de estos solteros que cenan con ellos podrían sentirse fácilmente atraídos por su hermana favorita.

Ahora, el único obstáculo era su rango superior a la mayoría de estos hombres. Es comprensible que algunos piensen que, dado que no tuvieron la oportunidad de cortejar a la hija de un duque, simplemente no lo intentarían. Pero siempre hubo hombres que deseaban aumentar sus consecuencias.

Se encontró tratando de recordar el nombre de cada hombre, tratando de hacer coincidir los apellidos con sus padres, quienes probablemente sirvieron con él en la Cámara de los Lores. Cuán sinceramente Lord Knolles había hablado en White la semana pasada cuando les dijo a sus seguidores que su grupo también controlaba la mayoría de los escaños en la Cámara de los Comunes.

Fue bueno que Rothcomb-Smedley se hubiera dado cuenta de este esquema para tratar de derribar la resistencia de estos hombres, para trabajar en pos de compromisos que pudieran lograr la aprobación del aumento de impuestos necesario.

A Elizabeth le había ido bien con la selección del menú. Estos hombres pensarían que estaban cenando como reyes. No había reparado en gastos, no había negado ninguna delicadeza. Había faisán asado, langosta con mantequilla, carne asada con salsa francesa, rodaballo suculento, sopa de tortuga clara. Y los mejores vinos que se pueden ofrecer.

Los hombres bebieron con avidez. Bien, pensó, los maneja con muy buen humor, luego, una vez que se suavizaron, se dispusieron a influir en sus opiniones.

—¿Más vino, Ashworth? —le dijo al hombre a su izquierda, que había terminado rápidamente su primera copa de vino.

—No me importa si lo hago. Excelente cosecha. Muy buena, de hecho.

—Solo lo mejor para los hombres que sirven a su país con tanta diligencia, —dijo Philip, llenando el vaso del hombre.

—No puedo imaginar no servir en el Parlamento. Me gusta estar en el centro de las cosas, si sabes a lo que me refiero.

—Exactamente porque regresé de mis viajes. Era hora de que me interesara seriamente este país. —Philip se lanzó a una descripción de las cosas viles que Napoleón había hecho en Italia y cómo los ejércitos franceses se estaban hinchando con los que habían sido conquistados—. Es imperativo que construyamos y equipemos un ejército superior al de los franceses.

Swinnerton sacudió la cabeza, consternado.

—No estaba al tanto del alcance de la dominación francesa.

—Si no se detienen, —dijo Lorne—, todo el mundo hablará francés.

—Como un fuerte conservador en apoyo de nuestra Familia Real, a pesar de que el Regente no es la mitad del hombre que una vez fue su padre, —dijo Vickers—, no me gustaría que nos privaran de una tradición tan grandiosa como la monarquía.

—Sí, estoy de acuerdo, —dijo Douglass, mirando a Philip—. ¿Qué es lo que usted y Rothcomb-Smedley proponen?

Philip frunció el ceño.

—Debemos aumentar los impuestos.

—A mi padre no le va a gustar eso.

—Rothcomb-Smedley me asegura que tan pronto como ganemos esta guerra, la tasa impositiva volverá a ser lo que es hoy, —dijo Philip.

—¿Se puede incluir esa garantía en la factura? —Ashworth preguntó.

Las cejas de Philip se arquearon.

—Excelente punto, Ashworth. ¿Le preguntamos a Rothcomb-Smedley? Tiene mucha más experiencia en la redacción de estas medidas que yo.

Ashworth llamó la atención de Rothcomb-Smedley y repitió la pregunta.

—¡Por Júpiter! —Una amplia sonrisa cruzó el rostro de Rothcomb-Smedley—. ¡Lo haré! Gracias por la sugerencia.

—Esa adición debería hacer que el proyecto de ley sea más aceptable, —dijo Douglass.

Ashworth asintió con la cabeza.

—De hecho, debería.

—Ustedes deben pensar en ello como supervivencia, —dijo Clair —. Piensa cómo aquellos en los climas fríos deben trabajar duro y guardar comida extra y cortar leña, todo en algún grado de sacrificio, para sobrevivir durante el invierno. Los ingleses se enfrentan al exterminio si no hacemos el sacrificio.

Philip sonrió.

—Mi hermana posee opiniones apasionadas.

—Una pena que las mujeres no puedan servir en el Parlamento, —dijo Rothcomb-Smedley, mirando a Clair con admiración.

Philip levantó la botella de clarete.

—¿Más vino?

***

ante el fuego en la biblioteca íntima. Tenía la intención de terminar el último puerto y luego llevar a su esposa a la cama. Tenía casi ganas de celebrar. Había sido una noche mucho más exitosa de lo que había pensado que podría ser.

—¿No pensaste que las cosas salieran bastante bien? —ella preguntó.

—Sí lo pensé. Fue algo así como ver hielo derretirse.

—Una buena analogía.

—Tendré que robar el plan de tu primo. ¿Estarás preparada para organizar otra cena la próxima semana, la próxima vez para los miembros de la Cámara de los Lores?

—Por supuesto. Recuerda, deseo ser tu Lady Wickshire.

—Según recuerdo, la belleza de Lady Wickshire palidece en comparación con la de la duquesa de Aldridge.

—Gracias, querida. Me atrevo a decir que tienes prejuicios, pero hablando de belleza, ¿no crees que Clair se veía más guapa?

—Me da vergüenza decir que al principio ni siquiera la reconocí. Parecía extrañamente atractiva.

—Me involucré tanto con las discusiones que olvidé notar si alguno de los solteros le prestaba especial atención.

—¿Cómo podrían no hacerlo? Incluso se expresa con mucha más inteligencia que la mayoría de las señoritas, aunque mi esposa seguramente dirá que no soy un juez imparcial.

—Clair y yo estamos agradecidos por su lealtad inagotable.

—Y estoy agradecido por el tuyo. —Él la tomó de la mano —. ¿Cómo están tus viudas?

—La última familia ya se mudó. Es imposible decirte cuánto placer obtengo de estas familias. Sus hermanas están tan comprometidas como yo. Ahora tenemos veintiocho hijos. Solo dos de ellos son mayores de doce años.

Luego le contó sobre el amor de los niños por el piano y lo paciente que Margaret fue con ellos. Mientras hablaba, sus ojos se iluminaron y había emoción en su voz. Naturalmente, pasó de hablar de los acontecimientos de Trent Square a su entusiasmo por patrocinar un proyecto de ley para proporcionar pensiones a las viudas e hijos de los soldados.

Dios, pero odiaba aplastarla. Nunca había mostrado tanta exuberancia sobre nada.

—Querida, tengo algo decepcionante que decirte.

Ella detuvo sus animadas discusiones sobre los niños huérfanos y lo miró con las cejas bajas.

—Yo no voy a ser capaz de ayudar con el proyecto de ley de pensiones.

Su cara parecía sombría.

—¡Pero aceptaste que era un buen plan!

—Todavía estoy de acuerdo, pero no había evaluado qué dificultad enfrentaría en el Parlamento. Ya me están llamando derrochador. Tengo que sopesar lo que es para el bien mayor, y claramente mis esfuerzos, por débiles que hayan sido, deben canalizarse para derrotar a los franceses.

—Por supuesto, entiendo eso. Pero no debería tomar grandes sumas para ayudar a estas familias que han perdido tanto por su país. Tu dijiste...

—Maldita sea, sé lo que dije, pero en este momento, no puedo ayudar. Te prometo que después de que salgamos victoriosos, haré todo lo que pueda por las viudas.

—Pero esta guerra ya se ha prolongado durante años. Muchas de estas familias son indigentes ahora. Puede que no sobrevivan hasta que se gane la guerra.

—Lo siento. —No podría haberse sentido más miserable si hubiera golpeado brutalmente su hermoso rostro.

Ella se puso rígida y dejó su vaso, luego se puso de pie.

—Me voy a la cama ahora. Sabes que no tengo caridad contigo.

Él asintió sombríamente y observó mientras ella salía de la habitación.

Había destruido a su propia Lady Wickshire.

—¿Deseas aprender?

—Más que nada, mi gracia. —Se aclaró la garganta—. Se me ocurrió cuando vi a los niños pequeños en Trent Square que se les enseñaba a leer que se me permitiría que me instruyeran junto con ellos, a menos que desapruebes o necesites servicios en otro lugar.

—Por supuesto, nunca desaprobaría tal cosa. —Pero la visión de sus largas piernas dobladas en una silla al lado de los niños de cinco años era muy lamentable—. Permíteme hablar con la Sra. Hudson sobre el tema. —La Sra. Hudson estaba enseñando cartas y habilidades de lectura rudimentarias a siete niños, cada uno de ellos de unos cinco años, más o menos un año.

No mucho después de llegar a Trent Square, Elizabeth le pidió una palabra privada a la señora Hudson justo después de que esa mujer le hubiera pedido a Abraham que fuera a ayudar al cocinero con unos sacos de harina.

Elizabeth y la joven viuda fueron a la sala de la mañana donde las cortinas estaban abiertas y la luz del sol llenaba la cámara dorada. Se encontró con la mirada inquisitiva de la señora Hudson. La melancolía que había definido a la mujer bonita cuando se conocieron por primera vez unas semanas antes se desvanecía como una cicatriz en la rodilla de un niño. Elizabeth obtuvo una gran satisfacción al saber que de alguna manera era responsable de devolver la vida a los finos ojos verdes de la viuda. Por supuesto, el crédito realmente debería ir a James. Si no hubiera sido por él, ninguno de ellos estaría en Trent Square hoy.

—Me gustaría pedirte que le enseñes a Abraham a leer.

Las cejas de la joven madre bajaron.

—¿No sabe leer?

Elizabeth sacudió solemnemente la cabeza.

—¡Qué infortunio que no sepa leer!

—De hecho, lo es. Él desea tanto aprender que no le importa hacerlo junto a los niños, pero está consciente de su edad y tamaño y no quiere sentirse humillarlo de ninguna manera. Es muy valiente de acercarse a mí para hablar sobre el tema, en primer lugar.

—¿Se te acercó para pedírtelo?

—Sí, lo hizo.

—Es sin duda hizo tomar una gran dosis de valor. Es un n hombre admirable. Louisa lo adora. —La mirada pensativa de la señora Hudson se dirigió a la ventana—. Sería un honor para mí enseñarle a leer y escribir. En privado. Creo que aprendería rápidamente, considerando el entusiasmo y la inteligencia que demuestra. Le doy largas listas verbales de cosas que necesito que haga, y recuerda cada una. Y... él sabe el nombre de cada niño de aquí.

—Oh, querido. Debe tener una mente notable. Debo reconocer que

hay algunos niños cuyos nombres aún no he aprendido.

—Pero tu gracia, has tenido muchos otros asuntos que distraen tu atención.

—Eres demasiado amable.

—No, tu aprobación por las instrucciones demuestra una increíble amabilidad de parte tuya. ¿Cuándo quisieras comenzar a trabajar con él?

Elizabeth se encogió de hombros.

—Hoy. ¿Puedo sugerir a primera hora todos los días cuando lleguemos, tú y Abraham podrán una clase privada? Una media hora a una hora por día debería ser suficiente. También le daré permiso para estudiar cuando no esté ocupado en Aldridge House.

La señora Hudson asintió.

—En lugar de estar en el aula de la escuela, donde las mesas y las sillas son tan pequeñas, pensé que tal vez él y yo podríamos sentarnos en la gran mesa del comedor.

—Una excelente sugerencia. De esa manera, con ustedes dos sentados uno al lado del otro, él debería aprender rápidamente.

—Siempre he descubierto que uno aprende mejor cuando recibe instrucciones personales.

Elizabeth asintió con la cabeza.

—Frente a frente. Sí, esa es la mejor manera.

* * *

—Pero usted quiere el aumento de impuestos tanto como él, y está dispuesto a defender a las viudas y familias de los soldados.

—Pero olvídalo, ya me he ganado el respeto de mis compañeros. He estado trabajando con ellos sin descanso desde el día en que llegué a mi mayoría y gané mi asiento. He trabajado mucho y duro para llegar a donde estoy ahora. —Y debes saber que mis ambiciones son altas.

—Todo el mundo sabe que serás canciller antes de los treinta años.

Una sonrisa cruzó su rostro.

—No sé sobre eso, pero si eso ocurriera, habría alcanzado el pináculo del éxito.

Ella asintió con la cabeza a Lady Susan Robinson, que estaba sentada junto a un joven delgado que conducía un vehículo que venía en la dirección opuesta.

—Volviendo a mi educación ... Ahora que puedo conversar de manera inteligente sobre Adam Smith, ¿qué libro debería leer a continuación?

—Edmund Burke es una lectura reflexiva. Ya has leído a Paine, ¿no?

—Paine era bajito, dulce y bastante brillante. —Se preguntó si su esposo admiraba a Thomas Paine. Era difícil comprender a alguien que no se dejara influenciar por las ideas de ese hombre—. Pero Burke será el próximo.

—Espero que le expreses a Aldridge mi gratitud por permitirme alojar a mis colegas en tu casa. Creo que la noche fue un gran éxito.

—De hecho, lo fue. Ahora Philip ha decidido organizar uno para miembros selectos de la Cámara de los Lores.

—Es muy sabio de su parte hacerlo, y podría sugerir que se le permita a su hermana, Lady Clair, sentarse a la mesa. Ella es una gran contribuyente a las discusiones. Y nunca está de más tener a una que sea bonita a la vista. —No recordaba que fuera tan encantadora como lo fue la noche de la cena.

Elizabeth prefirió no dar más detalles sobre las medidas que se habían tomado para hacer que Clair fuera más atractiva.

—Me atrevo a decir que solo notas su belleza más ahora que su cabello ha sido cortado con el estilo de moda.

—¡Eso es! Se convierte en ella.

Continuaron discutiendo la próxima cena, la que ella y Philip organizarían.

—Nadie, ni siquiera tú o mi hermano, trabaja más duro que mi esposo. —Una función tan importante como la que Richie tenía en el gobierno, nunca estaba demasiado ocupado para llevarla al parque. Debe reconocer que, a diferencia de su esposo y hermano, los deberes de Richie nunca comenzaban hasta que la Cámara de los

Comunes se reuniera para la noche.

Su esposo nunca la había acompañado a Almack o Hyde Park desde que se habían casado. Incluso Haverstock a veces se libró de sus deberes para llevar a Anna a pasear por el parque.

Elizabeth deseaba que Philip la apreciara como Haverstock amaba a Anna. Desde que Anna perdió al bebé y se sumió en una profunda melancolía, su marido la mimaba más que nunca.

En su grave decepción, Elizabeth estaba abriendo una brecha en el frágil vínculo que la había unido a Philip. Desde que la había traicionado al incumplir su promesa de ayudar a las viudas, ella había evitado cualquier intimidad con él. Durante las últimas dos noches no habían dormido juntos. Durante las últimas dos mañanas y las últimas horas de la noche, no había podido iniciar esas pequeñas conversaciones amables que habían estado llevando a cabo para informarse mutuamente de los acontecimientos del día.

Se sentía como si estuviera sola en la llanura de Salisbury, observando al hombre que amaba alejarse y sabiendo que la separación era su culpa.

¿Cómo había llegado a esto? Qué tonta era sacrificar su matrimonio debido a los sentimientos heridos. Nunca entendería que no fue su fracaso en apoyar a las viudas lo que aplastó a Elizabeth; fue su fracaso para mantener a su esposa.

Cualquier esperanza que hubiera tenido de ser su Lady Wickshire había sido pisoteada.

—Aunque prefiero Brook, anoche fui a White y vi a tu esposo allí.

Sus palabras fueron como una bofetada en su rostro. Ella se volvió hacia él, con las cejas bajas.

—¿A qué hora fue eso?

—Estuve allí a las nueve, y él estuvo allí por un buen tiempo, a juzgar por su... consumo de brandy.

Su corazón se hundió. Philip se había negado a acompañar a sus hermanas, y a su esposa, a Almack la noche anterior, debido a la tardanza de las sesiones en la Cámara de los Lores.

—¿Mi marido estaba atendiendo a sus colegas de la Cámara de los Lores? —Se esforzó por la casualidad en su voz.

—Algunos tal vez.

—Los Lords, supongo, ¿estaban sentados en ese momento?

Él asintió gravemente.

Ahora sumado a la negación de Philip y su alejamiento posterior fue una desilusión. ¿Había imbuido a Philip de cualidades que él no poseía? Ella habría apostado todo lo que poseía en la nobleza de carácter de su esposo.

¿Cómo puede ser que no haya asistido a la sesión de anoche en la Cámara de los Lores?

—Quería mencionar otro tema contigo, —dijo—. La negativa de su hermano para tomar una posición sobre el aumento de impuestos está empezando a dañar nuestra causa. Más de un miembro me ha preguntado cómo mi primo está en el tema, y Aldridge también se ha preguntado por su cuñado si está a favor de la ley del impuesto.

—Desearía que Haverstock expresara su opinión. Mi hermano es uno de los hombres más influyentes de Londres.

Richie asintió con la cabeza.

—Todos respetan enormemente a Haverstock.

Se hinchó de orgullo hacia su hermano, que había tenido una batalla cuesta arriba para ganarse el respeto después de que su padre había estafado a media ciudad.

—Hablaré con él, pero antes de hacerlo, hablaré con Anna. Él le cuenta todo. —Si tan solo Philip y yo estuviéramos tan unidos.

Tomó dos horas conducir por el carril central del parque debido a la congestión de los medios de transporte. Hubo coches para dos personas, carretas para cuatro personas, descapotables y muchas otras formas de transporte. El progreso detenido les brindó muchas oportunidades para intercambiar bromas con muchos de sus conocidos. Incluso vislumbró a Belle Evans cabalgando en un gran barouche con el anciano duque de Queensberry, que era sin duda el hombre más despilfarrador de las Islas Británicas. Elizabeth se sintió obligada a mirarla. Hasta que sus ojos se encontraron, y la cortesana se puso rígida y miró hacia otro lado.

Elizabeth se encontró, no por primera vez, preguntándose si Belle alguna vez había estado enamorada de Philip.

Cuando finalmente salieron del parque, Elizabeth le dijo a Richie que la dejara en Haverstock House.

—No he visto a Anna en los últimos tiempos.

—¿No estás exhausta?

—Por supuesto que estoy exhausta. Mi boca se siente congelada por toda la sonrisa forzada que he hecho en las últimas dos horas, pero extraño estar con Anna.

— En la cena de esa noche, pensé que parecía haberse recuperado de su pérdida.

—Eso fue todo para el beneficio de mi hermano. Ella sabe cuán terriblemente se preocupa él por ella.

Las cejas de Richie se fruncieron juntas.

—¿Crees que ella todavía llora a la bebé perdida?

Elizabeth asintió con la cabeza.

—También creo que ella se desespera porque nunca más volverá a embarazarse. Ha pasado un año, y ella no parece poder concebir.

La sola idea de que Elizabeth misma pudiera llevar al bebé de Philip causó un revuelo, y una sensación completamente maravillosa,

en el pecho de Elizabeth.

—Escuché que el bebé que perdieron era un hijo. —La voz de Richie era sombría.

Elizabeth asintió gravemente.

—Anna me dijo que hubiera sido menos doloroso si hubiera sido una niña. Tal como fue, sintió como si le hubiera negado a su esposo el heredero.

—¿Por qué demonios se está culpando a sí misma?

—Todos la hemos alentado a que no lo haga. En vano.

—Supongo que fue aún más doloroso que Lydia y Morgie concibieran con tanta facilidad.

—Anna promete que está feliz por ellos. De hecho, adora al bebé.

—¡Oh!, su gracia, hemos llegado a su antigua casa.

* * *

puede volver a hacerlo. —A Elizabeth le dolía incluso mencionar al bebé muerto al que Anna había dado a luz. Fue una de las experiencias más desgarradoras que le sucedió a su familia. Anna había estado casi inconsolable, y Haverstock estaba más melancólico que nadie.

Anna sacudió su cabeza.

—Ha pasado más de un año. He fallado como marquesa de Charles.

—¡Eso no es cierto! No hay otra mujer en el reino que pueda darle a Haverstock la felicidad que le has traído, ni otra mujer en todo el mundo que él pueda amar como él te ama y adora.

— Lo reconoceré, mi querido Charles dice lo mismo, pero sé que está decepcionado. No puedes saber, como lo hice yo, lo encantado que estaba de saber que estaba aumentando. —Su voz se quebró en un sollozo.

— Mi hermano no se opondría si su heredero fuera el hijo de James y la que sea su esposa. Y la familia. La relación entre los hermanos es muy estrecha. Créeme cuando te digo que lo Haverstock más quiere es su felicidad. Está completamente enamorado de ti. Ahora te ruego que tengas pensamientos felices.

Anna se secó los ojos con un pañuelo húmedo con bordes de encaje, con una sonrisa forzada, y habló con levedad.

—No le digas a Lyddie, pero el pequeño no dice una palabra.

La broma alegre de Anna de Morgie los hizo reír a los dos.

Sonó un golpe en la puerta de la marquesa y Anna le ordenó al criado que entrara.

La mirada del mayordomo se dirigió directamente a Elizabeth.

—Creo que tiene una llamada, su gracia. El caballero pidió ver a Lady Cynthia.

Solo alguien lejos de Inglaterra el año pasado todavía la llamaría Cynthia. Solo alguien fuera del país la habría llamado a su antigua casa. Buen señor, ¿podría ser el apuesto oficial que le había roto el corazón el año anterior? Su estómago se revolvió, su interior tembló.

—Dime, ¿cómo se llama el caballero?

—Capitán Smythe.

—En realidad, ya no se me conoce como mi lady.

Él se puso rígido. Si no se equivocaba, su rostro bronceado palideció. Sus anchos dedos se enroscaron alrededor de la empuñadura de su espada.

—Dime, no me digas que te has casado.

Ella asintió solemnemente.

—Ahora soy conocida como la duquesa de Aldridge.

Durante los siguientes segundos, el Capitán fue incapaz de hablar.

—Sin embargo, estás aquí. En tu antigua casa. ¿Eso significa que Aldridge ha regresado a Italia?

¿Por qué todos suponían que era una esposa descuidada?

—¿No se me permite visitar a mi familia?

—Perdóname. Es solo que estoy sufriendo un shock. Sabía la última vez que te vi que me arriesgaba a perderte al no declararme. Él suspiró.

—Debería haber estado mejor preparado para el anuncio de tus nupcias y mi propia decepción.

El hecho de que él admitiera su decepción le ofreció cierto grado de compensación por esos meses de noches de insomnio que le había causado.

—Uno no puede perder algo que nunca tuvo, Capitán—, dijo con voz helada.

El hizo una mueca.

—Me lo merezco.

Sus cejas se alzaron.

—¿Tomas asiento?

Todavía mostrando una actitud abatida, se dejó caer en la silla en la que había estado sentado cuando ella entró.

—En Venecia asistí a muchos de los mismos eventos que el duque de Aldridge, pero nunca nos presentaron. Él y cierta Condesa hablaron bastante de la ciudad.

Su estómago se revolvió ante la mención de la Condesa Savatini. Curiosamente, ella envidiaba al Capitán Smythe. Como Elizabeth anhelaba poder juzgar si la Condesa realmente era la mujer más encantadora de toda Italia, como todos decían.

—Qué afortunado fuiste de ver Venecia. Mi querido Aldridge se ha comprometido a llevarme allí una vez que hayamos ganado esta guerra bestial. Debes decirme cómo progresa la guerra.

—Vine a Londres para alejarme de la guerra. Prefiero no hablar de eso mientras estoy aquí.

Ella nunca lo había visto cuando él no exudaba confianza. Hasta ahora.

No había placer en saber que ella era responsable de su melancolía,

no había placer en su sufrimiento.

—¿Cuánto tiempo estarás en Londres?

Él se encogió de hombros.

—No sé. Varias semanas, muy probablemente.

—Entonces podríamos estar asistiendo a algunas de las mismas asambleas. Mi esposo tiene tres hermanas solteras que yo acompaño.

—Qué doloroso será para mí. Tenía la esperanza ... es decir, tenía razones para creer que estabas fuertemente apegado a mí. Vine aquí hoy para buscar tu mano en matrimonio. —Se puso de pie y se dirigió a ella con voz despectiva—. ¡Qué tonto he sido al pensar que podrías ser feliz con un humilde capitán del ejército cuando podrías convertirte en duquesa! —Se dirigió hacia la puerta.

Ella se puso rígida, sus dedos enrollados.

—Si usted cree eso, Capitán, está equivocado.

Él se detuvo, se volvió y la miró con ojos fulgurantes.

—El año anterior y el año pasado, —continuó—, habría rechazado al Rey del Mundo para convertirme en la señora Smythe. Tal como fue, te fuiste de Inglaterra sin darme la más mínima esperanza de tener una oportunidad de ganar tus afectos.

—Dios mío, pero he provocado un desastre. —Salió de la cámara.

Ella se sentó allí aturdida. ¿Por qué no solo le había permitido que se fuera? ¿Por qué había sentido la necesidad de declararle esos afectos que una vez casi la habían paralizado, afectos que pensó que el Capitán no había regresado?

Incluso antes de haberse entregado —en cuerpo y alma— a su esposo, la intensidad de su amor por el Capitán se había extinguido por su desprecio por ella.

Y ahora estaba declarando que la había amado entonces y quería casarse con ella ahora. Si decía la verdad, ¿cómo podría haber sido incapaz de expresar esos sentimientos el año pasado? ¿Cómo podría no haberle escrito una sola carta?

Ella ya no tenía ningún arrepentimiento. Más que nada, sintió como si pudiera arrodillarse y alabarlo por su anterior frialdad, la frialdad que había preservado su estado de soltera para su último amante.

Se escucharon más sonidos en el pasillo, luego Lydia entró caminando al salón.

—Querido señor, ¿no fue ese el Capitán Smythe que vi salir?

Elizabeth mostró un pequeño gesto de desaprobación.

—De hecho, lo fue. El hombre arrogante esperaba encontrar a la ex Lady Cynthia sentada alrededor de la casa de su hermano, llorando por él.

Lydia la miró con ojos pensativos.

—Por tu tono, deduzco que toda esa pasión que una vez despertó

en ti se ha desvanecido.

—Mucho antes de casarme.

Lydia se sentó en el sofá de seda junto a su hermana.

—¡Buena decisión! Nunca me gustó el Capitán.

—Lo dices solo porque sabes lo devastada que estaba cuando me dejó sin ofrecerme matrimonio.

Lydia asintió con la cabeza.

—Supongo que ahora ha venido a lamentarlo.

—Aparentemente, sí.

—¿Y realmente ya no estás enamorada de él?

—Creo que una mujer solo puede estar enamorada de un hombre a la vez.

—Ciertamente no puedo estar en desacuerdo con eso. —Miró a Elizabeth con una de esas miradas omniscientes que había desarrollado a una edad temprana—. ¿Eso significa que te has enamorado locamente de Aldridge?

Los ojos de Elizabeth se humedecieron y asintió, luego se echó a llorar.

Lydia vino y atrajo a Elizabeth a sus brazos.

—¿Cuál es el problema? Es muy bueno estar enamorado del esposo de uno. Es por lo que recé cuando te casaste con Aldridge porque sabía que no lo amabas el día de tu boda.

Siempre fue Lydia a quien le confiaron todas las hermanas Upton. Su madre había sido, y aún era, fría y reservada. Lydia era tan cálida como sabia.

—Soy la causa de un problema entre Philip y yo.

Lydia la abrazó, luego se echó hacia atrás y miró a su hermana menor.

—Es un asunto muy fácil de remediar. Le suplicas que te perdone, le pides que empiecen de nuevo.

La solución fue tan simple que Elizabeth se reprendió por haberse aferrado tan tercamente a su tonta ira. Todo porque su orgullo estaba magullado.

Lydia sacó un pañuelo de su retícula y se lo entregó a Elizabeth.

Su dolor al ser traicionada por Philip había anulado su sentido común. Ahora entendía claramente que un desacuerdo nunca debería interponerse entre ellos.

— He sido tan miserablemente tonta. Me arrojaré sobre él y le pediré perdón.

—Pensé que esa noche todos comimos juntos aquí que mostraste los síntomas de haber sido atravesada por la flecha de Cupido.

Elizabeth secó las lágrimas que corrían por su rostro.

—Preferiría que vieras esos mismos signos en mi esposo.

—Volverá, si no lo ha hecho ya. Los hombres no se apresuran a

darse cuenta de tales cosas. —La cara de Lydia se iluminó—. Estoy tan feliz de que estés aquí hoy. Me evitará tener que ir a la casa Aldridge a verte.

—Estoy feliz de verte también. Feliz y sorprendido. Pensé que rara vez dejabas a tu pequeña querida.

La cara de Lydia se suavizó.

—Tomaré la iniciativa, es difícil estar lejos de él. Siento como si me faltara un engranaje.

Elizabeth envidiaba a su hermana. ¡Cuánto le gustaría tener un pequeño Philip!

—Entonces, ¿cómo has logrado escapar?

—Acabo de darle de comer y está profundamente dormido. —La voz de Lydia bajó—. Estaba preocupada por Anna. Quería verla cuando el bebé no estuviera presente. Creo que todavía está muy deprimida por su pérdida.

—De hecho, lo está. La encontré sollozando hace un rato.

La cara de Lydia se nubló.

—La pobre querida. Se está torturando a sí misma. Siento que pronto volverá a concebir.

— Me alegra mucho saber que todos saben que siempre tienes la razón. Ahora, dime, ¿por qué viniste a la casa Aldridge?

—Haverstock me dijo que tú y el duque celebrarán una cena política el próximo viernes.

—Discutimos eso, sí. Pero he visto tan poco de Philip que no me había dado cuenta de que había seguido adelante y enviado las invitaciones. Supongo que su secretaria se encargó de eso. —En silencio, lamentó que Philip no la hubiera consultado más—. ¿Por qué mencionas eso?

—Me gustaría que nos invitaras a Morgie y a mí.

Elizabeth levantó una ceja.

—¿Sabes que solo son miembros aburridos de la Cámara de los Lores?

—Sí, y te aseguro que me aburriré, pero le prometí a mi querido suegro que alentaría a Morgie a entrar en política. Era lo que su papá quería. Morgie finalmente accedió a postularse para el Parlamento, y pensé que la cena podría despertar su interés. Dios sabe que necesita un desvío.

—¿Una diversión de qué?

—¿Necesitas preguntar?

—¿Su presencia sofocante?

Los hombros de Lydia se hundieron.

—El querido hombre estaba fuera de sí de preocupación cuando supimos que estaba criando. ¿Recuerdas que hace varios años su hermana mayor murió en la cama del niño?

Elizabeth asintió sombríamente.

—Fue muy triste.

—Morgie se preocupó como el demonio por mí. Parecía sentir que mientras estuviera a mi lado, ningún daño podría llegar a mí.

¡Cómo Elizabeth deseaba que Philip la quisiera así!

—Creo que es increíblemente romántico.

—No hay otro hombre en el reino que preferiría a mi querido Morgie. Sin embargo, describiste perfectamente a mi esposo cuando te referiste a su presencia sofocante. El hombre necesita otro interés.

—Entonces estoy encantada de que él represente al Parlamento, y estoy encantada de que tú y él vengan a nuestra casa a cenar.

Elizabeth supuso que tenía que apresurarse a casa y trabajar con el cocinero en el menú y comenzar a preparar los asientos. Cuánto más agradable hubiera sido si ella y Philip hubieran discutido esto juntos. Esta grieta la destrozó.

Lydia tenía razón al animarla a tragarse su orgullo y disculparse por su abismo. Su única esperanza de felicidad era restaurar la armonía previa de su matrimonio. Ella se puso de pie.

—Corre con Anna. Dile lo que me dijiste. Que estás segura de que volverá a reproducirse. Todos saben que siempre tienes razón.

Su hermana se levantó y tomó las dos manos de Elizabeth.

—Entonces cree esto: Aldridge revelará su amor por ti.

* * *

vestido color aguamarina! Una pena que hubiera hostilidad en su semblante.

—¿Barrow dijo que querías verme?

Se levantó.

—Así es. ¿No vendrás a sentarte en el sofá conmigo?

—También he extrañado esas cosas.

—Me he sentido como un esposo traidor, pero mi determinación de enfocarme en una sola ley nueva es inflexible. ¿No podemos estar de acuerdo en estar en desacuerdo?

— Sí, querido. Yo iba a proponer el mismo pacto.

—Sabes cuánto estoy de pendiente sobre tus necesidades, pero debo canalizar todas mis energías para lograr lo que pueda por el bien común.

Estaba tan feliz de haber leído las obras de Jeremy Bentham, que entendió la filosofía política del bien común. Cuan orgullosa estaba de su marido para adherirse a esta filosofía. No muchos hombres como él, hombres en posesión de una vasta riqueza, hubieran aceptado tal pensamiento.

—Entiendo, mi querido. Realmente quiero ser tu compañera de ayuda, no ser una fría teórica. —Sin siquiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, apoyó la mano sobre su musculoso muslo y habló en voz baja—. Lamento haber causado esta grieta. Sé que una vez que haya logrado el aumento de impuestos, entonces ayudarás a las viudas.

—De hecho, lo haré.

—Sí, debes saberla razón por la que estaba tan enojada, fue porque sentí que habías incumplido tu promesa, que me habías traicionado.

La atrajo a sus brazos.

—Espero por Dios que ninguno de los dos traicione al otro.

Ella quería decirle que nunca podría traicionarlo, pero las palabras se le quedaron en la garganta. Ella se negó a ser la primera en hacerse un pastel al declarar su amor por él. La primera declaración, si es que alguna vez llegó, tenía que venir de él.

Hubo un golpe en la puerta de la biblioteca y se separaron.

Barrow, sosteniendo lo que parecía ser una carta en una pequeña bandeja de plata, entró arrastrando los pies en la cámara, los hombros del pobre viejo se desplomaron con la edad, su voz temblorosa.

—El mensajero que lo entregó pidió que lo trajeran a su gracia. Espera una respuesta.

Philip la tomó, la abrió y comenzó a leer. Una vez que Barrow cerró la puerta detrás de él, se echó a reír.

—Creo que se le pidió al pobre Barrow que diera esto a su gracia. Aquí, es de tu hermana favorita.

—El querido hombre es decididamente sordo. —Tomó la nota y leyó el contenido—. ¡Mentiste! Esto ciertamente no es de mi hermana favorita. —¿Cómo podría haber sabido lo que ella nunca había expresado? Kate era su hermana menos favorita.

—Por supuesto que lo sabía. Es obvio para este hombre que ha llegado a conocerte tan bien que apenas puedes tolerar a Kate.

Nunca le había contado a nadie de la relación incómoda que su familia, por lo demás amorosa, tenía con Kate.

—¿Cómo supiste?

—Porque voy a saber todo sobre esta esposa mía.

Excepto cuánto te ama.

—Entonces rezo para que nunca me traiciones.

—Nunca te traicionaré.

Pero al igual que otros hombres de su clase, ella esperaba que él tomara una amante. ¿No se dio cuenta de que nada podría traicionarla más?

Ella leyó la carta y luego lo miró.

—¿Se opone a que Kate y el Sr. Reeves usen su palco en el teatro esta noche?

—Por supuesto que no. Y no es mi palco. Es nuestro.

¿Alguna vez se acostumbraría a ser la duquesa de Aldridge? Esta casa todavía se sentía como su hogar. Le faltaba la familiaridad que había sentido esa tarde en Haverstock House. Ella se levantó y fue a su escritorio para componer su respuesta a Kate, luego llamó a un criado para que lo llevara a la página de espera.

Cuando se levantó para regresar al sofá, su esposo se levantó y la miró con una mirada ardiente. Su pulso se aceleró cuando fue hacia él, mientras se derretía en su abrazo reconfortante.

—Te necesito, —dijo, su voz baja y llena de emoción.

Ella asintió simplemente.

—Vayamos a tu habitación, querida.

* * *

empujados hacia abajo mientras abría sus muslos ansiosamente para recibirlo.

—Permíteme ayudarte a poner tu vestido, —dijo, su voz más suave y menos ronca de lo que había sido cuando entraron en su habitación y se golpearon en los brazos con urgencia sin aliento.

Una vez que se puso el vestido, encendió una vela y se volvió para mirarlo.

—Me gustaría verte vestirte. Creo que incluso podría atarte la corbata. Solía hacerlo a James antes de que papá le contratara un valet. —Sabía que debería avergonzarse de admitir que le encantaba mirar el cuerpo desnudo y ágil de su marido a la luz de las velas. Incluso ese primer día, ese día en que se había bañado, con el agua brillando en su torso bronceado, ella lo había considerado magnífico.

— No te miraré. No puedo permitirme el placer porque realmente debo ir a la Cámara de los Lores.

Ella frunció.

—Y tenía la esperanza de tenerte esta noche. Prometí llevar a las chicas a casa de Almack.

—Lo siento. Quizás la próxima vez. Me doy cuenta de lo negligente que he sido con mi familia.

Ella comenzó a preguntar por qué había descuidado la Cámara de los Lores la noche anterior, pero decidió no hacerlo. No quería presentar un tema inarmónico después de un encuentro tan celestial, ni que Philip pensara que su primo lo estaba espiando.

—De hecho, lo has hecho. Tuve que aprender de Lydia que has seguido adelante con los planes para tu propia cena política aquí el viernes.

—Pensé que habíamos aceptad.

—Lo hicimos, pero no sabía que fijaríamos una fecha—.

—Perdóname. Si no hubiera habido tanta fricción entre nosotros, nos habríamos comunicado mejor.

—Prometo ser una mejor esposa.

Él dejó de ajustar sus botones y se permitió mirarla.

—No hay mejor esposa.

Ahora entendía lo que había querido decir con no hacer contacto visual. Cuando sus miradas se encontraron, se sintió obligada a moverse hacia él, a adaptarse a él e iniciar una nueva ola de pasión.

Pero ella no pudo. No podían. Ambos tenían obligaciones.

Ella permaneció enraizada en la alfombra de Turquía, inundada de profundos sentimientos de amor y aturdida por su declaración.

—Intentaré ser digna de tus elogios, querido. —Luego su mirada se desvió y trató de ser frívola—. Ahora, creo que intentaré con tu corbata, guapo.

* * *

—. Para la mujer, creo que para que lo físico sea satisfactorio, su corazón también debe estar comprometido. Eso no es necesario para el hombre.

—Me destruiría saber que Philip era íntimo con otra mujer.

Los enormes ojos color chocolate de Anna la miraron atentamente.

—Mantenlo satisfecho todas las noches, y será incapaz de mirar a otro lado.

El calor se elevó en las mejillas de Elizabeth y ella rápidamente desvió la mirada. Estaba decepcionada al ver que Clair no tenía pareja para el set actual. La pobre joven estaba sola a un lado de la cámara, mirando a sus hermanas.

Elizabeth sintió un golpecito en el hombro y se dio la vuelta. Elevándose sobre ella estaba el Capitán Smythe, pecaminosamente guapo en su uniforme

. —¿Su gracia me haría la bondad de concederme la próxima pieza de baile?

—Su gracia elige no bailar, —espetó Elizabeth.

Rodeó la hilera de sillas donde ella estaba sentada y la miró.

—Muy bien. Me sentaré con mi querido viejo amigo. —Su mirada se conectó con la de la marquesa y se inclinó—. Buenas tardes, Lady Haverstock.

Después de que intercambiaron saludos, se dejó caer al lado de Elizabeth.

—¿Dónde está tu duque esta noche?

—Está cumpliendo con sus responsabilidades en la Cámara de los Lores.

—Lo cual es mucho menos amenazante que cumplir con los deberes de uno en un campo de batalla.

Ella se negó a mirarlo.

—Estoy seguro de que mi esposo estaría muy de acuerdo con esa declaración. —Cada vez que se refería a Philip como su esposo, su pecho parecía expandirse con orgullo.

—Si fueras mi esposa, no te descuidaría así.

Ella le dirigió una mirada fría.

—No estoy descuidada. Mi esposo y yo hacemos tiempo para estar juntos todos los días. —Su interior revoloteó al recordar las intimidades esa misma tarde.

—¿Qué tiene que hacer un tipo para bailar con la encantadora duquesa de Aldridge?

Su mirada se dirigió a Clair.

—Si vas y le pides a mi hermana, Lady Clair Ponsby, esté de pie contigo, te favoreceré con un baile más tarde.

Su mirada se dirigió hacia el lugar donde estaba Clair.

—¿La dama pecosa de amarillo?

—Sí.

Se puso de pie de un salto y se dirigió hacia Clair. Su llamativa presencia desvió la atención de los bailarines y envió a Pretty Young Things riéndose entre ellos detrás de sus fanáticos.

Una vez que él y Clair estuvieron en el piso de baile, Anna se volvió hacia ella.

—El capitán ciertamente posee arrogancia.

—No puedo pensar por qué persiste en querer verme.

—Quizás es lo suficientemente engreído como para pensar que despreciarías a un duque para fugarte con él.

Elizabeth soltó una risa amarga.

—Tengo mis dudas de que él realmente haya deseado casarse.

—Entonces, tal vez sea uno de esos hombres a los que les gusta seducir a las esposas de otros hombres, especialmente a aquellos que pueden estar descuidadas por sus esposos, no es que tú lo seas.

—La mayoría de la gente piensa que lo soy, pero desconocen el momento en que Philip y yo nos separamos de cada día para estar solos el uno con el otro.

—Eso es exactamente lo que Charles y yo siempre hemos hecho.

—Debes ser mi inspiración para un matrimonio feliz. ¡Cómo rezo para que esté haciendo lo correcto!

—El amor lo conquista todo. Sé que eso suena trillado, pero el amor triunfa sobre todas las fuerzas que se oponen a la unión de dos seres.

Ella y Anna no pudieron evitar ver al Capitán Smythe mientras él y Clair avanzaban elegantemente cogidos de la mano por el camino largo, cada ojo en la elevada habitación atraído por el deslumbrante oficial.

Esperó hasta el baile final de la noche, un vals, para reclamar a Elizabeth. Cómo le había encantado sentir el toque de su mano en su cintura antes. Antes de Philip. Esta noche, ella se puso rígida e hizo todo lo posible para preservar una gran brecha entre ellos. Esta noche, se lamentó de haber aceptado ponerse de pie con él. Sobre todo, esta noche anhelaba estar bailando un vals en esta pista de baile con su esposo.

—Siento que te debo una explicación, —comenzó después de que los metió en un rincón remoto de la habitación donde no había espectadores.

—No me debes nada.

—Pero ya ves, cuando te vi por última vez, solo tenía veintidós años y no estaba en condiciones de ofrecer una esposa, especialmente una hija de un marqués.

—No necesitas decirme nada de esto.

—Necesito que entiendas. Me apresuré a regresar a Londres en el

momento en que cambiaron mis circunstancias.

Ella levantó una ceja y lo miró.

—Dime, Capitán, ¿cómo han cambiado tus circunstancias?

—El hermano de mi padre murió y, al no tener hijos, me dejó muy bien.

—Entonces estoy muy feliz por ti. Has venido al lugar correcto para buscar una esposa. Estoy segura de que puedes elegir

Su agarre en su mano se apretó.

—Solo hay una mujer en esta cámara con la que elegiría pasar el resto de mi vida.

¿Qué mal educado sería para ella reconocer que él se refería a ella! —Espero que te refieras a una de las hermanas de Aldridge. Tiene tres hermanas muy dulces que todavía no están casadas.

—¡No me confundas! Estoy enamorado de ti.

¡Cuán diferentes habrían sido sus vidas si hubiera dicho esas palabras el año pasado! Gracias a Dios que no lo había hecho.

—Lo siento, pero sé por experiencia que los corazones rotos pueden reparar.

Él entendió. Su paso se ralentizó y habló con voz angustiada.

—¡Oh, Dios, lo que he perdido!

simpatía no serían fácilmente abandonados. —La señora Leander se encogió de hombros—. No tendríamos que tener un hombre tan bueno como él, aunque es extraordinariamente bueno con los niños. Muchos de nuestros pequeños muchachos y chicas nunca han conocido a sus queridos padres.

—Parece que Abraham piensa que tiene que llenar sus zapatos. — Elizabeth escuchó a la señora Hudson y al lacayo justo al otro lado de la puerta y se llevó el dedo índice a la boca.

Entonces Elizabeth se aclaró la garganta.

—Dígame, Sra. Leander, ahora que las cosas están tan arregladas, ¿no está de acuerdo en que mis hermanas y yo solo seamos necesarias dos veces por semana?

Abraham y la señora Hudson pasaron la puerta abierta y se dirigieron al baño al final del pasillo.

—Oh, estoy de acuerdo. Ahora que su gracia ha organizado de manera tan eficiente la casa y los deberes de todos. —Ella bajó la voz —, pero sería bueno tener un hombre cerca.

Elizabeth reflexionó sobre la idea de tener un hombre siempre en el número 7. La idea tenía un gran mérito, pero aún no podía comprometerse. Por ahora, ella sería frívola.

—¡Hay una dificultad en tener a Abraham viviendo aquí con ustedes, damas, se enamorarían de él!

Una sonrisa benevolente cruzó el rostro de la anciana.

—Si fuera una docena de años más joven, sí, me desmayaría con ese muchacho grande y fuerte. —Su voz se convirtió en un susurro —. No estoy diciendo la señora Hudson en realidad se haya enamorado de su compañero, No me sorprendería que él no fuera el responsable de la cura de su melancolía. Estaba muy herida cuando la conocí, y debes ver el cambio brillante que se ha apoderado de ella.

—He notado su dolor ha disminuido y estoy agradecida por la causa, sea quien sea el responsable de ello.

* * *

primera vez a Elizabeth? Los dos habían estado juntos en Harrow. Incluso antes de que hablaran, ella recordó al capitán diciéndole que había ganado una gran cantidad de dinero. Lo que explicaba el lujoso barouche. Richie ciertamente no poseía algo tan bueno.

Luego se puso rígida al recordar las últimas palabras que le dirigió en casa de Almack. Ella miró a los dos.

—Parece que alguien está siendo presuntuoso.

El capitán Smythe dio un paso adelante.

—Ese sería yo, su gracia. Han pasado tres largos años desde que pude atravesar Hyde Park. Seguramente no negaría a un soldado necesitado—.

Por el aspecto de su barouche, ¡estaba tan necesitado como el Regente!

—No me importa si quieres montar en el parque. ¿Te gustaría invitar a una de mis hermanas?

Margaret y Caro ya habían subido las escaleras, pero Clair se quedó al lado de Elizabeth. Elizabeth y Clair intercambiaron miradas divertidas.

Richie respondió. Dio un paso hacia Clair.

—Dime, Lady Clair, nos daría un gran placer si se unieran a mí, mi amigo, el Capitán Smythe, y la duquesa para dar una vuelta por el parque.

Por mucho que Elizabeth quisiera expresar un rechazo, sabía que era incapaz de ser mal educada, a pesar de que las atenciones del capitán no eran deseadas.

¿Cómo pudo haber creído estar enamorada de él? Pero ahora sabía la respuesta. No era el Capitán al que ella había imaginado. Era su parecido físico con el duque de Aldridge, el hombre que le había robado su corazón de niña muchos años antes.

Clair ladeó la cabeza y se dirigió a Richie

. —¿Se nos permitirá hablar de política?

—Pero por supuesto. Ese es el propósito de estos paseos de la tarde con mi primo.

—Muy bien, —dijo Clair.

—Percibo que ustedes, señoras, están listas— —La mirada de Richie recorrió sus ligeras pellizas. Las damas aún no se habían quitado los sombreros.

—Sí, —dijo Elizabeth.

Cuando llegaron al barouche que esperaba, Elizabeth se dejó caer al lado de su cuñada, y los dos caballeros se vieron obligados a enfrentarlos en el asiento opuesto.

Elizabeth estaba decidida a no pronunciar una sola palabra al capitán.

—¿Vieron el Morning Chronicle hoy, su gracia? —preguntó Richie una vez que el grupo estuvo en Piccadilly.

Ella lo miró por debajo de una ceja arqueada.

—¿Te refieres al artículo sobre nuestro Lord Canciller?

—Efectivamente.

—Lo leí, también, —dijo Clair—, y creo que es muy rudo por su parte intentar bloquear la factura de impuestos. Parece como si todos estuvieran en contra de mi pobre hermano.

—Tengo mucha confianza en la cena del viernes por la noche, —dijo Richie—. Son cosas como esas las que pueden influir en los miembros de la Cámara de los Lores mucho mejor que un charlatán como Lord Knolles. Es hora de que el liderazgo en esa cámara se vea amenazado.

—El cambio es a menudo lo mejor, —dijo Clair.

Gran parte de la discusión que siguió fue sobre el obstinado Lord Chancellor y la discusión del artículo en el periódico de la mañana. Aunque este tema era de gran preocupación para su esposo, Elizabeth estaba demasiado distraída para seguirla.

Estaba enojada por las atenciones del capitán. No le gustaba que la vieran con el hombre con el que una vez estuvo tan sentimentalmente vinculada. Ella temía que otros pensaran que su relación estaba siendo reavivada.

¿Podrían los frágiles lazos de su matrimonio soportar más indicios de escándalo? No debería importarle lo que otros pensaran. Pero ella lo hizo. Ya dolía que el duque y la duquesa de Aldridge nunca estuvieran juntos, que la mitad de la comunidad creía que Philip se había visto obligado a casarse con ella. Sus pensamientos también se centraron en la cena del viernes por la noche. Esta sería su primera oportunidad real de hacer que Philip se sintiera orgulloso de ella. Cada plato debe ser perfecto. La disposición de los asientos era necesaria para fomentar la conversación. Ella debe esforzarse por verse lo más atractiva posible. Aunque no quería dominar la conversación, deseaba contribuir de manera inteligente. O de lo contrario permanecer en silencio. En resumen, ella quería todo lo que hacía o decía para darle crédito a su esposo. Ella quería ser una fuente de orgullo.

Sobre todo, esperaba que esta cena estableciera al duque de Aldridge como una fuerza en los círculos políticos.

La discusión entre Richie y Clair fue tan animada que no se solicitó el aporte de Elizabeth. Lo que la complació. Estaba tan lejos de ser complaciente con el Capitán Smythe que no sería interesante. Y ella estaba decidida a no dirigirse a él.

A mitad del parque, el Capitán Smythe dijo:

—Digo, su gracia, ¿todavía le gustan los narcisos?

Ella lo fulminó con la mirada y asintió.

De vuelta en Berkeley Square, cuando comenzaron a descender del carruaje, ella dijo: —Ustedes dos entren. Permítanme hablar en privado con el Capitán.

Se enfrentaron el uno al otro. Él sonrió. Ella no.

—Debo rogar que no vengas más aquí, —dijo—. Lo pasado es pasado. Encontrarás a otra mujer mucho mejor que yo.

Él la miró solemnemente.

—Nunca.

Incapaz de responder, ella giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta principal.

* * *

¡Ese maldito Rothcomb-Smedley era un ingrato traidor! ¡Qué audacia! Primero, coqueteando abiertamente con la duquesa de Aldridge; y ahora intentaba reunirla con su antiguo galán.

Nunca permitiré al hombre en mi casa otra vez.

Philip se encontró deseando haber llegado a Berkeley Square dos segundos antes. Estaba consumido por la curiosidad de saber cuáles habían sido los arreglos para sentarse en el barouche. ¿Se había sentado Elizabeth junto a ese oficial?

Querido señor, ¿iba a tener que comenzar a tratar a su novia como a un niño travieso? Porque Philip deseaba sinceramente poner su pie en el suelo y prohibirle ciertas asociaciones. ¡Comenzando con esa maldita prima suya!

* * *

Clair.

El asintió.

—Tienes una esposa extremadamente comprensiva, —dijo Caro, mirándolo con los ojos entrecerrados.

Finalmente le lanzó una sonrisa amable a Elizabeth.

—De hecho, lo es. Siempre ha sido mi objetivo para mi duquesa emular a Lady Wickshire.

Caro y Margaret intercambiaron expresiones de interrogación, pero Clair inmediatamente captó la referencia. Ella habló con sus hermanas menos informadas.

—Nuestro hermano se refiere a la manera en que se dice que Lady Wickshire dirige la carrera parlamentaria de su esposo. Incluso se especula que ella lo ayuda con sus discursos.

La boca de Margaret se abrió.

—No sabía que Aldridge había hablado en la Cámara de los Lores.

—Eso es porque no lo he hecho.

La cara de Caro se iluminó.

—Espero que confíes en la ayuda de Elizabeth con una cena espectacular el viernes por la noche.

—De hecho.

Caro se enfrentó a Margaret.

—Por cierto, no comeremos aquí el viernes. —Una mirada de simulación de perturbación se dirigió a Clair—. No se nos considera lo suficientemente informados sobre asuntos de gobierno como Clair, a quien se le permitirá asistir.

—Mi primo Richie pidió especialmente que Clair se uniera a nosotros, debido a sus contribuciones inteligentes en la cena anterior.

Philip se aclaró la garganta y se dirigió a su esposa.

—Querida, no deseo que Rothcomb-Smedley asista a nuestra cena.

Sus ojos se agrandaron.

—Pero pensé que había sido incluido en los planes.

Sacudió la cabeza.

—Necesitaremos tantos asientos como sea posible para los señores.

—Entonces, por supuesto, —dijo Clair—, omítame y permita que el señor Rothcomb-Smedley sea mucho más importante que yo.

—El propio Rothcomb-Smedley dijo que una mujer bonita y soltera es una ventaja para una gran mesa, —dijo Philip.

Clair parecía incrédula.

—Entonces me aseguraré de perder mi asiento.

Elizabeth sacudió la cabeza.

—Tu hermano tiene razón. Richie dijo que eras bonita y que serías una valiosa adición.

Los ojos claros de Clair se abrieron.

—¡El Sr. Rothcomb-Smedley seguramente no dijo que yo era

bonita!

Una sonrisa caminaba, Elizabeth asintió.

—Ciertamente lo hizo. De hecho, en realidad discutimos por qué parecías más atractivo que nunca, y simplemente dije que era tu elegante corte de cabello.

—¿Y qué dijo él a eso? —Preguntó Clair.

—Oh, él estuvo de acuerdo.

Una mirada de puro asombro suavizó la cara de Clara. Maldita sea, —pensó Philip—, ¿está sucumbiendo a los encantos de Rothcomb-Smedley?

—La lista de invitados no está abierta a discusión, —espetó Philip, mirando ahora a su hermana—. Estás dentro. Rothcomb-Smedley no está.

—No estoy contento con tu autoritarismo. —Elizabeth lo fulminó con la mirada. —¿Qué pasa con las invitaciones que se extendieron a mi hermano y Anna y a Morgie y Lydia?

—Estaré feliz de tenerlos aquí el viernes.

Durante el resto de la cena, su esposa se enfurruñó. Ella no habló ni lo miró y respondió a sus hermanas solo en monosílabos.

Mientras se ponían los dulces, Barrow le trajo una nota.

Esperando que fuera una misiva de un colega de la Cámara de los Lores, la abrió rápidamente y comenzó a leer.

Mi querido Aldridge

Desde la reciente muerte de mi anciano Savatini, es una alegría correr a Londres y estar con mi amor. Ahora soy libre de ser completamente tuya. Me quedo en el hotel Chiswick y cuento los segundos hasta que podamos reunirnos. Lo elegí, en lugar del Pulteney porque no está en una vía principal, y el posadero se destaca por su discreción.

Tu angelina

Cuando llegó el intermedio, Richie y el Capitán Smythe llegaron a su palco. Cuando el Capitán fue a sentarse a su lado en el asiento que Margaret había desocupado recientemente, Elizabeth protestó.

— Hay un asunto que debo discutir con Richie. —Ella miró a su primo—. Siéntate aquí.

Richie lanzó un asentimiento caprichoso a Clair, luego se sentó de mala gana al lado de Elizabeth.

—¿Qué quieres decir?

Ella bajó la voz.

—No estoy exactamente seguro de si fuiste invitado a la cena del viernes en Aldridge House, pero mi esposo me ha informado que no habrá espacio para ti.

Él se giró hacia ella, con las cejas arqueadas, la ira ardiendo en sus ojos.

—Hablaré con Aldridge.

No podía recordarlo nunca antes de escuchar tal vituperación en la voz de su primo.

Se puso de pie de un salto, taladró al Capitán Smythe con una mirada fulminante y dijo:

—Debemos irnos.

El Capitán se puso de pie, y aunque ella podía decir que él la miraba, ella se negó a mirar en su dirección.

Casi como una ocurrencia tardía, Richie se volvió hacia Clair.

—Me despido de usted, Lady Clair, con gran renuencia.

Las pestañas de Clair bajaron cuando ella asintió tímidamente y murmuró algo ininteligible. Elizabeth no podía recordar un momento en que Clair no hubiera hablado con gran confianza, Dios mío, ¿se estaba enamorando de Richie?

* * *

no podría ser despedida con una carta de enojo. Tampoco podía negar que ella alguna vez había sido importante para él.

Otra razón por la que necesitaba verla era porque debía dejar su posición hacia ella perfectamente clara. Tenía que entender que nada de lo que pudiera hacer reavivaría lo que ahora era tan frío como las cenizas del año pasado.

Había tomado la precaución de cambiar a un truco. No sería bueno ver al coche con la insignia del duque de Aldridge en el mismo hotel donde se hospedaba la Condesa Savatini. Ubicado a orillas del Támesis en South Kensington, el Chiswick había sido la villa de un noble muerto hace un siglo. La mansión independiente yacía detrás de las paredes de ladrillo construidas con la misma piedra gris que la enorme casa de tres pisos.

Una vez que el entrenador entró en el patio de la posada, Philip desembarcó y le indicó al conductor que esperara.

—No estaré más que unos momentos.

En el interior, se enfrentó a un criado con librea, que habló primero.

—Si vas a ver la Condesa, te mostraré el camino.

El joven lacayo comenzó a subir las escaleras. En el piso superior, caminó por el pasillo de madera, se detuvo frente a una puerta e inclinó la cabeza.

—Encontrarás a la Condesa dentro. El sirviente con librea regresó a la escalera y volvió a su puesto.

Philip llamó a la puerta.

—¿Angelina?

Abrió la puerta y fue a abrazarlo.

—¡Oh cariño! —Llevaba un vestido carmesí que revelaba su seno generoso, y era tan elegante como deslumbrante. Sin embargo, su belleza oscura y ágil ya no lo esclavizaba como antes.

Se puso rígido y retrocedió.

—¿Sabes que ahora estoy casado?

Ojos que le habían brillado un momento antes se nublaron.

—Adelante. Debemos discutir este matrimonio tuyo.

Entraron en el salón privado, y ella fue a sentarse en un sofá cerca del fuego. Le recordaba mucho a la habitación de Elizabeth y las charlas acogedoras que disfrutaba con ella en el sofá. Lamentaba haber venido aquí, lamentaba no estar sentado con su duquesa en este momento.

—¿No vendrás a sentarte a mi lado? —ella preguntó.

—Prefiero pararme. —Se acercó al fuego y la enfrentó, con la boca firme, sin amabilidad en su disposición.

—Lo confieso. Había oído hablar de tu matrimonio, pero el hecho de que te hayas casado no significa que no podamos estar juntos.

Recuerda, yo estuve casado antes, y nunca opacó tu ardor.

—Quizás recuerdes que te resistí hace cinco años porque estabas unido a otro. Fuiste tú quien juró que Savatini era tolerante con tus infidelidades, tus muchas infidelidades.

—Pero, amore mio, en el momento en que me entregué a ti mismo, te dije que fue para siempre. Nada de lo ocurrido desde entonces ha disminuido mi profundo amor por ti.

Él la miró con moderada hostilidad.

—¿Recuerdas lo que te dije la primera vez?

Ella hizo un puchero y no respondió por un momento.

—Lo mismo que me dijiste el día que me despediste.

—¿Que era?

—Desde el principio, dijiste que lo que querías de mí era solo físico. —Ella lo miró con los ojos húmedos—. Pero no se puede negar que lo que compartimos fue maravilloso.

—No es mi naturaleza discutir tales cosas, Angelina. Me refiero a ser un esposo fiel de la buena mujer con la que me he casado. —Había ensayado lo que iba a decir a la Condesa, pero las palabras que pronunció en realidad no eran las mismas. Mientras hablaba, se dio cuenta de una sorprendente realización.

Él dijo la verdad. Inicialmente había planeado ser fiel a Elizabeth solo durante los primeros y emocionantes días de su unificación. Ahora, sin embargo, descubrió que no deseaba a ninguna otra mujer.

Especialmente la bella pero decadente Angelina Savatini.

Compararla con Elizabeth era como comparar una lata oxidada con oro brillante.

Ella intentó sonreír, pero él la conocía lo suficiente como para saber lo poco sincero que era.

—Estás tratando de ser un buen esposo. Es muy admirable. Pero nadie espera que un poderoso duque inglés sea un esposo fiel. Se permitirá que tú y yo seamos amantes.

—Puede ser permisible para ti, pero no para mí. —Se dirigió hacia la puerta.

Ella lo siguió con la mirada.

—Tu intención es muy conmovedora, pero sé que ella nunca puede satisfacerte como yo. Y soy una mujer paciente.

* * *

supervisando la cena más importante de su vida. Trent Square era lo más importante que había hecho en su vida. Esta cena fue la segunda. Si pudiera demostrar su capacidad en tales asuntos, tal vez podría recuperar el afecto de su esposo. Desde la noche que había estado tan helado con ella durante la cena, ella y Philip no habían estado solos juntos.

Sabía que él la estaba evitando y sospechaba que la causa de su desaprobación eran sus tardes con Richie. Si tan solo ella y Philip pudieran hablar. Entonces ella podría identificar la fuente de su disgusto y encontrar una solución.

Por ahora, su mejor esperanza de ganar su aprobación era organizar una cena exitosa. De la secretaria de Philip había obtenido la lista de invitados. Para aquellos nombres que no le eran familiares, corrió a la biblioteca para consultar a Debrett. En ese volumen desgastado, estudió las historias familiares con asiduidad, guardando el nombre y los antecedentes de cada uno de sus cónyuges en la memoria.

También había estado leyendo fielmente los informes parlamentarios en los dos periódicos principales para poder entender las discusiones políticas que seguramente ocurrirían.

Ella determinó la disposición de los asientos y una vez más revisó los menús con el cocinero. Los comerciantes de vinos habían traído cajas y cajas de los mejores vinos a un costo exorbitante, y ella había instruido a los lacayos qué vinos servir en cada plato. Había inspeccionado la mesa, seleccionado varias frutas de colores para exhibir en el magnífico centro de mesa de Aldridge, y había supervisado todos los arreglos florales.

—Su gracia, odio molestarlo, —dijo el ama de llaves mientras entraba en el comedor,

—Quería su opinión sobre un asunto menor.

Elizabeth se giró hacia ella y sonrió.

—¿Tú y su gracia no dijeron que estas cenas se convertirían en algo habitual?

—Sí, ese es el plan.

—Hay dificultades con el almacenamiento del vino. Solo hay una pequeña bodega, no lo suficientemente grande como para las cajas que ordenó para esta cena. Se me ocurrió que, con su permiso, podríamos almacenar las cajas en el gran armario del palacio adyacente a esta sala. También sería mucho más fácil para el lacayo.

—Ciertamente no tengo objeciones.

La señora Harrigan se dirigió hacia la puerta.

—Avisaré a Barrow que cuando llegue el vino, se almacenará en la cámara al lado del comedor.

Una vez que Elizabeth estuvo segura de que todo era perfecto, fue

a sus propias habitaciones para comenzar su baño. Media hora más tarde, escuchó a su esposo hablar con su ayuda de cámara, y minutos después, Philip entró en su habitación, pecaminosamente guapo con su vestido de noche de abrigo negro azabache con una camisa blanca nevada y pantalones de color paloma.

Su mirada se cernió sobre ella con lo que ella percibía como una aprobación sin discusión.

—Su selección es la perfección.

Entonces se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración, rezando por su aprobación de este nuevo vestido. Ella había encargado el vestido azul pálido de tela de telaraña especialmente para esta noche. Ella había elegido el azul porque Philip había dicho una vez que la favorecía de ese color porque resaltaba sus hermosos ojos.

—Gracias.

—Esperaba que te pusieras azul esta noche. —Luego abrió el estuche de terciopelo que agarró—. Mira, he traído el collar de zafiro.

Su pulso se aceleró cuando sintió el roce de su mano sobre su cuello desnudo. Una vez que se abrochó el collar, miró por su espejo. Nunca sería una belleza deslumbrante como Anna, pero Elizabeth estaba sumamente satisfecha con su apariencia, tanto que no le sorprendería escucharse a sí misma como hermosa. Porque ella era una belleza en esta noche.

Si tan solo Philip pensara eso.

Luego se levantó y se dio la vuelta, solicitando la aprobación de su marido.

—¿Debería hacerlo?

Su mirada penetrante la recorrió.

—Seré la envidia de todos los hombres en la mesa.

Aunque sabía que la esposa de su hermano la eclipsaría, nada de lo que su esposo podría haber dicho la hubiera complacido más. Ella le sonrió.

—Permíteme decir que seré la envidia de todas las mujeres en la mesa.

Bajaron las escaleras juntas, y Haverstock y Morgie, con sus esposas, acababan de llegar al pasillo de entrada cuando ella y Philip llegaron al último escalón. Se sorprendió por la hermosa pareja que hicieron Haverstock y Anna. ¿Qué hombre no quedaría hipnotizado por su belleza deslumbrante? La mirada de Elizabeth se dirigió a Philip para ver si él se sentiría atraído por Anna, pero su atención estaba totalmente centrada en Morgie.

Le ofreció una mano a Morgie.

—Estoy muy contento de saber que estarás de pie para el Parlamento y tan contento de verte a ti y a Lady Lydia aquí esta

noche. —Miró a la hermana mayor de Elizabeth y se inclinó.

Luego se volvió y le dio la bienvenida a su hermano.

—Dime, Haverstock, antes de que lleguen los demás, deben decirme si han tomado una decisión con respecto al aumento de impuestos propuesto.

Haverstock frunció el ceño.

El estómago de Elizabeth cayó. ¿Cómo podría soportarlo si su esposo y su hermano estaban en oposición?

—¿Cómo no puedo apoyar el aumento cuando mi mejor amigo es su defensor más acérrimo? —Haverstock finalmente dijo.

¡Pudo haber besado a su hermano!

Una gran sonrisa iluminó la cara de Philip.

—Estoy en deuda contigo.

—Eres más que un amigo, —dijo Haverstock—. Ahora eres mi hermano. —Su mirada se dirigió a Morgie—. Al igual que Morgie.

Los otros señores comenzaron a llegar, la mayoría de ellos con esposas regordetas vestidas con vestidos de moda. Ella y Philip comenzaron a circular entre los invitados, ofreciendo un cordial saludo antes de que todos se mudaran al salón.

Una vez que todos los invitados llegaron, entraron al comedor según la precedencia. El orgullo surgió dentro de ella cuando vio lo hermosa que se veía la habitación. Cientos de velas ardieron de tres enormes candelabros de cristal que colgaban sobre la larga mesa que estaba puesta para cuarenta.

—Esperaba ver a Lord Knolles aquí, —le dijo Lord Hathaway a Philip una vez que se sentaron.

—Dado que él me dejó tan clara su oposición, no lo invité. —Su esposo habló con calma, proyectando deliberadamente su voz para que pudiera ser escuchado tanto al pie de la mesa como a la cabeza.

—Esta noche era mi deseo reunir a esos señores que votan su convicción en lugar de complacer a un hombre que ha estado sentado en la Cámara de los Lores por más tiempo que la mayoría de nosotros hemos estado vivos.

Haverstock se aclaró la garganta.

—Hay espacio en el liderazgo para otros hombres, hombres más jóvenes de lealtad incuestionable a su país.

—De hecho, la hay, —dijo Philip—. Todo hombre en esta mesa esta noche es capaz algún día reemplazar Señor Knolles.

—No es que estemos abogando por la degradación del Lord Canciller, —dijo Haverstock—. Idealmente, nos gustaría continuar trabajando juntos para ganar esta guerra diabólica.

Elizabeth comenzó a pasar platos de langosta con mantequilla y pasteles de kneyney mientras uno de los lacayos llenaba cuencos con sopa de tortuga clara de la enorme sopera de la que salía el vapor.

Antes de que la conversación comenzara nuevamente, los asistentes continuaron llenando sus platos con comida adecuada para un rey.

—Estoy muy contenta de conocer finalmente a la duquesa de Aldridge, —dijo Lady Hickman. La mujer estaba sentada a cuatro lugares de distancia de Elizabeth, y parecía vagamente familiar, pero Elizabeth estaba segura de que nunca antes la había visto.

—Es un placer conocerte finalmente, Lady Hickman. Tu padre era el conde Desford, ¿no?

Los ojos de la mujer brillaron.

—Qué recuerdo tan notable tienes, tu gracia.

Elizabeth miró a la mujer que tenía el doble de su edad.

—Creo que te he visto en Almack.

—De hecho, lo hiciste. Creo que todos los ojos de Almack se fijaron en ti mientras bailabas con ese oficial excesivamente guapo la semana pasada, ¿o fue la semana anterior? La multitud estaba hablando positivamente sobre la bella duquesa de Aldridge y el oficial.

Elizabeth se hinchó de orgullo porque su belleza estaba siendo alabada. Su mirada se dirigió a su esposo. Había esperado disfrutar de su aprobación, pero él no podría haberla mirado con una mirada más repugnante.

Cuando miró por primera vez a la cabecera de la mesa, notó que Philip y Haverstock intercambiaban miradas curiosas. Su marido dirigió una mirada amenazante hacia ella.

lugar? ¿No había sido su pedigrí aristocrático su principal calificación para convertirse en su duquesa?

¿Por qué demonios se sentía Philip tan enojado? No era como si se hubieran casado por amor. No era como si él hubiera estado enamorado de ella o ella de él. Su matrimonio había sido más como un acuerdo comercial. No podía negar que había crecido un profundo afecto entre ellos, y la sola idea de que ella yacía debajo de él, sin aliento y saciado, fue suficiente para hacerlo gemir de anhelo.

En un sentido pervertido de auto tortura, pensó en ella acostada con ese maldito oficial. Una ira tan virulenta como un trueno lo atravesó. En ese momento pensó que posiblemente podría ser capaz de asesinar.

¿Qué demonios le había pasado? En toda su vida, Philip nunca había demostrado una inclinación celosa. ¡Y ahora estaba consumido por los celos hacia un hombre que nunca había conocido! ¡Más que eso, sus celos eran tan potentes que le gustaba la idea de matar a otro hombre!

Mientras estaba sentado sin palabras mientras Haverstock dirigía la conversación hacia la factura de impuestos, se le ocurrió una idea casi paralizante.

Estoy enamorado de mi esposa.

Buen señor, ¿qué iba a hacer al respecto? Admitir un amor unilateral estaba fuera de discusión. Un hombre, especialmente un duque, tenía su orgullo.

Aturdido, continuó sentado allí y llegó a otra conclusión: esta era la primera vez en sus treinta años que experimentaba lo que era estar enamorado.

¡Y no lo rechazó!

Preferiría desear la viruela a un amigo que desear que alguien experimente un anhelo tan intenso que borre la racionalidad, amenace la dignidad de un hombre y encienda un hambre insaciable.

Un pensamiento que lo envolvía le envió una sacudida de esperanza rasgueando a través de él. ¿Era posible que pudiera ganarse el amor de Elizabeth? Conquistar su corazón, si fuera posible, significaría que su posición en su vida necesitaba ser elevada. Como era ahora, solo tenía tiempo para Elizabeth cuando no había otras demandas sobre él. Esa no era forma de mostrarle a una esposa que la amaba.

Realmente, había insistido en que el deber estuviera primero, pero necesitaba demostrar que era tan importante para él como cualquier otro deber. No podía imaginar la vida sin ella. No después de conocer el placer de ser su esposo. ¿Llegaría el día en que él pudiera demostrarle lo querida que era para él?

Mientras sus invitados hablaban, él trató de decidir cuál de sus deberes podía descuidar temporalmente. Elizabeth merecía un esposo devoto que la acompañara a los bailes y al teatro. Quería ser el hombre sentado a su lado mientras conducían tranquilamente por Hyde Park. Quería mostrar a cada hombre en Londres que la encantadora duquesa de Aldridge le pertenecía. Especialmente quería mostrarle al maldito Capitán Smythe que Elizabeth era profundamente amada por el hombre con el que se había casado.

¿Alguna vez Philip se sentiría profundamente amado por la mujer con la que se había casado?

Tan pronto como él y Haverstock descifraran lo que llamaron el Código de los Pirineos, comenzaría a llevar a su esposa al parque. Seguramente romperían la cifra francesa cualquier día. Esa misma tarde, había descubierto una clave vital para desbloquear los planes de batalla franceses.

Si la cena de esta noche lograra lo que esperaba que lograra, ya no se sentiría obligado a asistir a todas las sesiones de la Cámara de los Lores. Entonces podría dedicar más atención a Elizabeth.

Finalmente reunió suficiente compostura para asegurarse de que las copas de vino de los que lo rodeaban se rellenaran, pero fue incapaz de dirigir una conversación inteligente hacia asuntos parlamentarios. No cuando se estaba recuperando de la fuerza de estas emociones desacostumbradas.

—Tengo una razón personal para querer ganar esta guerra de manera conveniente, —dijo Haverstock con su voz claramente escuchada por todos en la mesa. Su mirada se encontró con la de Lydia y luego con la de Elizabeth. —Nuestro hermano está sirviendo en la Península, y lo queremos en casa.

Elizabeth asintió con la cabeza.

—Su juventud ha sido sacrificada por nuestro país. —Su voz comenzó a quebrarse—. Rezamos para que su vida no sea sacrificada. —Respiró hondo, intentó calmar su voz y continuó—. ¿Cuántos de ustedes aquí en la mesa tienen un ser querido luchando contra los franceses?

Casi cada persona sentada allí solemnemente levantó una mano.

—Perdimos un hijo, —dijo Lord Danvers, con tristeza al mirar a su esposa.

Philip nunca había estado más orgulloso de su esposa. Su capacidad para aprovechar las emociones de estos hombres podría servir a su causa mucho más que cualquier súplica que él o Haverstock o el condenado Rothcomb-Smedley pudieran hacer.

Ahora, debido a que su esposa había allanado el camino, Philip podía continuar.

—Vamos a vencer a los franceses, pero necesitamos más

armamento, más soldados, más dinero. Por eso, mis respetados colegas, es por eso que es imperativo que adoptemos un aumento de impuestos.

—Si trae a nuestros hijos a casa, haré todo lo que esté a mi alcance para convencer a mi esposo de que apruebe esa ley, —dijo Lady Hickman—. Nuestros tres hijos menores están con Wellington.

Una docena de personas hablaron a la vez, la mayoría de ellas asintiendo de acuerdo con Lady Hickman.

Esta respuesta fue mejor de lo que podría haber esperado. Cuando se acabó la conversación y se volvió a dirigir la atención al jefe de la mesa, Philip dijo:

—Prometo que una vez que hayamos derrotado a los franceses, restauraremos el impuesto a su tasa actual.

Haverstock asintió con la cabeza.

—Lo que necesitamos es que cada uno de ustedes, distinguidos señores, ayude a unificar la Cámara de los Lores.

—Si cada uno de ustedes puede influir en un solo miembro que actualmente se opone al aumento de impuestos, —agregó Philip, con la mirada recorriendo la mesa, haciendo contacto visual con cada hombre—, podremos competir para poner fin a esta guerra.

Sus comentarios fueron recibidos con entusiasta aprobación. Miró hacia abajo de la mesa cuando Elizabeth levantó la vista y le ofreció una sonrisa amable. No pudo quitarle la mirada de encima. Ella poseía una belleza tan bella y delicada, y él la amaba tanto. Ella era la criatura más femenina que había conocido. A pesar de estas emociones paralizantes que ella provocó en él, estaba agradecido de haberse casado con ella. No había otra mujer en el reino que podría haber sido una mejor esposa. Y no había otra mujer en el universo que él pudiera amar tan poderosamente.

Se impacientó para que los invitados se fueran. Deseaba desesperadamente tomar a su esposa en sus brazos y con cada golpe de su carne de seda, cada beso compulsivo, cada susurro sin aliento demuestran su completo encanto. En sus treinta y treinta años, nunca había deseado tan cegadoramente a una mujer como ansiaba a Elizabeth esta noche.

Estaba feliz cuando se sirvieron los dulces. Ni siquiera se opuso cuando la conversación se dirigió a otros asuntos no parlamentarios. Estaba feliz de que la cena estuviera llegando a su fin, feliz de que su misión hubiera tenido éxito, en gran parte debido a los esfuerzos de su esposa. Pronto serían solo él y Elizabeth. Pronto podrían estar solos. Pronto, sería capaz de satisfacer su necesidad.

Después de que los demás se fueron, Haverstock y Morgie y sus respectivas esposas se quedaron para discutir el éxito de la noche. Lydia habló primero.

—Ustedes, señores, deberían estar muy satisfechos con ustedes mismos. Diría que tuvieron mucho éxito.

Morgie asintió con la cabeza.

—Calculo que un aumento del uno por ciento en mi impuesto podría pagar los salarios de un año por un regimiento. He estado revisando los registros en la Oficina de Guerra, gracias a Lord Palmerston. Quiero estar bien informado durante mi campaña electoral.

Philip siempre se maravilló de lo comprensivo que era su amigo Morgie. Cuando se trataba de dinero y números, el hombre era brillante.

—Estaremos muy felices de tener su voz en la Cámara de los Comunes.

Morgie sacudió la cabeza.

—Oh, no escucharás mi voz allí. —Él se estremeció.

—Pero, querido, —dijo Lydia—, tendrás que dar discursos durante su campaña electoral.

—Pero todos trataremos de venir y brindar apoyo moral, —dijo Anna.

La mirada de Philip se dirigió a Elizabeth. Tenía todo el derecho de estar orgullosa del éxito de su cena, pero era demasiado modesta para jactarse de ello.

—Deseo agradecer a mi esposa por todo el trabajo que hizo en la fiesta de esta noche. —Su voz se suavizó—. Todo fue perfecto. Tú fuiste perfecta. —Quería decir: —Mi amor, pero las palabras quedaron atrapadas en su garganta.

—Estaba muy orgulloso de mi hermana, dijo Haverstock.

—Fue su simple pregunta lo que hizo más para influir en esos hombres que mil de nuestras palabras.

—Fue brillante, —dijo Anna—, además de exitosa por su sinceridad.

Una mirada melancólica cruzó el rostro de Elizabeth.

—Quiero que James esté en casa. Se fue hace cinco largos años. Cada chica que alguna vez imaginó se ha casado con otro.

—Es lo mismo con nuestros dos hermanos que están en España, —dijo solemnemente Clair.

—Es muy triste, —estuvo de acuerdo Lydia. Luego miró a Morgie —. Ven, querido amor. Necesito ir a alimentar a nuestro angelito.

Nuestro angelito. Una vez más, Philip estaba celoso. Si tan solo él y Elizabeth pudieran tener un hijo.

Barrow se acercó al duque y la duquesa de Aldridge, sosteniendo una bandeja de plata en la que reposaba una carta y mirando al duque.

—Su gracia dijo que no debías molestarte durante la cena. Esto vino mientras estabas comiendo. —Le entregó una carta a Philip.

Una mirada confirmó la letra de Angelina. ¡Maldita sea la mujer! Dirigió una suave sonrisa a su esposa.

—Permíteme entrar en la biblioteca y leer esto.

Ella asintió, luego se dio la vuelta y se despidió de sus hermanos cuando partieron.

Cerró la puerta de la biblioteca y abrió la carta. Mientras leía, la rabia lo desgarró.

Amore mio,

Si deseas guardar el oscuro secreto de tu hermana, debes venir a verme esta noche al Chiswick.

Eternamente tuya,

Angelina

Arrugó el papel en sus puños y lo arrojó al fuego.

Sarah! ¿Cómo se enteró la Condesa de ese miserable asunto? Deseó nunca haber conocido a Angelina Savatini, Incluso más que eso, deseó que Sarah nunca hubiera conocido a ese infeliz vizconde Morton, que terminó huyendo del continente en lugar de enfrentar la ira del duque de Aldridge.

Durante los últimos cinco años Sarah se había instalado en un matrimonio feliz con el hombre bueno que se había ofrecido a ella ya su hijo no nacido -su nombre. Todos ellos habían sido engañados con la creencia de que nadie se enteraría de la indiscreción juvenil que le había robado su inocencia.

No podía permitir que Angelina Savatini destruyera la vida de Sarah y la de sus tres hijos.

Aunque cada célula de su cuerpo palpitaba de deseo por su esposa, debe poner todo por encima de la satisfacción personal. Tenía que ir a ver a Angelina Savatini.

Elizabeth obviamente podía juzgar por su expresión atronadora cuando él salió de la cámara que la carta había traído noticias desagradables.

—¿Qué pasa?

—Ha surgido una situación que exige mi atención inmediata.

Se le cayó la cara.

—Tenía tantas ganas de que estuviéramos solos tú y yo esta noche. He estado deseando hablar contigo.

Su solemne mirada la recorrió con agonía. Quería decirle cuán poderosamente la anhelaba, pero no podía permitirse el lujo. Sus

labios eran una línea firme.

—Lo siento.

Como si hubiera estado sosteniendo una víbora, Elizabeth no podría haber sido tan repulsiva como en ese momento. Angelina Savatini ha venido a Londres.

El temor que la había invadido un momento antes ahora se estrelló contra ella como el proyectil de una catapulta gigante. La felicidad que había conocido momentos antes fue completamente destruida.

Con manos temblorosas, arrojó el papel quemado a las brasas moribundas y salió de la biblioteca. Aunque no tenía corazón para ir a su habitación, ese lugar donde había experimentado su mayor felicidad, subió las escaleras.

Esta noche dormiría en su cama fría mientras Philip hacía el amor con la Condesa Savatini en el Hotel Chiswick.

* * *

—Y te volverás loco cuando revele los feos secretos de tu hermana a los periódicos ingleses.

Su ira ardiente lo quemó por dentro. Sabía sobre la vergüenza de Sarah.

—¿Cómo puedes saber algo escandaloso sobre mi hermana?

—El vizconde Morton era mi amante antes que tú. Lo eché a un lado cuando se jactó de la ruina de tu hermana. Era un hombre malvado. —Su voz se suavizó—. Sabes que no soy malvada. No quiero lastimar a tu hermana. Todo lo que quiero es amarte.

—¿Por qué querrías a un hombre que ama a otra mujer?

— Eres un recién casado. Los asuntos del corazón siempre son más intensos al principio, luego mueren. Entonces, amore mio, tú me vas a preferir a mi antes que a la mujer con la que te casaste. Soy yo y solo yo la única que realmente te comprende y quiere estar contigo.

Sacudió la cabeza.

—No puedes obligar a alguien a amarte, Angelina.

—No creo que deba hacerlo. Creo que, si te permites estar conmigo, aquí en tu ciudad, volverás a amarme otra vez. Sé que no puedo ser tu esposa, pero estaré contenta con ser tu amante. Como los éramos antes.

—Se acabó, Angelina.

La ira brilló en sus ojos oscuros.

— No vine a tu frio país para ser rechazada. Solo pido que me permitas pasar tiempo contigo. Entonces, sé que puedo recuperar tu corazón.

Sabía que si se acostaba con ella ahora podía aplacar sus demandas, pero la sola idea de acostarse con ella, le causaba repulsión.

Su mente estaba tan retorcida que tenía dificultades para entender qué era lo que ella le pedía.

—Dime que quieres.

—Quiero que conduzcas conmigo en Hyde Park. Quiero que bailes conmigo en el baile de Lady Wentworths la próxima semana. Quiero que todo Londres crea que todavía somos amantes.

—¿Por qué? ¿Por qué te importa lo que piense la gente en Londres?

—No me importa. Pero una vez que todo Londres crea que somos amantes, la noticia llegará a tu bella duquesa. —Sus ojos oscuros brillaban con puro mal—. Me refiero a, destruir tu matrimonio.

Una rápida y ardiente ola de ira rodó sobre él. ¡Cómo odiaba a esta mujer! Ella quería destruir lo que más le importaba.

Se calmó para hablar.

—Lo que me pides es imposible. Mis funciones en el Ministerio de Defensa y en el Parlamento me obligan desde siempre estar con mi propia esposa. —Él se detuvo y la miró con odio desenmascarado

—. No conozco a ningún compañero en toda Inglaterra que maneje en el parque con su amante. Ese no es nuestra costumbre en este país. No humillamos públicamente a nuestras esposas.

—Una lástima. Aunque aparentemente no es lo mismo con las doncellas inglesas. Tu hermana Sarah sin duda desafió las costumbres cuando permitió que el vizconde Morton la llevara con un hijo.

La ira explotó dentro de él. Si Morton estuviera en esta habitación en este momento, Philip lo enviaría felizmente a los fuegos del infierno donde pertenecía.

En estos cinco años, Philip había pensado que ese feo asunto había quedado en el olvido. Siempre estaría agradecido con el devoto Tremayne, que había excusado la grave indiscreción de Sarah y se había casado con ella después de que Morton la dejara de lado. Gracias a Dios que había llegado a amar al buen hombre que era su esposo. El suyo se había convertido en un matrimonio extremadamente feliz.

Philip no dejaría que estos monstruos destruyeran a la familia de Sarah y Tremayne. Debe pensar en una forma de deshacerse de la Condesa mientras conserva el buen nombre de Sarah. Por ahora, necesitaba apaciguar a la Condesa.

Respiró hondo.

—Como lo que quieres es que mi esposa crea que tú y yo somos amantes, tengo una propuesta que creo que podría satisfacerte.

Ella levantó una ceja.

—Muévete a Pulteney y comienza a mezclarte en la Sociedad. Me aseguraré de que todos los días el coche que lleva la insignia del Duque de Aldridge esté estacionado frente a Pulteney.

Sus ojos se entrecerraron.

—Un plan excelente. ¡Estaré contigo todos los días!

—Nunca dije que estaría en el Pulteney, —espetó venenosamente.

—Pero...

—Dentro de una semana, mi esposa habrá escuchado que somos amantes. ¿No es eso lo que quieres? —Dios, pero esto fue doloroso. Menos de dos horas antes, estaba planeando con entusiasmo una estrategia para ganarse el amor de su esposa.

Ahora estaba enterrando todas las esperanzas de conseguirlo.

Irrumpió en la puerta de la cámara de la Condesa y se fue.

* * *

Guerra a la mañana siguiente, despertó a Philip, que se había quedado dormido en su propio escritorio a altas horas de la madrugada.

—¿Qué diablos? —Haverstock gritó—. ¡No me digas que dormiste aquí!

Philip abrió un solo ojo. Hizo una mueca y levantó lentamente la cabeza para mirar a su amigo más viejo. Nadie lo conocía mejor que Haverstock, pero ni siquiera Haverstock podía saber sobre la vergüenza de Sarah. Philip llevaría su secreto a su tumba.

—¿Quieres que te envíe por tu ayuda de cámara?

El primer pensamiento de Philip fue que debería enviar una nota a su esposa. Ella podría pensar que él había sido atacado por asesinos. Luego se desplomó. Era mejor mantenerla en la oscuridad. Para que la miserable Condesa esté satisfecha, Elizabeth debe creer que Philip y la mujer italiana eran amantes.

Había pasado las primeras dos horas después de dejar a la Condesa tratando de idear un plan para salir de la trampa de la mujer malvada, pero no se había presentado ninguna solución.

Por alguna razón peculiar, había pensado venir aquí anoche para dilucidar el código francés indescifrable.

—Sí, envíe a alguien a llamar a mi ayuda de cámara. Puede traer ropa fresca y asegúrese de pedirle que traiga implementos de afeitar.

Haverstock llamó a un empleado y, cuando llegó el joven, lo envió a Aldridge House con las instrucciones de Philip. Luego se enfrentó a Philip, frunciendo el ceño.

—¿Cómo diablos llegaste aquí anoche?

—El portero nocturno me dejó entrar. Luego tuvimos que encender velas para ayudarme a entrar... — Philip se enderezó y escaneó la parte superior de su escritorio donde estaban esparcidas copias del Código de los Pirineos—. Examinando nuestra cifra misteriosa.

Haverstock frunció el ceño.

—Podrías haber hecho eso desde Aldridge House. Conoces cada palabra de ese documento y también los nombres de cada uno de tus hermanos.

Philip asintió abatido.

—Sí, lo sé.

La expresión de Haverstock se suavizó.

—¿Tu y mi hermana tuvieron un desacuerdo? Ustedes dos se veían tan felices anoche. De hecho, Anna comentó sobre cuánto se enamoraron ustedes dos.

Era como si un estoque se retorciera en su corazón. El recuerdo todavía era palpable de ver a su adorada esposa anoche y de la creciente comprensión de cuán poderosamente la amaba. Daría todo lo que poseía para poder sostener a Elizabeth en sus brazos, para tener la oportunidad de ganarse su amor. Pero ese placer debe ser negado

mientras Angelina ejerza sus demandas como un general trastornado.

Si no satisface a Angelina Savatini, las vidas de Sarah, Tremayne y sus inocentes hijos serían destruidas.

Esta fue quizás la única vez en su vida que Philip no podía ser honesto con Haverstock. Mejor dejarlo pensar que Philip y Elizabeth habían discutido. Podría ser útil explicar el alejamiento del que seguramente se enteraría todo Londres en la próxima semana. Él se encogió de hombros.

La mirada de Haverstock se dirigió a la pila de papeles desmoronados con palabras en francés tachadas.

—¿Tuviste suerte anoche con el Código de los Pirineos?

Frunciendo el ceño, Philip sacudió la cabeza.

—Al menos la cena de anoche fue exitosa. Diría que muy exitosa.

Es curioso, una semana antes, incluso un día antes, habría dicho que su deber era lo más importante en su vida. El bien común. Ahora el sangriento aumento de impuestos y el bien mayor no significaban nada sin la mujer que amaba. Si tan solo hubiera podido hacerle saber a Elizabeth cuánto significaba para él, cuán profundamente la amaba.

Ahora esos lazos estaban siendo destruidos para satisfacer a una mujer loca.

Ya nada en su vida parecía importante. Nada excepto Elizabeth.

Una vez que ella creyera que él y Angelina eran amantes, ¿recurriría al Capitán Smythe?

* * *

Pero ahora ya era demasiado tarde.

Parecía que su vida había terminado a pesar de que solo tenía veintiún años.

Luego, muchas horas después, se dio cuenta de que en Trent Square tenía algo por lo que vivir, y después de la guerra, trabajando para conseguir las pensiones de las viudas.

Una vez que entendió que su esposo no iba a volver a casa, supo que no podría discutir con él la situación con Abraham. Ella había querido pedirle permiso para permitir que el lacayo capaz se mudara a Trent Square y expandiera sus deberes allí. Eso significaría que tendría que ser reemplazado en Aldridge House. Ella no se sentía bien al tomar esa decisión sin consultar a su esposo.

Entonces la situación se aclaró a ella. Soy la duquesa de Aldridge. Como duquesa, a partir de entonces sería responsable de las decisiones relacionadas con el personal del hogar.

Una vez que se vistió para el día, bajó las escaleras y se dirigió a Abraham, que estaba en el pasillo de entrada.

—¿Puedo hablar en privado contigo?

Sus ojos verdes se abrieron.

—Por supuesto, su gracia.

Ella fue a la biblioteca. Él la siguió, luego ella cerró la puerta.

—He decidido, si no te opones, que necesitas tener una residencia permanente en el número 7 de Trent Square. Lo que se necesita es un hombre de muchos talentos, y creo que eres ese hombre. Pero si no lo haces...

Él interrumpió.

—Sería un honor para mí ir allí. ¿De verdad crees que tengo muchos talentos?

Ella asintió.

—Primero, me gustaría que Barrow te entrene en las diversas tareas que uno debe emprender cuando uno es responsable del funcionamiento de una casa.

Sus cejas se elevaron.

—¿Quieres decir que podría ser como un sirviente superior? —No pudo reprimir una sonrisa.

—Después de que Barrow te entrene.

—Haré todo lo que esté en mi poder, su gracia, para demostrar que merezco su confianza.

—Hablaré con Barrow, y puedes comenzar a trabajar con él después de que regresemos de Trent Square esta tarde.

* * *

—¿Crees que estoy enamorada de tu primo?

—Muy posiblemente.

—No tengo experiencia en tales asuntos, pero le aseguro que no hay forma de que pueda declararle esos sentimientos al señor Rothcomb-Smedley.

—Solo recuerda que puede ser reacio a mostrarte afecto porque eres la hija de un duque con una dote atractiva, y él es un hijo menor sin título y con poco dinero. Es muy probable que piense que estás por encima de su toque.

—¡Oh, querido! Seguramente no podría pensar eso. Por qué, él está ... —La voz de Clair se suavizó—. Se merece una princesa.

Finalmente, algo para hacer sonreír a Elizabeth.

Mientras el carruaje de la duquesa cabalgaba por Piccadilly hacia Berkeley Square, vio al carruaje de su esposo.

Estaba frente al Hotel Pulteney.

hoy.

Se puso de pie y se estiró. Le dolía la espalda por inclinarse sobre su escritorio todo el día. Su cabeza todavía palpitaba por la bebida excesiva de la noche anterior. Y estaba agotado.

—Voy a tirar esto en tus manos capaces. Estoy azotado.

Su amigo lo miró y él asintió sombríamente.

En el pavimento de abajo, Philip convocó a un bandido que pasaba cuando estaba seguro de que nadie que conocía estaba mirando. Hizo que el coche de alquiler lo dejara caer cerca de la puerta trasera del Hotel Pulteney, luego se abrió paso por el opulento vestíbulo del hotel y salió por la puerta principal, donde se subió a su entrenador ducal que había estado allí toda la tarde.

Otros podrían creer que había pasado el día con la Condesa, pero él se negó a mirarla.

Cuando su entrenador conducía junto a Hyde Park, se preguntó si Elizabeth iba allí con su prima. O peor. ¿Podría estar con el capitán Smythe? La sola idea fue como una patada rápida en sus entrañas.

¿Por qué no recurriría a su antiguo amante? Su propio esposo nunca le había mostrado que ella le importaba. Luego, anoche, esa noche Philip había querido con tanta ansia mostrarle cuán profundamente la amaba, sus acciones no podrían haber sido más groseras.

¿Qué iba a pensar ella cuando la abandonó inmediatamente después de la cena? ¿Y cuándo nunca volvió a casa? Ella llegaría a creer exactamente lo que Angelina Savatini quería que creyera.

Elizabeth tenía todo el derecho de huir a los brazos del Capitán.

La pena era que no había nada que él pudiera hacer para defender su caso. No mientras esa italiana del mal tenía el poder de destruir a su hermana. Una vez le había prometido a Sarah que nunca revelara su secreto. No podía hacerlo incluso con su esposa.

Lo único que le quedaba a Philip era su palabra.

* * *

—Sí, su gracia.

—Me reuniré con él en el salón.

Un momento después, ella y Richie se saludaron en la enorme cámara llena de luz que estaba amueblada en el estilo francés formal con una abundancia de dorado, seda y espejos ornamentados.

—¿No te sientas? —Se volvió y se sentó en un sofá cubierto de seda azul pálido.

Se sentó frente a ella, la luz del sol golpeando sus ojos claros.

—¿No recibiste mi mensaje? —preguntó ella.

—De hecho, lo hice. Me gustaría una explicación. Primero fui excluido de la cena. Ahora esto. ¿Cuál es el problema?

—Oh, querido. No hay problema. Es mejor que evite posibles especulaciones escandalosas sobre mi relación con usted. Debería viajar con mi propio esposo en lugar de con mi primo.

Él comenzó a decir algo, luego cerró los labios y la miró con tristeza.

¿Sabía lo de la Condesa Savatini? ¿Todo Londres lo sabía? ¿Richie se compadeció de Elizabeth? Sabía que su primo era demasiado caballero para revelar las infidelidades de su marido.

Porque Elizabeth ahora estaba segura de que su esposo había reanudado su aventura con la Condesa. Desde esa noche había recibido la carta de la noble italiana, Philip había evitado a la mujer con la que se había casado.

—Por supuesto. Fue insensible de mi parte acumular tanto tiempo de una novia. —Se puso de pie y miró hacia abajo en ella con otra mirada compasiva—. Perderé la oportunidad de hablar sobre el gobierno con Lady Clair.

—Ella es perfectamente capaz de conducir en el parque sin mí.

Sus ojos se abrieron.

—¿Te opondrías si le preguntara?

—Por supuesto no.

—Creo que una mujer como ella estaría apartando a las personas que llaman. ¿Crees que consideraría conducir conmigo?

—La única forma en que un hombre puede impresionar a Clair es con inteligencia. Diría que puedes cumplir ese requisito con la mayor habilidad.

—Pero ella es la hija de un duque.

—Y tú, mi querido primo, serás primer ministro.

* * *

—Escuché que la cena del viernes por la noche fue un éxito rotundo. Debes contarme todo al respecto.

Philip se sentó en el sofá junto a su esposa.

—No podría haber estado más satisfecho. Sin embargo, tal éxito no podría haberse logrado sin la considerable ayuda que recibí de Haverstock y... —Se giró hacia Elizabeth—. Mi esposa. Eres brillante.

Sus cejas se arquearon.

—¿Te refieres al menú y la mesa?

—No hace falta decir que cada detalle, cada oferta era la perfección, pero a lo que me refiero es a su capacidad de aprovechar las emociones de los invitados.

—¿Emociones? —Rothcomb-Smedley parecía perplejo.

—Sí. Mi esposa pidió que levantaran las manos sobre cuántos seres queridos luchaban contra los franceses. Todos los hombres y mujeres en la mesa respondieron afirmativamente.

Rothcomb-Smedley le sonrió a su primo.

—Eso fue brillante.

Philip se dirigió a ella.

—¿No pensaste que todos los señores salieron de nuestra casa esa noche con la intención de apoyar un aumento de impuestos?

—Esa fue sin duda mi impresión.

Rothcomb-Smedley observó Elizabeth con una mirada de admiración.

—¡Bravo!

—Todo el estado de ánimo en la Cámara de los Lores ha cambiado. Los hombres desafían la autoridad absoluta de Lord Knolles.

—Has estado haciendo un buen trabajo, —dijo Rothcomb-Smedley a Philip.

Al menos Philip tenía algo de lo que estar orgulloso.

—Para cambiar el tema de la conversación, —dijo Philip a su esposa—, ¿Puedes explicarme por qué Barrow dice que mañana tendremos cerdos corriendo por la calle en nuestra casa?

Sus ojos se agrandaron.

—No puedo, pero te aseguro que esta es la primera vez que oigo hablar de los cerdos en Aldridge House. —Entonces ella comenzó a reírse.

Philip asintió con la cabeza.

—Uno de nosotros debería hablar con la Sra. Harrigan al respecto. Barrow la culpa por los cerdos. —Philip suspiró —. Realmente debemos llegar al fondo de esto porque el pobre Barrow está fuera de sí con pena. Piensa que estamos convirtiendo nuestra casa en sucios cerdos.

—Lo haré, mi querido.

Se acomodó, cambiando su mirada de Elizabeth a Rothcomb-

Smedley

—Entonces, ¿han estado ustedes dos en el parque?

—No. Tu esposa ya no desea mi compañía.

Completamente perplejo, Philip se dio la vuelta para mirarla.

Ella se encogió de hombros, pero obviamente no quería discutirlo delante de su primo.

Deseaba desesperadamente continuar con esas conversaciones íntimas con su esposa. Pero no en la actualidad. ¿Y si ella le preguntaba sobre la Condesa? ¿Cómo podría incluso tratar de articular esa situación sin contarle ese oscuro secreto que había prometido nunca revelar?

¿Cuánto tiempo antes de que Angelina entendiera que nunca volvería con ella? Le deseaba a Dios que nunca había abandonado Inglaterra hace cinco años, le deseaba a Dios que nunca hubiera sucumbido a las formas seductoras de la Condesa.

—¿Cómo va el cifrado? —Rothcomb-Smedley preguntó. El hombre lo sabía todo y a todos los que tenían una función en el gobierno.

Se volvió hacia Rothcomb-Smedley.

—Hicimos un progreso considerable hoy. Siento que estamos muy cerca. De hecho, tan pronto como tome una siesta, planeo regresar a Whitehall. Puedo pasar toda la noche tratando de decodificarlo.

La cara de Rothcomb-Smedley era inescrutable mientras lo miraba. Miró escéptico a Philip, como si no creyera que el Ministerio de Asuntos Exteriores fuera el destino de Philip esa noche. Rothcomb-Smedley estaba llegando a creer lo que el demonio quería que todos creyeran: que Philip estaría en sus brazos esa noche.

Philip se puso de pie.

—Si me disculpa, me dirigiré a mi habitación por unas horas para refrescarme para el tedioso trabajo de la noche. —Se inclinó, sus labios rozaron la sedosa mejilla de Elizabeth.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? — ella preguntó dulcemente.

Si tan solo pudiera decirle lo que había en su corazón. Abrázame en tus brazos... —Envía al capitán Smythe de regreso a España. Ámame como te amo. Pero no pudo decir ninguna de esas cosas—. No. —Comenzó a alejarse, luego se volvió—. Pero gracias.

Cuando llegó a la puerta de la cámara, se volvió y sonrió esta vez.

—Buenos días, señor Rotten-Smedley. —Luego se fue.

—¿Qué diablos? —Preguntó el otro hombre.

Los ojos de Elizabeth brillaron de alegría.

—Permítanme explicar...

* * *

luz del día.

—Un hombre menos concienzudo lo hubiera hecho, pero Abraham se toma muy en serio sus nuevos deberes. Me dijo que su mayordomo le está enseñando cómo administrar un hogar. —Las pestañas de la señora Hudson bajaron—. ¿Te atreves, esperamos que eso signifique que puedes permitir que venga a nosotros todos los días?

—¿No te lo dijo?

—¿Decirme qué?

—He decidido que ustedes, damas, necesitan un hombre aquí en todo momento, y Abraham ha consentido en ser ese hombre.

Una gran sonrisa apareció en la cara de la señora Hudson.

—Es una noticia feliz, de hecho. No puedo transmitirles lo endeudados que estamos todos con usted y su familia.

Fueron escenas como esta las que alejaron la melancolía de Elizabeth.

—Ustedes, damas y sus dulces hijos, nos han traído a mis hermanas y a mí una gran alegría.

Antes de llegar a la sala de música, el golpeteo de las teclas del piano por manos pequeñas y torpes llenó toda la segunda historia con un sonido que estaba en algún lugar entre la música y la molestia.

—Me pregunto por qué Abraham no te ha contado sobre sus nuevos deberes inminentes.

—Es un hombre muy modesto. Me atrevo a decir que tenía miedo de no poder cumplir con sus nuevos deberes.

Elizabeth se echó a reír. El talento de ese compañero se desperdiciaba en su trabajo como lacayo.

—Espero que tengas razón.

—Todo lo que hace, lo hace bien.

—Lo sé. Ahora, Sra. Hudson, debe ayudarme a encontrar un título para él que se ajuste a sus nuevos deberes.

Se asomaron por la puerta y vieron cómo Louisa observaba atentamente la partitura e intentaba transferir las notas a sus pequeños dedos. Elizabeth miró de madre a hija. La mirada de amor en los ojos de la señora Hudson era palpable.

—¿Qué piensa, su gracia, —dijo la Sra. Hudson un momento después—, sobre llamarlo mayordomo de la casa?

—¡Eso es brillante! Supongo, también, que prescindiremos de Abraham en favor de su apellido. ¿Sabes cuál es?

—Sí, solo porque ha estado practicando escribirlo tanto en guion como en letra impresa. —La voz de la señora Hudson bajó—. ¡Aunque voy a poseer, su escritura tiene un largo camino por recorrer antes de que pueda presumir de ello!

Elizabeth se rio entre dientes.

—¿Cuál es su apellido?

—Es Carter.

Elizabeth cantó el nombre dos veces.

—¿No crees que suena muy bien para un administrador de la casa?

—De hecho, sí. Qué amable es que el duque permita este nuevo gasto.

La señora Hudson no necesita saber que Elizabeth y el duque nunca lo habían discutido. Nunca más discutieron nada. ¿Cómo podían hacerlo cuando él solo estaba en casa cuando su esposa estaba presumiblemente dormida?

Después de abandonar Trent Square, las hermanas y Elizabeth regresaron a Berkeley Square en el autocar de la duquesa. Una vez más, el entrenador del duque estaba frente al Hotel Pulteney en Piccadilly. De repente se hizo claro para Elizabeth que la Condesa debía haberse mudado del Chiswick al Pulteney.

También le quedó claro que, si Philip estaba allí cada día, todo Londres lo sabía. Todo Londres sabía que estaba enamorado de la Condesa Savatini. Sintió como si acabaran de anunciar la muerte de un ser querido. En cierto modo, fue como una muerte. Era la muerte de todas sus esperanzas, el final de su matrimonio como lo había conocido.

Miró a Clair en el asiento opuesto. Clair se destacó por su honestidad inherente, incluso cuando la verdad puede ser dolorosa. Vio que Clair también había visto al entrenador de su hermano, pero no dijo nada.

—Te ruego que me digas la verdad, —le dijo Elizabeth con voz grave—. ¿Se queda la Condesa Savatini en el Pulteney?

El semblante de Clair se suavizó cuando le lanzó a Elizabeth una mirada compasiva y asintió sombríamente.

—Lo siento mucho.

* * *

día. Necesitaban actuar sobre la información recién descubierta. Cruzó la cámara y cruzó la puerta que conectaba sus oficinas.

Haverstock levantó la vista. Aunque era moreno y su hermana era justa, había algo en su boca que se parecía a la de Elizabeth. Pequeñas observaciones como esa tenían el poder de tocar los hilos del corazón que Philip no sabía que poseía.

—¿Alguna novedad? —preguntó Haverstock.

Philip asintió con la cabeza.

—De hecho, creo que he logrado resolver todo el maldito acertijo.

Con los ojos en blanco, Haverstock se puso de pie de un salto, arrebató el papel que sostenía Philip y comenzó a leer.

Quizás Philip era capaz de experimentar emociones después de todo. Mientras estaba parado allí mientras Haverstock leía, el orgullo se hinchó dentro de él, y cuando Haverstock levantó la vista, la admiración y el júbilo brillaban en su rostro, Philip no pudo reprimir su abrumador sentimiento de logro.

—¡Esto es brillante!

—Hubiera sido realmente brillante si lo hubiera resuelto el primer día. ¿Has olvidado cuántas horas nos ha tomado?

Haverstock continuó estudiándolo.

—Hemos notificado a la Oficina de Guerra sobre la ubicación de los diversos correos franceses. ¿Te dije que ya los capturaron a cada uno de ellos?

—No, y no es que no nos veamos todos los días.

—Lo siento, viejo amigo. Teníamos hombres vestidos con uniformes franceses para sacarlos. Quería decírtelo ayer.

Pero Haverstock obviamente se había distraído ayer después de ver al entrenador de Aldridge en el Pulteney mientras su dueño estaba instalado en Whitehall. Siendo el abogado de su hermana, había exigido una explicación de Philip.

A Philip le había resultado extremadamente difícil retener información de su viejo amigo, pero se negó a divulgar cualquier parte de la verdad.

—A la mujer italiana le agrada, —era todo lo que Philip tendría.

—Es una forma lamentable de tratar a tu esposa.

—Créeme cuando digo que nada podría lastimarme más que infligir dolor a Elizabeth.

Haverstock lo miró con recelo y luego dejó el tema.

—Debemos llevar esta información sobre los movimientos de tropas inmediatamente al duque de York.

—Exactamente lo que esperaba que dijeras. Sugeriría enviar batallones para interceptarlos antes de que lleguen a España.

— Si no podemos atacar este flanco antes de que llegue a nuestras tropas, estaremos seriamente superados en número y dominados.

Haverstock volvió a mirar a su cuñado.

—Su país está profundamente endeudado. Bien hecho.

—Gracias.

Haverstock se dirigió hacia el corredor.

—¿Quieres venir conmigo a ver al duque?

Philip frunció el ceño.

—No, tengo correspondencia que exige mi atención.

No le diría a Haverstock que la correspondencia era una carta de la Condesa. La furia todavía lo golpeó y le dijo que lo había rastreado hasta este edificio y que tenía la ofensiva de que su sirviente entregara su carta aquí. Su ira era tan intensa que se había negado a abrirla.

Ahora que su trabajo aquí estaba temporalmente terminado, se sentía como un pájaro enjaulado. Cuánto anhelaba correr a Berkeley Square y ver a Elizabeth, pero la malvada estaba logrando destruir su matrimonio.

Debe dejar en claro a la Condesa que no importa lo que ella haya hecho, nunca la querrá. De vuelta en su escritorio, miró la carta y finalmente la abrió.

Amore Mio,

Esta noche es el baile de los Wentworth. Bailarás conmigo. De lo contrario, se revelaría a los periódicos que nadie en su familia desearía verlo.

Perdona mi crueldad. Es solo que te amo más apasionadamente.

Tu angelina

Una ira como nada que él hubiera conocido surgió a través de él. Si la Condesa muriera mañana, no sentiría ni una pizca de remordimiento. Si ella muriera por su propia mano, una noción atractiva, él no sería mejor que ella, malvada, ciertamente no un hombre digno de Elizabeth.

Más que nada, deseaba ser digno de la buena mujer con la que se había casado.

Ahora solo esperaba ante Dios que Elizabeth no fuera a los Wentworth esta noche.

* * *

cambiaba de ropa, se dio cuenta de que su esposa también se estaba vistiendo para pasar la noche en la cámara contigua. ¿Se atrevería a permitirse el placer de cenar con ella? Puede ser difícil concentrarse en comer cuando el deseo de beber en su hermosura era tan fuerte.

Una vez que Lawford terminó con la inspección final del abrigo negro como la tinta de su amo contra la corbata almidonada y nevada, Philip no pudo evitar entrar a su habitación. Se quedó allí por un momento, mirándola sentarse en su tocador ante un espejo ornamentado en el que podía ver su rostro. Su doncella balbuceó mientras peinaba el cabello dorado de Elizabeth. Qué hermosa se veía con el vestido azul plateado de esta noche. Cuán desesperadamente quería tomarla en sus brazos. Su corazón se aceleró, su respiración se acortó.

De repente, se dio cuenta de que ella lo estaba mirando a través del reflejo del espejo, y se sintió como un joven Eton tomando conciencia de su primer amor. Esta mujer, su esposa, realmente fue su primer amor.

—Te ves preciosa, querida. —Su suave voz sonaba extraña a sus propios oídos.

—Gracias. —Ella se volvió para ofrecerle una sonrisa—. ¿Me has traído zafiros, tu gracia?

Se golpeó la frente. Había estado tan impaciente por contemplarla que lo había olvidado por completo.

—Permíteme buscarlos.

Cuando regresó a la cámara un momento después, la criada había sido despedida. Se abrochó el collar de zafiro con manos temblorosas. Luego su cabeza se inclinó mientras mordisqueaba su cuello de seda.

Llamaron a la puerta y Clair entró en la habitación. Ella se detuvo y lo miró por debajo de las cejas bajas.

—Te has comportado como un extraño. —No había afecto en la voz de su hermana. Sin duda creía exactamente lo que la Condesa quería que todos creyeran.

—Tu hermano tiene muchos deberes importantes que le impiden estar en casa, —defendió Elizabeth.

Clair todavía lo fulminó con la mirada.

—Entonces, Aldridge, ¿vendrás con nosotros esta noche al baile de los Wentworth?

su esposa ni la de Sarah.

Porque había decidido que bailaría con la Condesa Savatini en presencia de su esposa. Después bailó con Elizabeth y cada una de sus hermanas. Afortunadamente, para cuando bailara con Angelina, podría parecer que ella era solo otra conocida.

Excepto, se dijo a sí mismo, todo Londres creería lo que el demonio quería que creyeran.

* * *

aceleraron. Aunque se había recuperado rápidamente, recordó la expresión de sorpresa en el rostro de Philip en el momento en que se enteró de que vendría aquí esta noche. ¿Había vuelto a casa para cambiarse por la noche para encontrarse con la Condesa en la pista de baile de los Wentworth?

Aunque su esposo no se había casado con ella por amor, ella tenía dificultades para creer que un hombre tan noble y noble como Philip haría alarde públicamente de una amante. Amante. La misma palabra la enfermaba. Pensó fugazmente que con gusto cambiaría el título de duquesa por la mujer que dormía en los brazos de Philip todas las noches.

Ella no sabía cómo era Condesa, aparte del hecho de que estaba poseída de gran belleza. Cuando era joven, la noble italiana se había casado con un viejo conde. Justo esa semana, Elizabeth se enteró de que el Conde había muerto. La mirada de Elizabeth rodeó la habitación, casualmente al principio. Entonces estuvo segura de que la belleza de cabello oscuro en el impresionante vestido de encaje negro debía ser la Condesa. Al otro lado de la habitación, sus ojos la encontraron. Y sostuvo la mirada. El pulso de Elizabeth aumentó. Ella posee el mismo tipo de belleza que Anna. Extraordinaria belleza.

Entonces la mirada de Elizabeth se desvió. Sus dedos se clavaron en la palma de la mano de su marido porque todavía estaban tomados de la mano.

El primer set completo después de que llegaron, se puso de pie con Clair. Otros jóvenes reclamaron a Caro y Margaret, luego Richie llegó con el Capitán Smythe. Lamentaba ver al capitán y se estaba preparando para negarse a ponerse de pie con él cuando le hizo una reverencia cortés a una rubia bastante joven, y los dos se deslizaron sobre la pista de baile. A Elizabeth se le ocurrió que el cabello de la compañera del Capitán Smythe era del mismo tono que el suyo. Estaría muy agradecida si él pudiera transferir sus afectos a la bella dama.

Richie se acercó a través del salón en busca de su compañía.

—Veo que estás siendo el acompañante de todas las hermanas solteras del duque, —dijo Richie mientras se paraba a su lado y examinaba la pista de baile—. ¡Qué novedad! Asiste el duque de Aldridge. ¿A qué le debemos este honor?

Ella no pudo expresar su opinión de que él había planeado previamente reunirse con la Condesa Savatini aquí esta noche. Ella simplemente se encogió de hombros.

—¿Te gustaría bailar? —preguntó.

Ella sacudió su cabeza.

—Solo estoy bailando con mi esposo esta noche.

—Sin embargo, tu marido está siendo el galante. —Su mirada se

volvió hacia la hermosa mujer vestida de negro.

—De hecho, lo es, aunque me atrevo a decir que lo empujó una conciencia culpable.

Richie sonrió.

—Lady Clair es una bailarina muy elegante, ¿no es así?

Su comentario complació a Elizabeth. Estaba empezando a creer que Clair se estaba enamorando de Richie. Qué maravilloso sería si él también se sintiera atraído por ella.

El temblor que la atravesó disminuyó cuando miró hacia la puerta cuando Morgie y Lydia, acompañadas por Anna y Haverstock, entraron en la cámara.

—Ciertamente nuestra familia estará bien representada esta noche.

Elizabeth no podía recordar un momento en su vida en que la presencia de Lydia no fuera reconfortante. Porque Lydia no solo era su hermana mayor, también trataba a sus hermanos menores con el afecto amoroso que ninguno de sus padres era capaz de mostrar.

La mirada de Elizabeth pasó de Lydia a Anna. Nunca hubo un momento en que la belleza de Anna no deslumbrara, pero esta noche brillaba. Si algo podía reducir este velo de melancolía que la presencia de la Condesa había arrojado sobre Elizabeth, era el círculo de sus seres queridos.

—¡Qué feliz estoy de verte! Como puedes ver, he quedado desierto.

Sus miradas se dirigieron a la pista de baile donde el duque y sus hermanas estaban parados en el camino con las manos juntas. Lydia miró a Elizabeth y puso los ojos en blanco.

—Soy muy consciente de que, si no tienes pareja de baile, es por tu propia elección. —Su voz bajó—. Me atrevo a decir que estás tan enamorado de ese marido tuyo que no bailarás con otro.

Elizabeth nunca había podido esconder sus emociones de su hermana mayor. Morgie estaba tan enamorado de esa hermana como Elizabeth lo estaba de Philip. Se paró al lado de Lydia, su mano acunando posesivamente su codo y mirando a través de la pista de baile. Bajó las cejas y habló en voz baja a su esposa.

—¡Al diablo, tómalo! La Condesa Savatini tiene algo de descaro. ¿Puedes creer que se muestra repugnante en la misma habitación que …? Miró a Elizabeth, vio que ella lo estaba mirando y cerró la boca con fuerza—. Dios mío, querida. ¿Te he dicho lo hermosa que te ves en ese verde intenso?

Lydia le sonrió a su esposo.

—Oh, querido esposo mío, este vestido no es verde.

Las cejas de Morgie se bajaron.

—¿No lo es? —Parecía abatido.

—No, amor. Es azul. Azure, en realidad.

—No es azul. Ni siquiera mis ojos.

Lydia se rio.

—¡Me atrevo a decir que pensaste que lo dije como eres en lugar de azul!

—¿No lo hiciste?

—Azure, querido, es del color de un cuerpo de agua. A diferencia del color celeste, que es un color azul del cielo.

—Me alegro muchísimo de no haber tenido que estudiar acuarelas. ¡El vocabulario de colores es peor que el latín!

—Mi hermano dice que eras un estudiante de latín tolerable. No es tan fácil para ti como las matemáticas, por supuesto. Y, —Lydia miró a su esposo—, Bailas con perfección.

—Me refiero a pedirte la próxima pieza.

—Como pretendo reclamar mi marquesa, —dijo Haverstock a Anna.

Los ojos brillantes y almendrados de Anna se encontraron con los de su marido, y ella asintió. Ella y Haverstock aún se unieron, como Philip había hecho con ella antes del primer set. ¡Cómo anhelaba un vals y la oportunidad de sentirse en sus brazos una vez más!

Se acercó sigilosamente a Anna, que estaba radiante con una bata blanca de nieve. El contraste del blanco brillante con su rico cabello oscuro era deslumbrante. Tal vez porque su madre había sido francesa, Anna estaba poseída del más infalible sentido de la moda que Elizabeth había visto nunca. Y las hermanas Ponsby fueron promocionadas entre las mujeres más elegantes de toda la capital —. No te he visto tan bien en muchos, muchos meses.

La espectacular sonrisa de Anna mostraba dientes que combinaban perfectamente con el blanco del vestido y que eran tan blancos como blancos.

—Es porque estoy muy feliz.

El pesado corazón de Elizabeth se levantó instantáneamente.

—¡Eso puede significar solo una cosa, mi querida hermana! ¡Debes estar esperando!

Haverstock se había quedado junto a su esposa durante toda la conversación. Tanto él como Anna, cada uno radiante, asintieron de inmediato.

Esto rápidamente envió a Elizabeth a llorar. Estaba realmente feliz por Anna y Haverstock, pero sabía que su propia infelicidad explicaba una parte de las lágrimas.

—Esto es. . . A ver, a ver... La mejor noticia que he escuchado en mucho tiempo. Estoy tan feliz.

Antes del final del baile, Philip corrió hacia ella.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

A Elizabeth le conmovió que él la hubiera estado observando mientras bailaba, le conmovió que terminara el baile para ir a

verla. Ella le ofreció una sonrisa.

—Son lágrimas de alegría. Mi hermano y su esposa tienen un anuncio maravilloso. —Ella miró a Haverstock.

—Usted, Aldridge, —dijo Haverstock—, puede ser el primero en ofrecernos a mi bella esposa y a mí felicitaciones por una próxima incorporación a nuestra familia.

La mirada de Philip se movió de uno a otro lado.

—Estas son, de hecho, muy buenas noticias, y me sentiré honrado de ser el primero en ofrecer felicitaciones.

Solo tener a su esposo cerca la consoló. Y cuando su mano descansaba en su cintura, ella podría haberse desmayado.

Detrás de ella, Richie le pidió a Clair que lo pusiera de pie el próximo set.

—Rezo para que no me abandones como lo hizo mi último compañero, —dijo Clair con voz alegre.

Richie se rio entre dientes.

—Tu hermano era simplemente un esposo preocupado, pero juro no venir corriendo si la duquesa vuelve a llorar.

El siguiente set resultó ser el anhelado vals de Elizabeth. Los latidos de su corazón se aceleraron cuando Philip se giró y la miró.

—Creo que este es nuestro baile.

Esperó hasta que bailaron donde nadie estaba lo suficientemente cerca como para escuchar.

—Te he extrañado.

Su mano se apretó en su cintura.

—Como te he extrañado.

—Me cuesta creer eso.

—Porque he sido un marido miserable.

—No digas eso. Acabas de ocuparte de muchas otras cosas. —Hizo una pausa mientras pensaba en algo. Algo diferente sobre él —. Cuando entraste por primera vez a mi habitación esta noche, pensé al principio, antes de que llegara Clair, que podrías tener buenas noticias que darme.

Estuvo en silencio por un momento.

Su pecho se contrajo. ¿Le iba a decir que estaba enamorado de Condesa?

—Estoy asombrada, —dijo finalmente—, sobre la profundidad de la conexión entre nosotros. ¿Cómo podrías conocerme tan bien que supieras que he sido relevado de mi deber más apremiante?

—¡Resolviste el cifrado!

Una sonrisa apareció en las comisuras de su boca.

—Se supone que no debes saber sobre la naturaleza de mi trabajo en la Oficina de Guerra.

—Estás cambiando el tema. Ahora, dime, ¿resolviste el cifrado por

tu cuenta o mi hermano ayudó?

—Cuelga todo, Elizabeth, estás tratando de hacerme alardear.

Su humildad era otro atributo de este hombre con el que se casaría. Solo otra razón por la que ella lo amaba tan locamente.

—Lo resolviste sin la ayuda de nadie, ¿no?

—Solo esta tarde, de hecho.

—¡Y viniste de inmediato para compartir las noticias conmigo! Esto es emocionante. Ahora podremos estar más juntos.

Su esposo se puso rígido. Él no respondió.

Entonces se le ocurrió que había vuelto a casa simplemente para cambiarse de ropa para poder encontrarse con la Condesa en este baile. No había tenido en cuenta el hecho de que su esposa y toda su familia habían acordado asistir a la misma fiesta.

Solo entonces permitió que su mirada se balanceara hacia la mujer de negro. Los hombres que miraban con los ojos rodearon a la belleza italiana, pero ella solo tenía ojos para una persona: observaba a Elizabeth con sus grandes ojos oscuros malévolos.

La mirada de Elizabeth se desvió.

Su esposo respiró hondo.

—Hay momentos, mi querida esposa, cuando las cosas no son como parecen. Siempre debes recordar eso.

Habló en acertijos.

—¿De qué puedes estar hablando?

—Permítanme decir que mi mayor alegría de este día no es que resolví el acertijo. Es que por fin puedo bailar el vals con mi esposa.

Esas lágrimas persistentes volvieron a sus ojos mientras se aferraba con más fuerza a él.

* * *

sonrisa cuando él se paró frente a ella. Ella le ofreció la mano y él la sostuvo mientras se unían a los otros bailarines. Se pararon uno al lado del otro, esperando la música.

Su mirada furtiva se alzó para permitirle ver a su esposa. Su rostro se había puesto pálido, con una mirada de angustia. Entonces llegó un chorro de lágrimas, y ella se dio la vuelta, corriendo de la cámara, sollozando.

torturada. Era como si una luz brillante iluminara la noche más oscura. Era como si toda la felicidad del mundo se hubiera acumulado sobre sus indignos hombros.

Quería besarla y decirle cuán profundamente la amaba, pero no aquí. Sin saber si ella incluso lo acompañaría, la tomó en sus brazos, se dirigió hacia la puerta abierta y salió de Wentworth House. Su largo paso cubrió rápidamente unos cincuenta pies hasta el cochero Aldridge que lo esperaba.

El cochero saltó y les abrió la puerta. Una vez que Philip la dejó dentro, se arrodilló ante ella, levantando sus manos para reverenciar su rostro.

—No puedes saber cuán profundamente he llegado a amarte. A ti y solo a ti. Me he dado cuenta del día en que cometiste el error de entrar en mi habitación, el error que te hizo consentir en convertirte en mi duquesa, fue el día más afortunado en mi vida.

Sus sollozos comenzaron de nuevo. ¿Qué diablos? ¿Estaba llorando porque sus palabras la habían hecho infeliz? Se sentó a su lado. Una vez más la atrajo a sus brazos.

Sus brazos cerrándose alrededor de él lo afectaron más profundamente que cualquier contacto físico previo. A través de esta neblina de placer que le adormece la mente, recordó antes cuando ella le dijo que estaba llorando lágrimas de felicidad por su hermano y su esposa.

—Por favor dime que esas son lágrimas de felicidad.

—¡Oh, mi amor, lo son! ¿Realmente me amas?

—Más de lo que he amado a nadie. Pondría en peligro a mi familia, mi rey, mis compatriotas por ti.

Lloró aún más desgarradoramente.

—Pero te ganaste mi corazón hace mucho tiempo, —finalmente logró.

Ahora era su turno de ser incrédulo. Él contuvo el aliento mientras sus manos trazaban círculos sensuales sobre su espalda.

—¿Qué pasa con el Capitán Smythe?

Ella se apartó y lo miró con una mirada perpleja.

—¿Quién te habló de él?

—Nuestro hermano dejó escapar algo hace algún tiempo.

—Una vez me imaginé enamorada de él, pero cuando lo volví a ver recientemente, lo encontré repugnante.

Philip sonrió.

—Estoy muy feliz de escuchar eso.

Ella, ahora mismo, le preguntaría sobre la Condesa. A pesar de que una vez le prometió a Sarah que nunca revelaría su transgresión, debía salvar su matrimonio.

—Hay algo que ahora te diré. El oscuro secreto de una familia

que juraría no revelar nunca. Explica el control que la Condesa Savatini tenía sobre mí porque te aseguro que no amo a esa mujer.

Él procedió a contarle sobre el secreto de Sarah y las amenazas de la Condesa. Cuando terminó, los ojos de Elizabeth todavía estaban nublados.

—Oh, mi amor, no tenía idea de en qué posición terriblemente desgarradora estabas ubicado. —Ella se sorbió la nariz—. No podemos dejar que esa mujer malvada destruya a Sarah y sus hijos.

De repente, como si un rayo hubiera despejado su brumoso cerebro, se presentó una solución.

—Vamos al Pulteney.

—¿Nosotros?

—De hecho. No quiero que se diga que fui a ver a mi amante. —Bajó la voz a un ronco gruñido—. Eres la única amante que quiero.

* * *

La belleza de cabello oscuro asintió.

—Has sido identificado como el espía francés responsable de asesinar a un mensajero británico en Dover. La pena es la muerte.

Sus ojos se agrandaron.

—¡No soy un espía francés! ¡Y nunca maté a nadie!

—Tenemos varias declaraciones que describen a una bella mujer italiana bien vestida que sedujo a nuestro oficial antes de matarlo. —Philip la fulminó con la mirada—. Puedo presentar testigos que juren que eres la asesina.

—Veo lo que estás haciendo. Si me quedo en silencio sobre el pecado de tu hermana, permanecerás en silencio sobre este supuesto crimen por el que me has acusado.

—Entiendes correctamente.

—No deseo permanecer en este país frío. Vine aquí porque esperaba recuperarte. —Su mirada se dirigió a Elizabeth—. No sabía que te habías enamorado de tu esposa.

Philip tomó la mano de Elizabeth.

La condesa se puso de pie.

—Me voy mañana.

Elizabeth y Philip se pusieron de pie y se dirigieron a la puerta.

—No te preocupes por tu hermana. Nunca se lo he dicho a nadie, y nunca lo haré.

* * *

—De ahora en adelante, seré yo quien te lleve al parque, te lleve al teatro, te lleve ... a la cama.

Luego la besó con avidez.

Querido lector,

Gracias por leer Duquesa por Error. Espero que lo hayan disfrutado, y espero que quieran leer el próximo libro de la serie, Condesa por Coincidencia. Aquí hay un poco al respecto:

Dos coincidencias asombrosas resultan en el matrimonio del joven temerario El Conde de Finchley y Lady Margaret Ponsby, la hija de un duque tímido que lo ha adorado desde lejos...

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

_____

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

———

Table of Contents

Cover Page
Título
Derechos de Autor
Tabla de contenido
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26